



Stephen Crane  
El Rojo Emblema  
Del Valor

**E LEJANDRIA**



Stephen Crane

El Rojo Emblema  
Del Valor

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# EL ROJO EMBLEMA DEL VALOR

STEPHEN CRANE

PUBLICADO: 1895  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCIDO POR ELEJANDRÍA

# CAPÍTULO I

El frío abandonaba la tierra a regañadientes, y las nieblas, al retirarse, revelaron un ejército que descansaba, extendido sobre las colinas. A medida que el paisaje cambiaba del pardo al verde, el ejército despertó y comenzó a temblar de impaciencia ante el ruido de los rumores. Clavó la mirada en los caminos, que pasaban de ser largos surcos de lodo líquido a convertirse en verdaderas vías de paso. Un río, de tonos ambarinos a la sombra de sus orillas, murmuraba a los pies del ejército; y por la noche, cuando la corriente adquiría una negrura lúgubre, se podía distinguir al otro lado el brillo rojo, como de ojos, de las fogatas hostiles encendidas en las bajas frentes de las colinas lejanas.

Cierta vez, un soldado alto y desgarbado hizo alarde de virtudes y fue resueltamente a lavar una camisa. Regresó volando de un arroyo, ondeando la prenda como un estandarte. Venía henchido con una historia que le había contado un amigo de confianza, que a su vez la había oído de un soldado de caballería veraz, quien la había escuchado de su fidedigno hermano, uno de los ordenanzas del cuartel general de la división. Adoptó el aire importante de un heraldo vestido de rojo y oro.

—Nos movemos mañana... seguro —dijo con pomposidad a un grupo en la calle de la compañía—. Vamos a ir río arriba, atajaremos y saldremos por detrás de ellos.

Ante su atento público, trazó un sonoro y detallado plan de una campaña brillantísima. Cuando hubo terminado, los hombres vestidos de azul se dispersaron en pequeños grupos de discusión entre las hileras de cabañas

achaparradas y pardas. Un carretero negro que había estado bailando sobre una caja de galletas con el hilarante estímulo de cuarenta soldados fue abandonado a su suerte. Se sentó, apesadumbrado. El humo se elevaba perezosamente de una multitud de chimeneas pintorescas.

— ¡Es mentira! ¡Eso es todo lo que es, una soberana mentira! — dijo otro soldado raso en voz alta. Su rostro lampiño estaba sonrojado y tenía las manos metidas con aire hosco en los bolsillos del pantalón. Se tomó el asunto como una afrenta personal—. No creo que este maldito ejército se vaya a mover nunca. Estamos estancados. Me he preparado para partir ocho veces en las últimas dos semanas, y todavía no nos hemos movido.

El soldado alto se sintió en la obligación de defender la veracidad de un rumor que él mismo había introducido. Él y el escandaloso estuvieron a punto de pelearse por ello.

Un cabo empezó a maldecir ante la concurrencia. Dijo que acababa de instalar un costoso suelo de tablas en su barraca. A principios de la primavera se había abstenido de mejorar en exceso la comodidad de su entorno porque había presentido que el ejército podría ponerse en marcha en cualquier momento. Últimamente, sin embargo, había tenido la impresión de que se encontraban en una especie de campamento eterno.

Muchos de los hombres se enzarzaron en un animado debate. Uno de ellos expuso con una lucidez peculiar todos los planes del general al mando. Se le opusieron hombres que defendían que existían otros planes de campaña. Clamaban los unos contra los otros, y muchos intentaban en vano captar la atención general. Mientras tanto, el soldado que había traído el rumor se afanaba de un lado a otro con gran importancia. Era continuamente asaltado por preguntas.

— ¿Qué pasa, Jim?

— El ejército se va a mover.

— Ah, ¿de qué hablas? ¿Cómo lo sabes?

— Bueno, puedes creerme o no, como quieras. Me importa un bledo.

Había mucho que pensar en la forma en que respondía. Estuvo a punto de convencerlos al desdeñar presentar pruebas. Se entusiasmaron mucho con el asunto.

Había un joven soldado raso que escuchaba con oídos ávidos las palabras del soldado alto y los variados comentarios de sus camaradas. Después de saciarse de discusiones sobre marchas y ataques, se fue a su cabaña y se metió por un intrincado agujero que le servía de puerta. Deseaba estar a solas con algunos pensamientos nuevos que le habían surgido últimamente.

Se tumbó en una ancha litera que se extendía a lo largo de un extremo de la estancia. En el otro extremo, unas cajas de galletas hacían las veces de muebles. Estaban agrupadas alrededor de la chimenea. Un grabado de un semanario ilustrado colgaba de las paredes de troncos, y tres fusiles estaban alineados en unas clavijas. El equipo colgaba de salientes a mano, y algunos platos de hojalata yacían sobre un pequeño montón de leña. Una tienda de campaña plegada servía de techo. La luz del sol, afuera, al golpearla, la hacía brillar con un ligero tono amarillo. Una pequeña ventana proyectaba un cuadrado oblicuo de luz más blanca sobre el suelo desordenado. El humo del fuego a veces ignoraba la chimenea de barro y se arremolinaba en la habitación, y esta frágil chimenea de arcilla y palos amenazaba sin cesar con incendiar todo el establecimiento.

El joven se hallaba en un pequeño trance de asombro. Así que por fin iban a luchar. Al día siguiente, quizás, habría una batalla, y él estaría en ella. Durante un tiempo se vio obligado a esforzarse para creerlo. No podía aceptar con seguridad un presagio de que estaba a punto de mezclarse en uno de esos grandes asuntos de la tierra.

Había, por supuesto, soñado con batallas toda su vida; con conflictos vagos y sangrientos que le habían estremecido con su ímpetu y su fuego. En visiones se había visto a sí mismo en muchas contiendas. Había imaginado pueblos enteros a salvo bajo la sombra de su proeza de ojos de águila. Pero, despierto, había considerado las batallas como manchas carmesí en las páginas del pasado. Las había relegado, junto con sus imágenes mentales de pesadas coronas y altos castillos, a la categoría de cosas de antaño. Había una parte de la historia del mundo que él había considerado como el tiempo de las guerras, pero pensaba que esa época ya había desaparecido tras el horizonte para siempre.

Desde su hogar, sus ojos juveniles habían contemplado con desconfianza la guerra en su propio país. Debía de ser una especie de comedia. Hacía tiempo que había perdido la esperanza de presenciar una lucha a la manera

de los griegos. Tal cosa no volvería a ocurrir, se había dicho. Los hombres eran mejores, o más tímidos. La educación laica y religiosa había borrado el instinto de agarrarse por el cuello, o si no, las firmes finanzas mantenían a raya las pasiones.

Había ardido en deseos de alistarse varias veces. Relatos de grandes movimientos sacudían el país. Puede que no fueran claramente homéricos, pero parecían encerrar mucha gloria. Había leído sobre marchas, asedios, conflictos, y había anhelado verlo todo. Su mente inquieta había dibujado para él grandes cuadros de colores extravagantes, encendidos con hazañas que cortaban la respiración.

Pero su madre lo había desanimado. Había fingido mirar con cierto desdén la calidad de su ardor guerrero y su patriotismo. Podía sentarse tranquilamente y, sin aparente dificultad, darle cientos de razones por las que él era inmensamente más importante en la granja que en el campo de batalla. Tenía ciertas formas de expresión que le decían que sus afirmaciones sobre el tema provenían de una profunda convicción. Además, de su lado estaba la creencia de él de que el motivo ético de ella en la discusión era inexpugnable.

Al final, sin embargo, se había rebelado firmemente contra esa luz amarillenta que se arrojaba sobre el color de sus ambiciones. Los periódicos, los chismes del pueblo, sus propias fantasías, lo habían excitado hasta un grado irrefrenable. Realmente estaban luchando bien allá abajo. Casi todos los días el periódico publicaba crónicas de una victoria decisiva.

Una noche, mientras yacía en la cama, los vientos le habían traído el clangor de la campana de la iglesia, mientras algún entusiasta tiraba frenéticamente de la cuerda para anunciar la enrevesada noticia de una gran batalla. Esta voz del pueblo regocijándose en la noche le había hecho temblar en un prolongado éxtasis de excitación. Más tarde, había bajado a la habitación de su madre y había hablado así: «Mamá, voy a alistarme».

—Henry, no seas tonto —había respondido su madre. Luego se había cubierto la cara con la colcha. Ahí terminó el asunto por esa noche.

No obstante, a la mañana siguiente había ido a un pueblo cercano a la granja de su madre y se había alistado en una compañía que se estaba formando allí. Cuando regresó a casa, su madre estaba ordeñando la vaca

atigrada. Otras cuatro esperaban. «Mamá, me he alistado», le había dicho con timidez. Hubo un breve silencio. «Hágase la voluntad del Señor, Henry», había respondido ella finalmente, y luego había seguido ordeñando la vaca atigrada.

Cuando él se detuvo en el umbral, con su ropa de soldado a la espalda y con la luz de la emoción y la expectación en los ojos casi venciendo el brillo del pesar por los lazos familiares, había visto dos lágrimas dejando sus surcos en las mejillas curtidas de su madre.

Aun así, ella lo había decepcionado al no decir nada en absoluto sobre volver con su escudo o sobre él. Él se había preparado en privado para una hermosa escena. Había preparado ciertas frases que pensaba que podrían usarse con un efecto conmovedor. Pero las palabras de ella destruyeron sus planes. Ella se había puesto a pelar patatas obstinadamente y se había dirigido a él de la siguiente manera: «Ten cuidado, Henry, y cuídate mucho en este asunto de la lucha... ten cuidado, y cuídate mucho. No vayas a pensar que puedes vencer a todo el ejército rebelde de buenas a primeras, porque no puedes. No eres más que un muchachito entre un montón de ellos, y tienes que estarte callado y hacer lo que te digan. Sé cómo eres, Henry».

»Te he tejido ocho pares de calcetines, Henry, y he metido todas tus mejores camisas, porque quiero que mi hijo esté tan abrigado y cómodo como cualquiera en el ejército. Cuando se les hagan agujeros, quiero que me los mandes de vuelta enseguida, para que pueda zurcirlos».

»Y ten siempre cuidado y elige bien tu compañía. Hay muchos hombres malos en el ejército, Henry. El ejército los vuelve salvajes, y nada les gusta más que la tarea de descarriar a un jovencito como tú, que nunca ha estado mucho tiempo lejos de casa y siempre ha tenido una madre, y enseñarles a beber y a maldecir. Mantente alejado de esa gente, Henry. No quiero que hagas nunca nada, Henry, de lo que te avergonzarías que yo supiera. Piensa como si te estuviera vigilando. Si tienes eso en mente siempre, supongo que saldrás adelante».

»También debes acordarte siempre de tu padre, hijo, y recuerda que nunca bebió una gota de licor en su vida y rara vez soltó un juramento».

»No sé qué más decirte, Henry, excepto que nunca debes escaquearte, hijo, por mí. Si llega el momento en que tengas que morir o hacer una

vileza, pues, Henry, no pienses en nada excepto en lo que es correcto, porque hay muchas mujeres que tienen que soportar tales cosas en estos tiempos, y el Señor cuidará de todos nosotros».

»No te olvides de los calcetines y las camisas, hijo; y he puesto un tarro de mermelada de moras en tu hatillo, porque sé que te gusta más que nada en el mundo. Adiós, Henry. Ten cuidado y sé un buen chico».

Él, por supuesto, se había sentido impaciente bajo el suplicio de este discurso. No había sido exactamente lo que esperaba, y lo había soportado con un aire de irritación. Partió sintiendo un vago alivio.

Aun así, cuando había mirado hacia atrás desde la verja, había visto a su madre arrodillada entre las peladuras de patata. Su rostro moreno, levantado, estaba manchado de lágrimas, y su delgada figura temblaba. Él inclinó la cabeza y siguió adelante, sintiéndose de repente avergonzado de sus propósitos.

Desde su casa había ido al seminario para despedirse de muchos compañeros de escuela. Se habían congregado a su alrededor con asombro y admiración. Había sentido el abismo que ahora los separaba y se había hinchado de sereno orgullo. Él y algunos de sus compañeros que se habían vestido de azul se vieron abrumados por los privilegios durante toda una tarde, y había sido algo delicioso. Se habían pavoneado.

Cierta muchacha de pelo claro se había burlado vivazmente de su espíritu marcial, pero había otra, más morena, a la que él había mirado fijamente, y pensó que ella se volvía recatada y triste al ver su uniforme azul y sus botones de latón. Mientras caminaba por el sendero entre las hileras de robles, había vuelto la cabeza y la había descubierto en una ventana, observando su partida. Al percibirla él, ella había empezado inmediatamente a mirar hacia el cielo a través de las altas ramas de los árboles. Él había notado una gran agitación y prisa en su movimiento al cambiar de actitud. A menudo pensaba en ello.

De camino a Washington su espíritu se había elevado. El regimiento fue alimentado y agasajado en una estación tras otra hasta que el joven llegó a creer que debía de ser un héroe. Hubo un prodigio dispendio de pan y fiambres, café, encurtidos y queso. Mientras se deleitaba con las sonrisas de

las muchachas y era palmeado y elogiado por los ancianos, había sentido crecer en su interior la fuerza para realizar grandes hazañas de armas.

Después de complicados viajes con muchas pausas, habían llegado meses de vida monótona en un campamento. Había creído que la verdadera guerra era una serie de luchas a muerte con poco tiempo entre ellas para dormir y comer; pero desde que su regimiento había llegado al frente, el ejército apenas había hecho otra cosa que estarse quieto e intentar mantenerse caliente.

Fue devuelto entonces gradualmente a sus viejas ideas. Las luchas a la manera de los griegos no volverían a ocurrir. Los hombres eran mejores, o más tímidos. La educación laica y religiosa había borrado el instinto de agarrarse por el cuello, o si no, las firmes finanzas mantenían a raya las pasiones.

Había llegado a considerarse a sí mismo simplemente como parte de una vasta demostración azul. Su cometido era velar, en la medida de lo posible, por su comodidad personal. Como recreo, podía cruzarse de brazos y especular sobre los pensamientos que debían agitar las mentes de los generales. Además, era instruido e instruido y pasado revista, e instruido e instruido y pasado revista.

Los únicos enemigos que había visto eran algunos piquetes a lo largo de la orilla del río. Eran un grupo de hombres bronceados y filosóficos, que a veces disparaban reflexivamente a los piquetes azules. Cuando se les reprochaba esto después, solían expresar su pesar y juraban por sus dioses que las armas se habían disparado sin su permiso. El joven, de servicio de guardia una noche, conversó a través del arroyo con uno de ellos. Era un hombre ligeramente andrajoso, que escupía hábilmente entre sus zapatos y poseía una gran reserva de seguridad afable e infantil. Al joven le cayó bien personalmente.

— Yanqui — le había informado el otro —, eres un buen tipo, de veras. — Este sentimiento, flotando hacia él en el aire quieto, le había hecho lamentar temporalmente la guerra.

Varios veteranos le habían contado historias. Algunos hablaban de hordas grises y barbudas que avanzaban con implacables maldiciones y masticando tabaco con un valor indescriptible; tremendos cuerpos de soldadesca feroz que barrían como los hunos. Otros hablaban de hombres harapientos y eter-

namente hambrientos que disparaban pólvoras desesperadas. «Cargarían a través del fuego y el azufre del infierno para echarle el guante a una mochila, y esos estómagos no duran mucho», le dijeron. A partir de las historias, el joven imaginaba los huesos rojos y vivos asomando por las rendijas de los uniformes descoloridos.

Aun así, no podía depositar una fe ciega en los cuentos de los veteranos, pues los reclutas eran su presa. Hablaban mucho de humo, fuego y sangre, pero no podía saber cuánto podía ser mentira. Le gritaban persistentemente «¡Pescado fresco!» y no eran de fiar en modo alguno.

Sin embargo, ahora percibía que no importaba mucho contra qué tipo de soldados iba a luchar, siempre y cuando lucharan, hecho que nadie disputaba. Había un problema más serio. Yacía en su litera reflexionando sobre él. Intentaba demostrarse matemáticamente a sí mismo que no huiría de una batalla.

Anteriormente, nunca se había sentido obligado a lidiar demasiado en serio con esta cuestión. En su vida había dado por sentadas ciertas cosas, sin desafiar nunca su creencia en el éxito final y preocupándose poco por los medios y los caminos. Pero aquí se enfrentaba a un asunto de importancia. De repente se le había ocurrido que quizás en una batalla podría huir. Se vio forzado a admitir que, en lo que a la guerra concernía, no sabía nada de sí mismo.

Tiempo atrás, habría permitido que el problema pataleara en los portales exteriores de su mente, pero ahora se sentía obligado a prestarle seria atención.

Un pequeño pánico creció en su mente. A medida que su imaginación se adelantaba a un combate, veía posibilidades espantosas. Contemplaba las amenazas latentes del futuro y fracasaba en el esfuerzo de verse a sí mismo de pie, firme, en medio de ellas. Recordaba sus visiones de gloria de hoja quebrada, pero a la sombra del tumulto inminente, sospechaba que eran imágenes imposibles.

Saltó de la litera y comenzó a pasearse nerviosamente de un lado a otro. «¡Dios santo! ¿Qué me pasa?», dijo en voz alta.

Sintió que en esta crisis sus leyes de vida eran inútiles. Todo lo que había aprendido de sí mismo no servía de nada aquí. Era una incógnita. Vio que

se vería obligado de nuevo a experimentar como lo había hecho en su primera juventud. Debía acumular información sobre sí mismo y, mientras tanto, resolvió mantenerse en guardia para que aquellas cualidades de las que no sabía nada no lo deshonraran para siempre. «¡Dios santo!», repitió consternado.

Al cabo de un rato, el soldado alto se deslizó diestramente por el agujero. Le siguió el soldado raso escandaloso. Estaban discutiendo.

— Está bien — dijo el soldado alto al entrar. Hizo un gesto expresivo con la mano—. Puedes creerme o no, como quieras. Todo lo que tienes que hacer es sentarte y esperar lo más tranquilo que puedas. Entonces, muy pronto, descubrirás que tenía razón.

Su camarada gruñó obstinadamente. Por un momento pareció buscar una respuesta formidable. Finalmente dijo:

— Bueno, no lo sabes todo en este mundo, ¿verdad?

— No he dicho que lo supiera todo en este mundo — replicó el otro bruscamente. Empezó a guardar varios artículos de forma ordenada en su mochila.

El joven, deteniéndose en su nervioso paseo, miró a la ajetreada figura.

— ¿Va a haber una batalla, seguro, Jim? — preguntó.

— Claro que sí — respondió el soldado alto—. Claro que sí. Espera a mañana y verás una de las batallas más grandes que ha habido. Solo espera.

— ¡Caramba! — dijo el joven.

— Oh, esta vez verás lucha, muchacho, de la que es lucha de verdad — añadió el soldado alto, con el aire de un hombre que está a punto de exhibir una batalla para el beneficio de sus amigos.

— ¡Bah! — dijo el escandaloso desde un rincón.

— Bueno — comentó el joven —, lo más probable es que esta historia resulte como las otras.

— Pues no — replicó el soldado alto, exasperado—. Pues no. ¿No ha salido toda la caballería esta mañana? — Miró a su alrededor. Nadie negó su afirmación—. La caballería ha salido esta mañana — continuó—. Dicen que

apenas queda caballería en el campamento. Van a Richmond, o a algún sitio, mientras nosotros luchamos contra todos los Johnnies. Es una treta de esas. El regimiento también tiene órdenes. Un tipo que los vio ir al cuartel general me lo dijo hace un rato. Y están armando un escándalo por todo el campamento, eso lo puede ver cualquiera.

— ¡Tonterías! — dijo el escandaloso.

El joven permaneció en silencio un rato. Finalmente, se dirigió al soldado alto.

— ¡Jim!

— ¿Qué?

— ¿Cómo crees que se portará el regimiento?

— Oh, lucharán bien, supongo, una vez que se metan en faena — dijo el otro con frío juicio. Hizo un buen uso de la tercera persona —. Se han burlado mucho de ellos porque son nuevos, por supuesto, y todo eso; pero lucharán bien, supongo.

— ¿Crees que alguno de los muchachos huirá? — insistió el joven.

— Oh, puede que algunos huyan, pero de esos hay en todos los regimientos, especialmente cuando entran en fuego por primera vez — dijo el otro de manera tolerante —. Por supuesto, podría pasar que toda la tropa entera se echara a correr si primero viniera un gran combate, y por otro lado, podrían quedarse y luchar como diablos. Pero no se puede apostar por nada. Claro que nunca han estado bajo fuego todavía, y no es probable que derroten a todo el ejército rebelde de una sola vez la primera vez; pero creo que lucharán mejor que algunos, aunque peor que otros. Así es como yo lo veo. Llaman al regimiento «pescado fresco» y de todo; pero los muchachos son de buena cepa, y la mayoría de ellos lucharán como posesos una vez que empiecen a disparar — añadió, con un poderoso énfasis en las últimas cuatro palabras.

— Oh, tú crees que sabes... — empezó el soldado escandaloso con desdén.

El otro se volvió hacia él con saña. Tuvieron un rápido altercado, en el que se endilgaron mutuamente varios epítetos extraños.

El joven finalmente los interrumpió.

—¿Alguna vez has pensado que tú mismo podrías huir, Jim? —preguntó. Al concluir la frase, se rio como si hubiera querido lanzar una broma. El soldado escandaloso también soltó una risita.

El soldado alto hizo un gesto con la mano.

—Bueno —dijo profundamente—, he pensado que la cosa podría ponerse demasiado caliente para Jim Conklin en algunas de esas escaramuzas, y si un montón de muchachos empezaran a correr, pues, supongo que yo empezaría a correr. Y si una vez empezara a correr, correría como el demonio, sin duda. Pero si todo el mundo estuviera de pie y luchando, pues, yo me quedaría y lucharía. ¡Por todos los santos, lo haría! Apuesto a ello.

—¡Bah! —dijo el escandaloso.

El joven de esta historia sintió gratitud por estas palabras de su camarada. Había temido que todos los hombres inexpertos poseyeran una gran y correcta confianza. Ahora se sentía, en cierta medida, tranquilizado.

## CAPÍTULO II

A la mañana siguiente, el joven descubrió que su alto camarada había sido el veloz mensajero de un error. Hubo muchas burlas hacia este último por parte de aquellos que el día anterior habían sido firmes partidarios de sus opiniones, e incluso hubo alguna mofa por parte de hombres que nunca habían creído el rumor. El alto se peleó con un hombre de Chatfield Corners y le dio una buena paliza.

El joven sintió, sin embargo, que su problema no se le había quitado de encima en modo alguno. Había, por el contrario, una irritante prolongación. La historia había creado en él una gran preocupación por sí mismo. Ahora, con la recién nacida cuestión en su mente, se veía obligado a volver a hundirse en su antiguo lugar como parte de una demostración azul.

Durante días hizo incesantes cálculos, pero todos fueron asombrosamente insatisfactorios. Descubrió que no podía establecer nada. Finalmente concluyó que la única manera de ponerse a prueba era entrar en la llamarada, y luego, en sentido figurado, vigilar sus propias piernas para descubrir sus méritos y defectos. Admitió a regañadientes que no podía quedarse quieto y, con una pizarra y un lápiz mentales, obtener una respuesta. Para conseguirla, necesitaba llamarada, sangre y peligro, igual que un químico necesita esto, aquello y lo de más allá. Así que se consumía esperando una oportunidad.

Mientras tanto, intentaba continuamente medirse con sus camaradas. El soldado alto, por ejemplo, le daba cierta seguridad. La serena despreocupación de este hombre le infundía una medida de confianza, pues lo conocía

desde la infancia, y por su íntimo conocimiento no veía cómo podía ser capaz de algo que estuviera más allá de él, el joven. Aun así, pensaba que su camarada podría estar equivocado sobre sí mismo. O, por otro lado, podría ser un hombre hasta entonces condenado a la paz y la oscuridad, pero, en realidad, hecho para brillar en la guerra.

Al joven le habría gustado descubrir a otro que sospechara de sí mismo. Una comparación comprensiva de notas mentales habría sido una alegría para él.

Ocasionalmente intentaba sondear a un camarada con frases seductoras. Buscaba hombres con el estado de ánimo adecuado. Todos los intentos fracasaron en obtener alguna declaración que se pareciera en algo a una confesión de esas dudas que él reconocía en privado en sí mismo. Temía hacer una declaración abierta de su preocupación, porque temía colocar a algún confidente sin escrúpulos en el plano elevado de lo no confesado, desde cuya altura podría ser ridiculizado.

Con respecto a sus compañeros, su mente oscilaba entre dos opiniones, según su humor. A veces se inclinaba a creerlos a todos héroes. De hecho, solía admirar en secreto el desarrollo superior de las más altas cualidades en los demás. Podía concebir hombres que iban por el mundo de forma muy insignificante, llevando una carga de coraje invisible, y aunque había conocido a muchos de sus camaradas desde la niñez, empezó a temer que su juicio sobre ellos hubiera sido ciego. Luego, en otros momentos, se burlaba de estas teorías y se aseguraba a sí mismo que todos sus compañeros se estaban preguntando y temblando en privado.

Sus emociones le hacían sentirse extraño en presencia de hombres que hablaban excitados de una futura batalla como de un drama que estaban a punto de presenciar, sin que en sus rostros se manifestara nada más que avidez y curiosidad. A menudo sospechaba que eran unos mentirosos.

No dejaba pasar tales pensamientos sin una severa condena de sí mismo. A veces se atiborraba de reproches. Se declaraba culpable de muchos crímenes vergonzosos contra los dioses de las tradiciones.

En su gran ansiedad, su corazón clamaba continuamente por lo que consideraba la intolerable lentitud de los generales. Parecían contentos de posarse tranquilamente en la orilla del río y dejarlo a él doblegado por el

peso de un gran problema. Quería que se resolviera de inmediato. No podía soportar tal carga por mucho tiempo, decía. A veces su ira contra los comandantes alcanzaba un punto álgido, y refunfuñaba por el campamento como un veterano.

Una mañana, sin embargo, se encontró en las filas de su regimiento preparado. Los hombres susurraban especulaciones y rememoraban los viejos rumores. En la penumbra antes del amanecer, sus uniformes brillaban con un profundo tono púrpura. Desde el otro lado del río, los ojos rojos seguían acechando. En el cielo del este había una mancha amarilla como una alfombra dispuesta para los pies del sol venidero; y contra ella, negra y silueteada, se alzaba la gigantesca figura del coronel sobre un caballo gigantesco.

Desde la oscuridad llegaba el pisotear de pies. El joven podía ver de vez en cuando sombras oscuras que se movían como monstruos. El regimiento permaneció en descanso durante lo que pareció mucho tiempo. El joven se impacientó. Era insoportable la forma en que se manejaban estos asuntos. Se preguntó cuánto tiempo más los harían esperar.

Mientras miraba a su alrededor y reflexionaba sobre la penumbra mística, empezó a creer que en cualquier momento la ominosa distancia podría estallar en llamas, y los estruendos de un combate llegar a sus oídos. Al mirar una vez a los ojos rojos al otro lado del río, se imaginó que se hacían más grandes, como los orbes de una fila de dragones que avanzaban. Se volvió hacia el coronel y lo vio levantar su gigantesco brazo y acariciarse tranquilamente el bigote.

Por fin oyó, a lo largo del camino al pie de la colina, el repiqueteo de los cascos de un caballo al galope. Debía de ser la llegada de órdenes. Se inclinó hacia adelante, apenas respirando. El excitante traqueteo, a medida que se hacía más y más fuerte, parecía golpear su alma. De pronto, un jinete con equipo tintineante detuvo su montura ante el coronel del regimiento. Los dos mantuvieron una breve conversación de palabras secas. Los hombres de las primeras filas estiraron el cuello.

Cuando el jinete hizo girar a su animal y se alejó al galope, se volvió para gritar por encima del hombro: «¡No olvide esa caja de puros!». El coronel murmuró una respuesta. El joven se preguntó qué tenía que ver una caja de puros con la guerra.

Un momento después, el regimiento se puso en marcha, balanceándose en la oscuridad. Ahora era como uno de esos monstruos móviles que avanzaban con muchos pies. El aire estaba cargado y frío de rocío. Una masa de hierba húmeda, al ser pisada, crujía como la seda.

De vez en cuando, un destello y un brillo de acero provenían de las espaldas de todos aquellos enormes reptiles que se arrastraban. Del camino llegaban crujidos y gruñidos mientras algunos cañones hoscos eran arrastrados.

Los hombres tropezaban mientras seguían murmurando especulaciones. Hubo un debate apagado. Una vez un hombre se cayó, y mientras buscaba su fusil, un camarada, sin verlo, le pisó la mano. El de los dedos heridos maldijo amargamente y en voz alta. Una risa baja y contenida recorrió a sus compañeros.

Pronto entraron en una calzada y marcharon hacia adelante con paso fácil. Un regimiento oscuro se movía delante de ellos, y por detrás también llegaba el tintineo de los equipos en los cuerpos de los hombres en marcha.

El torrente amarillo del día que nacía avanzaba a sus espaldas. Cuando los rayos del sol por fin golpearon plena y suavemente sobre la tierra, el joven vio que el paisaje estaba surcado por dos largas y delgadas columnas negras que desaparecían en la cima de una colina por delante y se desvanecían hacia atrás en un bosque. Eran como dos serpientes que se arrastraban desde la caverna de la noche.

El río no estaba a la vista. El soldado alto estalló en alabanzas de lo que él creía que eran sus poderes de percepción.

Algunos de los compañeros del alto clamaron con énfasis que ellos también habían llegado a la misma conclusión, y se felicitaron por ello. Pero hubo otros que dijeron que el plan del alto no era el verdadero en absoluto. Persistieron con otras teorías. Hubo una vigorosa discusión.

El joven no participó en ellas. Mientras caminaba en una línea descuidada, estaba enfrascado en su propio debate eterno. No podía evitar pensar en ello. Estaba abatido y hosco, y lanzaba miradas cambiantes a su alrededor. Miraba hacia adelante, esperando a menudo oír desde la vanguardia el tableteo de los disparos.

Pero las largas serpientes se arrastraban lentamente de colina en colina sin el estruendo del humo. Una nube de polvo de color pardo flotaba hacia

la derecha. El cielo sobre sus cabezas era de un azul de cuento de hadas.

El joven estudiaba los rostros de sus compañeros, siempre alerta para detectar emociones afines. Sufrió una decepción. Cierta ardor en el aire que hacía que las veteranas unidades se movieran con regocijo — casi con canciones — había contagiado al nuevo regimiento. Los hombres empezaron a hablar de la victoria como de algo que conocían. Además, el soldado alto recibió su vindicación. Ciertamente iban a aparecer por detrás del enemigo. Expresaron conmiseración por la parte del ejército que se había quedado en la orilla del río, felicitándose por formar parte de una hueste demoledora.

El joven, considerándose separado de los demás, se entristeció por los discursos alegres y joviales que iban de fila en fila. Los bromistas de la compañía hicieron sus mejores esfuerzos. El regimiento marchaba al son de las risas.

El soldado vocinglero a menudo hacía convulsionar a filas enteras con sus mordaces sarcasmos dirigidos al alto.

Y no pasó mucho tiempo antes de que todos los hombres parecieran olvidar su misión. Brigadas enteras sonreían al unísono, y los regimientos reían.

Un soldado bastante gordo intentó robar un caballo de un corral. Planeaba cargar su mochila sobre él. Estaba escapando con su botín cuando una joven salió corriendo de la casa y agarró la crin del animal. Siguió una disputa. La joven, de mejillas sonrosadas y ojos brillantes, permanecía como una estatua intrépida.

El observador regimiento, que descansaba en la calzada, prorrumpió en vítores al instante y se puso de todo corazón del lado de la doncella. Los hombres se enfrascaron tanto en este asunto que dejaron de recordar por completo su propia gran guerra. Se burlaron del soldado pirata y llamaron la atención sobre varios defectos de su apariencia personal; y se mostraron salvajemente entusiastas en apoyo de la joven.

Hacia ella, desde cierta distancia, llegaron audaces consejos.

— ¡Pégale con un palo!

Hubo graznidos y abucheos que llovieron sobre él cuando se retiró sin el caballo. El regimiento se regocijó de su caída. Felicitaciones ruidosas y vo-

ciferantes llovieron sobre la doncella, que permanecía jadeante y contemplaba a las tropas con desafío.

Al anoecer, la columna se dividió en fragmentos regimentales, y los fragmentos se adentraron en los campos para acampar. Las tiendas de campaña brotaron como plantas extrañas. Las fogatas, como flores rojas y peculiares, salpicaban la noche.

El joven se mantuvo apartado del trato con sus compañeros tanto como las circunstancias se lo permitieron. Al atardecer, se adentró unos pasos en la penumbra. Desde esta pequeña distancia, los muchos fuegos, con las formas negras de los hombres pasando de un lado a otro ante los rayos carmesí, creaban efectos extraños y satánicos.

Se tumbó en la hierba. Las briznas presionaban tiernamente contra su mejilla. La luna se había encendido y colgaba de la copa de un árbol. La quietud líquida de la noche que lo envolvía le hizo sentir una vasta piedad por sí mismo. Había una caricia en los suaves vientos; y todo el talante de la oscuridad, pensó, era de simpatía por él en su angustia.

Deseó, sin reservas, estar de nuevo en casa, haciendo las interminables rondas de la casa al granero, del granero a los campos, de los campos al granero, del granero a la casa. Recordó que a menudo había maldecido a la vaca atigrada y a sus compañeras, y que a veces había arrojado taburetes de ordeño. Pero, desde su punto de vista actual, había un halo de felicidad alrededor de cada una de sus cabezas, y habría sacrificado todos los botones de latón del continente para poder volver con ellas. Se dijo a sí mismo que no estaba hecho para ser soldado. Y reflexionó seriamente sobre las diferencias radicales entre él y aquellos hombres que esquivaban como diablillos alrededor de los fuegos.

Mientras reflexionaba así, oyó el crujido de la hierba y, al volver la cabeza, descubrió al soldado escandaloso. Gritó:

— ¡Oh, Wilson!

Este último se acercó y miró hacia abajo.

— Vaya, hola, Henry, ¿eres tú? ¿Qué haces aquí?

— Oh, pensando — dijo el joven.

El otro se sentó y encendió cuidadosamente su pipa.

—Te estás poniendo melancólico, muchacho. Tienes una pinta espantosa. ¿Qué diablos te pasa?

—Oh, nada —dijo el joven.

El soldado escandaloso se lanzó entonces al tema de la lucha anticipada.

—¡Oh, ahora los tenemos! —Mientras hablaba, su rostro infantil se cubrió de una sonrisa alegre, y su voz tenía un timbre exultante—. Ahora los tenemos. ¡Por fin, por los truenos eternos, les daremos una buena paliza!

»Si se supiera la verdad —añadió, más sobrio—, nos han dado una paliza casi siempre hasta ahora; pero esta vez... ¡esta vez les daremos una buena paliza!

—Creía que te oponías a esta marcha hace un rato —dijo el joven con frialdad.

—Oh, no era eso —explicó el otro—. No me importa marchar, si al final va a haber lucha. Lo que odio es que nos muevan de aquí para allá, sin que salga nada bueno de ello, por lo que puedo ver, excepto pies doloridos y raciones malditamente escasas.

—Bueno, Jim Conklin dice que esta vez tendremos mucha lucha.

—Tiene razón por una vez, supongo, aunque no veo cómo. Esta vez nos espera una gran batalla, y llevamos las de ganar, seguro. ¡Caray, cómo los vamos a machacar!

Se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro excitado. La emoción de su entusiasmo le hacía caminar con paso elástico. Era vivaz, vigoroso, ardiente en su fe en el éxito. Miraba al futuro con ojos claros y orgullosos, y juraba con el aire de un viejo soldado.

El joven lo observó un momento en silencio. Cuando finalmente habló, su voz era tan amarga como las heces.

—¡Oh, vas a hacer grandes cosas, supongo!

El soldado escandaloso sopló una nube de humo pensativa de su pipa.

—Oh, no lo sé —comentó con dignidad—; no lo sé. Supongo que lo haré tan bien como el resto. Voy a intentarlo con todas mis fuerzas. —Evidentemente, se felicitó por la modestia de esta declaración.

—¿Cómo sabes que no huirás cuando llegue el momento? —preguntó el joven.

—¿Huir? —dijo el escandaloso—; ¿huir? ¡Por supuesto que no! —Se rio.

—Bueno —continuó el joven—, muchos hombres bastante buenos han pensado que iban a hacer grandes cosas antes de la lucha, pero cuando llegó el momento, salieron por piernas.

—Oh, todo eso es verdad, supongo —replicó el otro—; pero yo no voy a salir por piernas. El que apueste a que huyo perderá su dinero, eso es todo. —Asintió con confianza.

—¡Bah! —dijo el joven—. No eres el hombre más valiente del mundo, ¿verdad?

—No, no lo soy —exclamó el soldado escandaloso, indignado—; y tampoco he dicho que fuera el hombre más valiente del mundo. He dicho que voy a hacer mi parte en la lucha, eso es lo que he dicho. Y lo haré. ¿Y tú quién eres, de todos modos? Hablas como si te creyeras Napoleón Bonaparte. —Miró furioso al joven un momento y luego se alejó.

El joven gritó con voz salvaje a su camarada:

—¡Bueno, no tienes por qué enfadarte por eso! —Pero el otro continuó su camino y no respondió.

Se sintió solo en el espacio cuando su ofendido camarada desapareció. Su fracaso en descubrir la más mínima semejanza en sus puntos de vista lo hizo más miserable que antes. Nadie parecía estar lidiando con un problema personal tan terrible. Era un proscrito mental.

Fue lentamente a su tienda y se estiró sobre una manta al lado del soldado alto que roncaba. En la oscuridad, vio visiones de un miedo de mil lenguas que balbucearía a su espalda y le haría huir, mientras otros se ocupaban tranquilamente de los asuntos de su país. Admitió que no sería capaz de hacer frente a este monstruo. Sintió que cada nervio de su cuerpo sería un oído para escuchar las voces, mientras que otros hombres permanecerían impasibles y sordos.

Y mientras sudaba con el dolor de estos pensamientos, podía oír frases bajas y serenas. «Subo a cinco». «Que sean seis». «Siete». «Siete va».

Se quedó mirando el reflejo rojo y tembloroso de un fuego en la pared blanca de su tienda hasta que, agotado y enfermo por la monotonía de su sufrimiento, se quedó dormido.

## CAPÍTULO III

Cuando llegó otra noche, las columnas, convertidas en franjas púrpuras, desfilaron a través de dos puentes de pontones. Un fuego deslumbrante teñía de color vino las aguas del río. Sus rayos, brillando sobre las masas de tropas en movimiento, hacían surgir aquí y allá repentinos destellos de plata u oro. En la otra orilla, una oscura y misteriosa cadena de colinas se curvaba contra el cielo. Las voces de insectos de la noche cantaban solemnemente.

Después de este cruce, el joven se convenció de que en cualquier momento podrían ser asaltados súbita y terriblemente desde las cavernas de los amenazantes bosques. Mantuvo los ojos vigilantes sobre la oscuridad.

Pero su regimiento llegó sin ser molestado a un lugar de acampada, y sus soldados durmieron el sueño valiente de los hombres cansados. Por la mañana fueron despertados con energía temprana y conducidos a toda prisa por un camino estrecho que se adentraba en el bosque.

Fue durante esta rápida marcha que el regimiento perdió muchas de las marcas de una unidad novata.

Los hombres habían empezado a contar las millas con los dedos, y se cansaron. «Pies doloridos y raciones malditamente escasas, eso es todo», dijo el soldado escandaloso. Había sudor y quejas. Al cabo de un tiempo, empezaron a desprenderse de sus mochilas. Algunos las arrojaban despreocupadamente; otros las escondían con cuidado, afirmando sus planes de volver a por ellas en algún momento conveniente. Los hombres se deshacían de las gruesas camisas. Pronto, pocos llevaban algo más que su

ropa necesaria, mantas, mochilas, cantimploras, y armas y municiones. «Ahora puedes comer y disparar», le dijo el soldado alto al joven. «Eso es todo lo que necesitas hacer».

Hubo un cambio repentino de la pesada infantería de la teoría a la ligera y veloz infantería de la práctica. El regimiento, aliviado de una carga, recibió un nuevo ímpetu. Pero hubo una gran pérdida de valiosas mochilas y, en general, de muy buenas camisas.

Pero el regimiento aún no tenía aspecto de veterano. Los regimientos veteranos del ejército solían ser agregaciones muy pequeñas de hombres. Una vez, cuando la unidad acababa de llegar al frente, unos veteranos ambulantes, al notar la longitud de su columna, los habían abordado así: «Eh, muchachos, ¿qué brigada es esa?». Y cuando los hombres respondieron que formaban un regimiento y no una brigada, los soldados más viejos se habían reído y dicho: «¡Oh, Dios!».

Además, había una similitud demasiado grande en los sombreros. Los sombreros de un regimiento deberían representar adecuadamente la historia de los tocados durante un período de años. Y, además, no había letras de oro desvaído que hablaran desde los estandartes. Eran nuevos y hermosos, y el abanderado aceitaba habitualmente el asta.

Pronto el ejército se sentó de nuevo a pensar. El olor de los pacíficos pinos estaba en las fosas nasales de los hombres. El sonido de monótonos hachazos resonaba en el bosque, y los insectos, cabeceando en sus perchas, canturreaban como viejas. El joven volvió a su teoría de una demostración azul.

Una madrugada gris, sin embargo, fue despertado de una patada en la pierna por el soldado alto, y entonces, antes de estar completamente despierto, se encontró corriendo por un camino forestal en medio de hombres que jadeaban por los primeros efectos de la velocidad. Su cantimplora golpeaba rítmicamente su muslo, y su mochila se balanceaba suavemente. Su mosquete rebotaba un poco en su hombro a cada zancada y hacía que su gorra se sintiera insegura sobre su cabeza.

Podía oír a los hombres susurrar frases entrecortadas: «Oye... ¿qué es todo... esto?». «¿Por qué demonios... estamos... saliendo por piernas así?». «Billie... quita los pies de encima. Corres... como una vaca». Y se

oía la voz chillona del soldado escandaloso: «¿Por qué diablos tienen tanta prisa?».».

El joven pensó que la niebla húmeda de la madrugada se movía por el avance de un gran cuerpo de tropas. Desde la distancia llegó un súbito tableteo de disparos.

Estaba desconcertado. Mientras corría con sus camaradas, intentaba pensar esforzadamente, pero todo lo que sabía era que si se caía, los que venían detrás lo pisotearían. Todas sus facultades parecían necesarias para guiarlo por encima y más allá de los obstáculos. Se sentía arrastrado por una turba.

El sol extendió sus rayos reveladores y, uno por uno, los regimientos aparecieron a la vista como hombres armados recién nacidos de la tierra. El joven percibió que había llegado el momento. Iba a ser medido. Por un momento, ante su gran prueba, se sintió como un bebé, y la carne sobre su corazón le pareció muy delgada. Aprovechó el tiempo para mirar a su alrededor calculadoramente.

Pero al instante vio que le sería imposible escapar del regimiento. Lo encerraba. Y había leyes de hierro de la tradición y la ley por los cuatro costados. Estaba en una caja en movimiento.

Al percibir este hecho, se le ocurrió que nunca había deseado venir a la guerra. No se había alistado por su propia voluntad. Había sido arrastrado por el gobierno despiadado. Y ahora lo llevaban para ser masacrado.

El regimiento se deslizó por un terraplén y vadeó un pequeño arroyo. La lúgubre corriente avanzaba lentamente, y desde el agua, sombreada de negro, unos ojos de burbujas blancas miraban a los hombres.

Mientras subían la colina del otro lado, la artillería empezó a retumbar. Aquí el joven olvidó muchas cosas al sentir un súbito impulso de curiosidad. Trepó por el terraplén con una velocidad que no podría ser superada por un hombre sediento de sangre.

Esperaba una escena de batalla.

Había algunos pequeños campos ceñidos y apretados por un bosque. Esparcidos por la hierba y entre los troncos de los árboles, podía ver nudos y líneas ondulantes de escaramuzadores que corrían de un lado a otro y dis-

paraban al paisaje. Una oscura línea de batalla yacía sobre un claro bañado por el sol que brillaba de color naranja. Una bandera ondeaba.

Otros regimientos treparon por el terraplén. La brigada se formó en línea de batalla y, tras una pausa, avanzó lentamente a través del bosque, a la retaguardia de los escaramuzadores en retirada, que se fundían continuamente en la escena para reaparecer más adelante. Estaban siempre ocupados como abejas, profundamente absortos en sus pequeños combates.

El joven intentó observarlo todo. No tuvo cuidado de evitar árboles y ramas, y sus pies olvidados golpeaban constantemente contra las piedras o se enredaban en las zarzas. Era consciente de que aquellos batallones con sus conmociones estaban tejidos en rojo y de forma sorprendente sobre el suave tejido de verdes y marrones atenuados. Parecía un lugar equivocado para un campo de batalla.

Los escaramuzadores de la vanguardia lo fascinaban. Sus disparos hacia los matorrales y a los árboles distantes y prominentes le hablaban de tragedias: ocultas, misteriosas, solemnes.

Una vez, la línea se encontró con el cuerpo de un soldado muerto. Yacía de espaldas, mirando al cielo. Vestía un torpe traje de un marrón amarillento. El joven pudo ver que las suelas de sus zapatos se habían desgastado hasta el grosor del papel de escribir, y de un gran desgarró en uno de ellos asomaba lastimosamente el pie muerto. Y era como si el destino hubiera traicionado al soldado. En la muerte, exponía a sus enemigos esa pobreza que en vida quizás había ocultado a sus amigos.

Las filas se abrieron sigilosamente para evitar el cadáver. El invulnerable muerto se abrió paso por sí mismo. El joven miró atentamente el rostro ceniciento. El viento levantó la barba leonada. Se movió como si una mano la estuviera acariciando. Sintió un vago deseo de caminar alrededor del cuerpo y mirarlo fijamente; el impulso de los vivos de intentar leer en los ojos muertos la respuesta a la Pregunta.

Durante la marcha, el ardor que el joven había adquirido cuando estaba fuera de la vista del campo se desvaneció rápidamente hasta la nada. Su curiosidad se satisfizo con bastante facilidad. Si una escena intensa lo hubiera atrapado con su salvaje ímpetu al llegar a la cima del terraplén, podría haber seguido rugiendo. Este avance sobre la Naturaleza era demasiado tranquilo.

Tuvo oportunidad de reflexionar. Tuvo tiempo para preguntarse sobre sí mismo e intentar sondear sus sensaciones.

Ideas absurdas se apoderaron de él. Pensó que no le gustaba el paisaje. Lo amenazaba. Un frío le recorrió la espalda, y es cierto que le pareció que sus pantalones no eran adecuados para sus piernas en absoluto.

Una casa que se erguía plácidamente en campos lejanos tenía para él un aspecto ominoso. Las sombras de los bosques eran formidables. Estaba seguro de que en aquella vista acechaban huestes de ojos feroces. El rápido pensamiento le vino de que los generales no sabían lo que hacían. Todo era una trampa. De repente, aquellos bosques cercanos se erizarían de cañones de fusil. Brigadas de hierro aparecerían en la retaguardia. Todos iban a ser sacrificados. Los generales eran estúpidos. El enemigo engulliría en breve a toda la unidad. Miró a su alrededor, esperando ver el sigiloso acercamiento de su muerte.

Pensó que debía romper filas y arengar a sus camaradas. No debían ser todos asesinados como cerdos; y estaba seguro de que sucedería a menos que se les informara de estos peligros. Los generales eran idiotas al enviarlos a marchar hacia un auténtico corral. Solo había un par de ojos en el cuerpo de ejército. Él daría un paso al frente y pronunciaría un discurso. Palabras agudas y apasionadas acudieron a sus labios.

La línea, rota en fragmentos móviles por el terreno, avanzaba tranquilamente a través de campos y bosques. El joven miró a los hombres más cercanos y vio, en su mayor parte, expresiones de profundo interés, como si estuvieran investigando algo que los había fascinado. Uno o dos caminaban con aires de exceso de valor, como si ya estuvieran inmersos en la guerra. Otros caminaban como sobre hielo fino. La mayor parte de los hombres no probados parecían tranquilos y absortos. Iban a contemplar la guerra, el animal rojo; la guerra, el dios hinchado de sangre. Y estaban profundamente absortos en esta marcha.

Mientras miraba, el joven ahogó su grito en la garganta. Vio que incluso si los hombres se tambaleaban de miedo, se reírían de su advertencia. Se burlarían de él y, si fuera posible, le lanzarían proyectiles. Admitiendo que pudiera estar equivocado, una declamación frenética de ese tipo lo convertiría en un gusano.

Asumió, entonces, el comportamiento de quien sabe que está condenado en solitario a responsabilidades no escritas. Se rezagó, con miradas trágicas al cielo.

Fue sorprendido al poco por el joven teniente de su compañía, que empezó a golpearlo enérgicamente con una espada, gritando con voz alta e insolente:

— ¡Vamos, joven, a filas! Aquí no se admiten holgazanes. — Aceleró el paso con la debida presteza. Y odió al teniente, que no apreciaba las mentes delicadas. Era un simple bruto.

Al cabo de un tiempo, la brigada se detuvo en la luz catedralicia de un bosque. Los atareados escaramuzadores seguían disparando. A través de las naves del bosque se podía ver el humo flotante de sus fusiles. A veces subía en pequeñas bolas, blancas y compactas.

Durante esta parada, muchos hombres del regimiento comenzaron a erigir diminutas colinas frente a ellos. Usaban piedras, palos, tierra y cualquier cosa que pensarán que podría desviar una bala. Algunos construyeron unas comparativamente grandes, mientras que otros parecían contentos con unas pequeñas.

Este procedimiento provocó una discusión entre los hombres. Algunos deseaban luchar como duelistas, creyendo que lo correcto era permanecer erguidos y ser, desde los pies hasta la frente, un blanco. Decían que despreciaban los ardides de los cautelosos. Pero los otros se burlaron en respuesta y señalaron a los veteranos de los flancos, que cavaban en el suelo como terriers. En poco tiempo, había una considerable barricada a lo largo de los frentes del regimiento. Sin embargo, directamente se les ordenó retirarse de aquel lugar.

Esto asombró al joven. Se olvidó de su cavilación sobre el movimiento de avance.

— Bueno, entonces, ¿para qué nos han hecho marchar hasta aquí? — le preguntó al soldado alto. Este último, con fe serena, inició una pesada explicación, aunque se había visto obligado a dejar una pequeña protección de piedras y tierra a la que había dedicado mucho cuidado y habilidad.

Cuando el regimiento se alineó en otra posición, el respeto de cada hombre por su seguridad provocó otra línea de pequeñas trincheras. Comieron

su almuerzo detrás de una tercera. También fueron trasladados de esta. Fueron marchando de un lugar a otro con aparente falta de objetivo.

Al joven le habían enseñado que un hombre se convertía en otra cosa en la batalla. Veía su salvación en tal cambio. De ahí que esta espera fuera un suplicio para él. Estaba en una fiebre de impaciencia. Consideraba que se denotaba una falta de propósito por parte de los generales. Empezó a quejarse al soldado alto.

—No puedo soportar esto mucho más —gritó—. No veo de qué sirve que nos hagamos polvo las piernas para nada. —Deseaba volver al campamento, sabiendo que este asunto era una demostración azul; o bien entrar en una batalla y descubrir que había sido un tonto en sus dudas, y que era, en verdad, un hombre de coraje tradicional. La tensión de las circunstancias actuales le parecía intolerable.

El filosófico soldado alto midió un sándwich de galleta y cerdo y se lo tragó de manera despreocupada.

—Oh, supongo que debemos ir a reconocer el terreno por el país solo para evitar que se acerquen demasiado, o para descubrirlos, o algo así.

—¡Bah! —dijo el soldado escandaloso.

—Bueno —gritó el joven, todavía inquieto—, preferiría hacer casi cualquier cosa antes que andar dando vueltas por el campo todo el día sin hacerle bien a nadie y solo cansándonos.

—Yo también —dijo el soldado escandaloso—. No está bien. Te digo que si alguien con algo de sentido estuviera dirigiendo este ejército...

—¡Oh, cállate! —rugió el soldado alto—. Pequeño tonto. Maldito crío. No llevas esa chaqueta y esos pantalones ni seis meses, y ya hablas como si...

—Bueno, de todos modos quiero luchar un poco —interrumpió el otro—. No vine aquí a caminar. Podría haber caminado hasta casa... dando vueltas y vueltas al granero, si solo quisiera caminar.

El alto, con el rostro enrojecido, se tragó otro sándwich como si tomara veneno con desesperación.

Pero gradualmente, mientras masticaba, su rostro volvió a estar tranquilo y satisfecho. No podía enfurecerse en una discusión acalorada en presencia de tales sándwiches. Durante sus comidas, siempre adoptaba un aire de contemplación dichosa de la comida que había tragado. Su espíritu parecía entonces estar en comunión con las viandas.

Aceptaba el nuevo entorno y las circunstancias con gran frialdad, comiendo de su mochila en cada oportunidad. En la marcha, avanzaba con el paso de un cazador, sin oponerse ni al ritmo ni a la distancia. Y no había levantado la voz cuando le habían ordenado alejarse de tres pequeños montículos protectores de tierra y piedra, cada uno de los cuales había sido una proeza de ingeniería digna de ser consagrada al nombre de su abuela.

Por la tarde, el regimiento volvió a recorrer el mismo terreno que había tomado por la mañana. El paisaje entonces dejó de amenazar al joven. Había estado cerca de él y se había familiarizado con él.

Sin embargo, cuando empezaron a pasar a una nueva región, sus viejos temores de estupidez e incompetencia lo asaltaron de nuevo, pero esta vez los dejó balbucear obstinadamente. Estaba ocupado con su problema, y en su desesperación concluyó que la estupidez no importaba mucho.

Una vez pensó que había llegado a la conclusión de que sería mejor morir directamente y acabar con sus problemas. Contemplando así la muerte de reojo, la concibió como nada más que descanso, y se llenó de un asombro momentáneo de que hubiera armado un revuelo extraordinario por el mero asunto de morir. Moriría; iría a algún lugar donde sería comprendido. Era inútil esperar aprecio por su profundo y delicado sentir de hombres como el teniente. Debía buscar en la tumba la comprensión.

El fuego de escaramuza aumentó hasta convertirse en un largo sonido de tableteo. Con él se mezclaban vítores lejanos. Una batería habló.

Directamente, el joven pudo ver a los escaramuzadores corriendo. Eran perseguidos por el sonido del fuego de mosquetes. Al cabo de un tiempo, los destellos calientes y peligrosos de los fusiles se hicieron visibles. Nubes de humo se desplazaban lenta e insolentemente por los campos como fantasmas observadores. El estruendo se hizo crescendo, como el rugido de un tren que se acerca.

Una brigada delante de ellos y a la derecha entró en acción con un estruendo desgarrador. Fue como si hubiera explotado. Y a partir de entonces yació extendida en la distancia detrás de una larga pared gris, que uno estaba obligado a mirar dos veces para asegurarse de que era humo.

El joven, olvidando su pulcro plan de morir, miraba hechizado. Sus ojos se abrieron de par en par y se ocuparon de la acción de la escena. Su boca estaba un poco entreabierta.

De repente, sintió una mano pesada y triste posada en su hombro. Despertando de su trance de observación, se volvió y vio al soldado escandaloso.

—Es mi primera y última batalla, viejo amigo —dijo este último, con una intensa melancolía. Estaba bastante pálido y su labio de muchacha temblaba.

—¿Eh? —murmuró el joven con gran asombro.

—Es mi primera y última batalla, viejo amigo —continuó el soldado escandaloso—. Algo me dice...

—¿Qué?

—Estoy perdido esta primera vez y... y q-quiero que lleves estas cosas... a... mi... familia. —Terminó en un sollozo tembloroso de autocompasión. Le entregó al joven un pequeño paquete envuelto en un sobre amarillo.

—Pero, qué demonios... —empezó de nuevo el joven.

Pero el otro le lanzó una mirada como desde las profundidades de una tumba, levantó su mano lánguida de manera profética y se dio la vuelta.

## CAPÍTULO IV

La brigada se detuvo en el linde de una arboleda. Los hombres se agazaparon entre los árboles y apuntaron sus inquietos fusiles hacia los campos. Intentaban mirar más allá del humo.

A través de aquella neblina, podían ver hombres corriendo. Algunos gritaban información y gesticulaban mientras se apresuraban.

Los hombres del nuevo regimiento observaban y escuchaban con avidez, mientras sus lenguas se deshacían en chismes sobre la batalla. Pronunciaban rumores que habían volado como pájaros desde lo desconocido.

—Dicen que a Perry lo han hecho retroceder con grandes pérdidas.

—Sí, Carrott se fue al hospital. Dijo que estaba enfermo. Ese teniente listillo está al mando de la Compañía G. Los muchachos dicen que no volverán a estar bajo el mando de Carrott aunque tengan que desertar todos. Siempre supieron que era un...

—La batería de Hannis ha sido tomada.

—Pues no es verdad. Vi la batería de Hannis a la izquierda hace no más de quince minutos.

—Bueno...

—El general, dice que va a tomar el mando completo del 304 cuando entremos en acción, y luego dice que lucharemos como ningún otro regimiento lo ha hecho.

— Dicen que nos están dando una buena tunda por la izquierda. Dicen que el enemigo ha empujado nuestra línea a un pantano infernal y ha tomado la batería de Hannis.

— Nada de eso. La batería de Hannis estaba por aquí hace un minuto.

— Ese joven Hasbrouck es un buen oficial. No le tiene miedo a nada.

— Me encontré a uno de los muchachos del 148 de Maine y dice que su brigada luchó contra todo el ejército rebelde durante cuatro horas en la carretera de peaje y mató a unos cinco mil de ellos. Dice que otra lucha como esa y la guerra se acaba.

— Bill tampoco estaba asustado. ¡No, señor! No era eso. A Bill no se le asusta fácilmente. Estaba simplemente furioso, eso es lo que estaba. Cuando aquel tipo le pisó la mano, se levantó y dijo que estaba dispuesto a dar su mano por su país, pero que le partiera un rayo si iba a permitir que cualquier maldito guerrillero del país anduviera pisoteándola. Así que se fue al hospital sin importarle la lucha. Tenía tres dedos machacados. El maldito doctor quería amputárselos, y Bill, he oído, armó un escándalo de mil demonios. Es un tipo curioso.

El estruendo del frente creció hasta convertirse en un coro tremendo. El joven y sus compañeros se quedaron helados en silencio. Pudieron ver una bandera que se agitaba airadamente en el humo. Cerca de ella estaban las formas borrosas y agitadas de las tropas. Una corriente turbulenta de hombres cruzó los campos. Una batería que cambiaba de posición a un galope frenético dispersó a los rezagados a diestra y siniestra.

Un proyectil, que gritaba como un alma en pena en la tormenta, pasó por encima de las cabezas apiñadas de las reservas. Aterrizó en la arboleda y, al explotar en un fulgor rojo, arrojó tierra parda. Hubo una pequeña lluvia de agujas de pino.

Las balas empezaron a silbar entre las ramas y a morder los árboles. Ramitas y hojas descendían navegando. Era como si mil hachas, diminutas e invisibles, estuvieran siendo blandidas. Muchos de los hombres esquivaban y agachaban la cabeza constantemente.

El teniente de la compañía del joven recibió un disparo en la mano. Empezó a maldecir tan maravillosamente que una risa nerviosa recorrió la línea del regimiento. Las blasfemias del oficial sonaban convencionales.

Aliviaron los tensos sentidos de los hombres nuevos. Era como si se hubiera golpeado los dedos con un martillo de tapicero en casa.

Sostenía el miembro herido cuidadosamente alejado de su costado para que la sangre no goteara sobre sus pantalones.

El capitán de la compañía, metiéndose la espada bajo el brazo, sacó un pañuelo y comenzó a vendar con él la herida del teniente. Y discutieron sobre cómo debía hacerse la venda.

La bandera de batalla en la distancia se sacudía locamente. Parecía luchar por liberarse de una agonía. El humo ondulante estaba lleno de destellos horizontales.

Hombres que corrían velozmente emergieron de él. Crecieron en número hasta que se vio que toda la unidad estaba huyendo. La bandera se hundió de repente como si muriera. Su movimiento al caer fue un gesto de desesperación.

Gritos salvajes llegaron de detrás de los muros de humo. Un boceto en gris y rojo se disolvió en un cuerpo de hombres con aspecto de turba que galopaban como caballos salvajes.

Los regimientos veteranos a la derecha y a la izquierda del 304 comenzaron inmediatamente a burlarse. Con el canto apasionado de las balas y los alaridos de los proyectiles se mezclaban fuertes abucheos y retazos de consejos jocosos sobre lugares seguros.

Pero el nuevo regimiento estaba sin aliento por el horror.

— ¡Dios! ¡Han aplastado a Saunders! — susurró el hombre que estaba junto al codo del joven. Se encogieron y se agazaparon como si estuvieran obligados a esperar una inundación.

El joven lanzó una rápida mirada a lo largo de las filas azules del regimiento. Los perfiles estaban inmóviles, esculpidos; y después recordó que el sargento de color estaba de pie, con las piernas separadas, como si esperara ser derribado al suelo.

La multitud que seguía pasó arremolinándose por el flanco. Aquí y allá había oficiales arrastrados por la corriente como astillas exasperadas. Golpeaban a su alrededor con sus espadas y con sus puños izquierdos, dando puñetazos en cada cabeza que podían alcanzar. Maldecían como bandoleros.

Un oficial montado mostraba la furiosa ira de un niño mimado. Se enfurecía con la cabeza, los brazos y las piernas.

Otro, el comandante de la brigada, galopaba de un lado a otro vociferando. Había perdido el sombrero y su ropa estaba desaliñada. Parecía un hombre que ha salido de la cama para ir a un incendio. Los cascos de su caballo amenazaban a menudo las cabezas de los hombres que corrían, pero estos se escabullían con singular fortuna. En esta carrera, aparentemente, todos estaban sordos y ciegos. No hacían caso a los más grandes y largos juramentos que se les lanzaban desde todas las direcciones.

Frecuentemente, por encima de este tumulto, se podían oír las bromas sombrías de los veteranos críticos; pero los hombres en retirada aparentemente ni siquiera eran conscientes de la presencia de un público.

El reflejo de la batalla que brilló por un instante en los rostros de la corriente enloquecida hizo sentir al joven que unas manos enérgicas del cielo no habrían sido capaces de mantenerlo en su sitio si él hubiera podido conseguir un control inteligente de sus piernas.

Había una huella espantosa en aquellos rostros. La lucha en el humo había plasmado una exageración de sí misma en las mejillas lívidas y en los ojos enloquecidos por un único deseo.

La visión de esta estampida ejerció una fuerza similar a una inundación que parecía capaz de arrancar palos, piedras y hombres del suelo. Los de las reservas tuvieron que aferrarse. Se pusieron pálidos y firmes, y rojos y temblorosos.

El joven logró un pequeño pensamiento en medio de este caos. El monstruo compuesto que había hecho huir a las otras tropas no había aparecido entonces. Resolvió echarle un vistazo y luego, pensó, muy probablemente podría correr mejor que el mejor de ellos.

## CAPÍTULO V

Hubo momentos de espera. El joven pensó en la calle del pueblo de su casa antes de la llegada del desfile del circo un día de primavera. Recordó cómo había estado de pie, un niño pequeño y emocionado, preparado para seguir a la dama deslucida sobre el caballo blanco, o a la banda en su carroza desvaída. Vio el camino amarillo, las filas de gente expectante y las casas sobrias. Recordó en particular a un viejo que solía sentarse en una caja de galletas frente a la tienda y fingir que despreciaba tales exhibiciones. Mil detalles de color y forma surgieron en su mente. El viejo de la caja de galletas apareció con una prominencia central.

Alguien gritó:

— ¡Ahí vienen!

Hubo un susurro y un murmullo entre los hombres. Mostraban un deseo febril de tener todos los cartuchos posibles listos en sus manos. Las cajas fueron colocadas en diversas posiciones y ajustadas con gran cuidado. Era como si se estuvieran probando setecientos sombreros nuevos.

El soldado alto, habiendo preparado su fusil, sacó un pañuelo rojo de algún tipo. Estaba ocupado anudándose alrededor de la garganta con exquisita atención a su posición, cuando el grito se repitió a lo largo de la línea en un rugido ahogado de sonido.

— ¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen! — Los cerrojos de los fusiles chasquearon.

A través de los campos infestados de humo llegó un enjambre pardo de hombres que corrían dando chillidos agudos. Avanzaban, agachándose y

blandiendo sus fusiles en todos los ángulos. Una bandera, inclinada hacia adelante, corría veloz cerca del frente.

Al verlos, el joven se sobresaltó momentáneamente al pensar que quizás su fusil no estaba cargado. Se quedó de pie, tratando de reunir su vacilante intelecto para poder recordar el momento en que lo había cargado, pero no pudo.

Un general sin sombrero detuvo su caballo sudoroso cerca del coronel del 304. Le sacudió el puño en la cara al otro.

— ¡Tiene que detenerlos! — gritó, salvajemente —; ¡tiene que detenerlos!

En su agitación, el coronel empezó a tartamudear.

— S-sí, mi general, s-sí, ¡por Dios! H-haremos... h-haremos lo que podamos, mi general. — El general hizo un gesto apasionado y se alejó al galope. El coronel, quizás para aliviar sus sentimientos, empezó a regañar como un loro mojado. El joven, volviéndose rápidamente para asegurarse de que la retaguardia no era molestada, vio al comandante mirando a sus hombres de manera muy resentida, como si lamentara por encima de todo su asociación con ellos.

El hombre que estaba junto al codo del joven murmuraba, como para sí mismo:

— ¡Oh, ahora sí que estamos metidos en un lío! ¡Oh, ahora sí que estamos metidos en un lío!

El capitán de la compañía había estado paseando excitadamente de un lado a otro en la retaguardia. Amonestaba al estilo de una maestra de escuela, como a una congregación de niños con cartillas. Su discurso era una repetición interminable.

— ¡Reservad el fuego, muchachos... no disparéis hasta que yo os lo diga... ahorrad el fuego... esperad a que se acerquen... no seáis unos malditos idiotas!

El sudor corría por el rostro del joven, que estaba sucio como el de un pilluelo lloroso. Con frecuencia, con un movimiento nervioso, se limpiaba los ojos con la manga de la chaqueta. Su boca seguía un poco entreabierta.

Echó una sola mirada al campo infestado de enemigos frente a él, y al instante dejó de debatir la cuestión de si su arma estaba cargada. Antes de estar listo para empezar — antes de haberse anunciado a sí mismo que estaba a punto de luchar — colocó el obediente y bien equilibrado fusil en posición y disparó un primer tiro alocado. Inmediatamente, estaba manejando su arma como un autómata.

De repente perdió la preocupación por sí mismo y se olvidó de mirar a un destino amenazador. Se convirtió no en un hombre, sino en un miembro. Sintió que algo de lo que formaba parte — un regimiento, un ejército, una causa o un país — estaba en crisis. Se fundió en una personalidad común dominada por un único deseo. Durante algunos momentos, no podía huir, como tampoco un dedo meñique puede cometer una revolución separándose de una mano.

Si hubiera pensado que el regimiento estaba a punto de ser aniquilado, quizás podría haberse amputado de él. Pero su ruido le daba seguridad. El regimiento era como un fuego artificial que, una vez encendido, procede superior a las circunstancias hasta que su llameante vitalidad se desvanece. Resollaba y golpeaba con un poderío formidable. Se imaginó el suelo ante él sembrado de vencidos.

Había una conciencia constante de la presencia de sus camaradas a su alrededor. Sintió la sutil hermandad de la batalla, más potente incluso que la causa por la que luchaban. Era una fraternidad misteriosa nacida del humo y el peligro de la muerte.

Estaba en una tarea. Era como un carpintero que ha hecho muchas cajas y sigue haciendo otra, solo que había una prisa furiosa en sus movimientos. Él, en sus pensamientos, se desbocaba hacia otros lugares, igual que el carpintero que mientras trabaja silba y piensa en su amigo o su enemigo, en su casa o en una taberna. Y estos sueños sacudidos nunca fueron perfectos para él después, sino que permanecieron como una masa de formas borrosas.

Pronto empezó a sentir los efectos de la atmósfera de guerra: un sudor abrasador, la sensación de que sus globos oculares estaban a punto de estallar como piedras calientes. Un rugido ardiente llenó sus oídos.

A esto siguió una rabia roja. Desarrolló la exasperación aguda de un animal acosado, una vaca bienintencionada hostigada por perros. Tenía un sentimiento de locura contra su fusil, que solo podía usarse contra una vida a la vez. Deseaba abalanzarse y estrangular con sus dedos. Ansiaba un poder que le permitiera hacer un gesto que barriera el mundo y lo hiciera retroceder todo. Su impotencia se le apareció y convirtió su rabia en la de una bestia acorralada.

Enterrada en el humo de muchos fusiles, su ira no se dirigía tanto contra los hombres que sabía que corrían hacia él, como contra los arremolinados fantasmas de la batalla que lo asfixiaban, metiéndole sus túnicas de humo por su garganta reseca. Luchaba frenéticamente por un respiro para sus sentidos, por aire, como un bebé que se asfixia ataca las mantas mortales.

Había un estallido de rabia acalorada mezclado con una cierta expresión de atención en todos los rostros. Muchos de los hombres hacían ruidos en voz baja con la boca, y estos vítores apagados, gruñidos, imprecaciones, plegarias, formaban una canción salvaje y bárbara que iba como una corriente subterránea de sonido, extraña y similar a un cántico con los resonantes acordes de la marcha de guerra. El hombre junto al codo del joven balbuceaba. En ello había algo suave y tierno como el monólogo de un bebé. El soldado alto maldecía a gritos. De sus labios salía una negra procesión de curiosos juramentos. De repente, otro estalló de manera quejumbrosa, como un hombre que ha perdido su sombrero.

—Bueno, ¿por qué no nos apoyan? ¿Por qué no envían refuerzos? ¿Acaso creen...?

El joven, en su sueño de batalla, oyó esto como quien dormita oye.

Había una singular ausencia de poses heroicas. Los hombres, inclinándose y avanzando en su prisa y rabia, estaban en todas las actitudes imposibles. Las baquetas de acero resonaban y retiñían con un estruendo incesante mientras los hombres las golpeaban furiosamente en los cañones calientes de los fusiles. Las solapas de las cartucheras estaban todas desabrochadas y se balanceaban idiotamente con cada movimiento. Los fusiles, una vez cargados, eran llevados bruscamente al hombro y disparados sin puntería aparente hacia el humo o hacia una de las formas borrosas y cambiantes que en el campo, frente al regimiento, habían ido creciendo más y más como marionetas bajo la mano de un mago.

Los oficiales, a sus intervalos, en la retaguardia, se abstenían de adoptar posturas pintorescas. Se balanceaban de un lado a otro rugiendo órdenes y ánimos. Las dimensiones de sus aullidos eran extraordinarias. Gastaban sus pulmones con voluntades pródigas. Y a menudo casi se ponían de cabeza en su ansiedad por observar al enemigo al otro lado del humo que se revolvía.

El teniente de la compañía del joven se había encontrado con un soldado que había huido gritando a la primera descarga de sus camaradas. Detrás de las líneas, estos dos representaban una pequeña escena aislada. El hombre lloriqueaba y miraba con ojos de oveja al teniente, que lo había agarrado por el cuello y lo estaba apaleando. Lo devolvió a las filas a empellones. El soldado fue mecánicamente, torpemente, con sus ojos de animal fijos en el oficial. Quizás para él había una divinidad expresada en la voz del otro: severa, dura, sin reflejo de miedo en ella. Intentó recargar su arma, pero sus manos temblorosas se lo impidieron. El teniente se vio obligado a ayudarlo.

Los hombres caían aquí y allá como fardos. El capitán de la compañía del joven había muerto en una de las primeras fases de la acción. Su cuerpo yacía extendido en la posición de un hombre cansado que descansa, pero en su rostro había una mirada asombrada y dolorosa, como si pensara que algún amigo le había jugado una mala pasada. El hombre que balbuceaba fue rozado por un disparo que hizo que la sangre corriera abundantemente por su cara. Se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡Oh! —dijo, y corrió. Otro gruñó de repente como si le hubieran golpeado con un garrote en el estómago. Se sentó y miró con tristeza. En sus ojos había un reproche mudo e indefinido. Más adelante en la línea, un hombre, de pie detrás de un árbol, había tenido la articulación de la rodilla destrozada por una bala. Inmediatamente había soltado su fusil y se había agarrado al árbol con ambos brazos. Y allí permaneció, aferrándose desesperadamente y pidiendo ayuda para poder soltar su agarre del árbol.

Finalmente, un grito exultante recorrió la línea temblorosa. Los disparos disminuyeron de un estruendo a un último y vengativo tableteo. A medida que el humo se arremolinaba lentamente, el joven vio que la carga había sido repelida. El enemigo estaba disperso en grupos reacios. Vio a un hombre subirse a lo alto de la valla, sentarse a horcajadas en el raíl y disparar un tiro de despedida. Las olas se habían retirado, dejando trozos de escombros oscuros en el suelo.

Algunos en el regimiento empezaron a vitorear frenéticamente. Muchos guardaban silencio. Aparentemente, intentaban contemplarse a sí mismos.

Después de que la fiebre abandonara sus venas, el joven pensó que finalmente iba a asfixiarse. Se dio cuenta de la atmósfera fétida en la que había estado luchando. Estaba mugriento y goteando como un obrero de una fundición. Agarró su cantimplora y tomó un largo trago de agua tibia.

Una frase con variaciones subía y bajaba por la línea.

—Bueno, los hemos contenido. Los hemos contenido; maldita sea si no lo hemos hecho. —Los hombres lo decían felizmente, mirándose unos a otros con sonrisas sucias.

El joven se volvió para mirar detrás de él y a la derecha y a la izquierda. Experimentó la alegría de un hombre que por fin encuentra tiempo para mirar a su alrededor.

Bajo sus pies había unas pocas formas espantosas e inmóviles. Yacían retorcidas en contorsiones fantásticas. Los brazos estaban doblados y las cabezas giradas de maneras increíbles. Parecía que los muertos debían de haber caído desde una gran altura para quedar en tales posiciones. Parecían haber sido arrojados al suelo desde el cielo.

Desde una posición en la retaguardia de la arboleda, una batería lanzaba proyectiles sobre ella. El destello de los cañones sobresaltó al joven al principio. Pensó que apuntaban directamente a él. A través de los árboles observó las figuras negras de los artilleros mientras trabajaban rápida e intensamente. Su labor parecía algo complicado. Se preguntó cómo podían recordar su fórmula en medio de la confusión.

Los cañones estaban agazapados en fila como jefes salvajes. Discutían con violencia abrupta. Era un sombrío consejo de guerra. Sus atareados sirvientes corrían de un lado a otro.

Una pequeña procesión de heridos se dirigía lúgubrementemente hacia la retaguardia. Era un flujo de sangre del cuerpo desgarrado de la brigada.

A la derecha y a la izquierda estaban las líneas oscuras de otras tropas. Muy al frente, creyó ver masas más claras que sobresalían en puntas desde el bosque. Sugerían miles incontables.

Una vez vio una diminuta batería pasar a toda velocidad por la línea del horizonte. Los diminutos jinetes golpeaban a los diminutos caballos.

De una colina inclinada llegaba el sonido de vítores y choques. El humo brotaba lentamente entre las hojas.

Las baterías hablaban con un esfuerzo oratorio atronador. Aquí y allá había banderas, en las que dominaba el rojo de las franjas. Salpicaban trozos de color cálido sobre las líneas oscuras de las tropas.

El joven sintió la vieja emoción al ver los emblemas. Eran como hermosos pájaros extrañamente impávidos en una tormenta.

Mientras escuchaba el estruendo de la ladera, un profundo trueno palpitante que venía de lejos a la izquierda, y los clamores menores que llegaban de muchas direcciones, se le ocurrió que también estaban luchando, por allí, y por allí, y por allí. Hasta entonces había supuesto que toda la batalla estaba directamente bajo sus narices.

Mientras miraba a su alrededor, el joven sintió un destello de asombro ante el cielo azul y puro y el brillo del sol en los árboles y los campos. Era sorprendente que la Naturaleza hubiera seguido tranquilamente con su proceso dorado en medio de tanta maldad.

## CAPÍTULO VI

El joven despertó lentamente. Volvió gradualmente a una posición desde la que podía contemplarse a sí mismo. Por momentos había estado escudriñando su persona de manera aturdida, como si nunca antes se hubiera visto. Luego recogió su gorra del suelo. Se retorció en su chaqueta para que le quedara más cómoda y, arrodillándose, se ató de nuevo el zapato. Se enjugó pensativamente sus facciones humeantes.

¡Así que todo había terminado por fin! La prueba suprema había sido superada. Las rojas y formidables dificultades de la guerra habían sido vencidas.

Entró en un éxtasis de autosatisfacción. Tuvo las sensaciones más deliciosas de su vida. De pie, como si estuviera separado de sí mismo, contempló aquella última escena. Percibió que el hombre que había luchado así era magnífico.

Sintió que era un buen tipo. Se vio a la altura incluso de aquellos ideales que había considerado muy por encima de él. Sonrió con profunda gratificación.

Sobre sus compañeros irradiaba ternura y buena voluntad.

— ¡Caray! ¿No hace calor, eh? — dijo afablemente a un hombre que se pulía el rostro sudoroso con las mangas de la chaqueta.

— ¡Ya lo creo! — dijo el otro, sonriendo sociablemente—. Nunca he visto un calor tan tonto. — Se desparramó lujosamente en el suelo—. ¡Caray, sí!

Y espero que no tengamos más luchas hasta dentro de una semana a partir del lunes.

Hubo algunos apretones de manos y profundos discursos con hombres cuyos rasgos le eran familiares, pero con quienes el joven sentía ahora los lazos de corazones unidos. Ayudó a un camarada que maldecía a vendarse una herida en la espinilla.

Pero, de repente, gritos de asombro estallaron a lo largo de las filas del nuevo regimiento.

— ¡Ahí vienen otra vez! ¡Ahí vienen otra vez! —El hombre que se había desparramado en el suelo se levantó de un salto y dijo:

— ¡Caramba!

El joven dirigió una mirada rápida hacia el campo. Distinguió formas que comenzaban a hincharse en masas desde un bosque lejano. Volvió a ver la bandera inclinada que avanzaba velozmente.

Los proyectiles, que habían dejado de molestar al regimiento durante un tiempo, volvieron a arremolinarse y explotaron en la hierba o entre las hojas de los árboles. Parecían extrañas flores de guerra que se abrían en una feroz floración.

Los hombres gimieron. El brillo se desvaneció de sus ojos. Sus semblantes manchados expresaban ahora un profundo abatimiento. Movían sus cuerpos entumecidos lentamente y observaban con humor sombrío el frenético avance del enemigo. Los esclavos que trabajaban en el templo de este dios empezaron a sentir la rebelión ante sus duras tareas.

Se inquietaban y se quejaban unos a otros.

— ¡Oh, vaya, esto ya es demasiado! ¿Por qué no nos envía alguien refuerzos?

— No vamos a aguantar esta segunda paliza. No vine aquí a luchar contra todo el maldito ejército rebelde.

Hubo uno que lanzó un grito lastimero.

— Ojalá Bill Smithers me hubiera pisado la mano a mí, en lugar de yo a él. —Las doloridas articulaciones del regimiento crujieron mientras se colocaba penosamente en posición para repeler el ataque.

El joven se quedó mirando fijamente. «Seguramente», pensó, «esta cosa imposible no va a suceder». Esperó como si esperara que el enemigo se detuviera de repente, se disculpara y se retirara haciendo una reverencia. Todo era un error.

Pero los disparos comenzaron en algún punto de la línea del regimiento y se extendieron en ambas direcciones. Las láminas horizontales de llamas desarrollaron grandes nubes de humo que se revolvieron y agitaron en el suave viento cerca del suelo por un momento, y luego rodaron a través de las filas como a través de una puerta. Las nubes estaban teñidas de un amarillo terroso por los rayos del sol y en la sombra eran de un triste azul. La bandera a veces era devorada y se perdía en esta masa de vapor, pero más a menudo se proyectaba, tocada por el sol, resplandeciente.

En los ojos del joven apareció una mirada que se puede ver en los orbes de un caballo exhausto. Su cuello temblaba de debilidad nerviosa y los músculos de sus brazos se sentían entumecidos y sin sangre. Sus manos, también, parecían grandes y torpes, como si llevara manoplas invisibles. Y había una gran incertidumbre en las articulaciones de sus rodillas.

Las palabras que los camaradas habían pronunciado antes de los disparos comenzaron a volver a su mente. «¡Oh, vaya, esto ya es demasiado! ¿Por quién nos toman? ¿Por qué no envían refuerzos? No vine aquí a luchar contra todo el maldito ejército rebelde».

Comenzó a exagerar la resistencia, la habilidad y el valor de los que venían. Él mismo, tambaleándose de agotamiento, estaba asombrado más allá de toda medida ante tal persistencia. Debían ser máquinas de acero. Era muy sombrío luchar contra tales cosas, preparadas quizás para luchar hasta el atardecer.

Levantó lentamente su fusil y, vislumbrando el campo densamente poblado, disparó a un grupo que avanzaba al galope. Se detuvo entonces y comenzó a escudriñar lo mejor que pudo a través del humo. Captó vistas cambiantes del terreno cubierto de hombres que corrían todos como diablillos perseguidos, y gritando.

Para el joven, era una embestida de dragones temibles. Se volvió como el hombre que perdió las piernas al acercarse el monstruo rojo y verde. Esperó

en una especie de actitud horrorizada y atenta. Parecía cerrar los ojos y esperar a ser engullido.

Un hombre cerca de él, que hasta ese momento había estado trabajando febrilmente con su fusil, se detuvo de repente y corrió aullando. Un muchacho cuyo rostro había mostrado una expresión de valor exaltado, la majestuosidad de quien se atreve a dar su vida, fue, en un instante, abatido abyectamente. Palideció como quien ha llegado al borde de un acantilado a medianoche y de repente se da cuenta. Hubo una revelación. Él también arrojó su arma y huyó. No había vergüenza en su rostro. Corrió como un conejo.

Otros comenzaron a escabullirse a través del humo. El joven giró la cabeza, sacudido de su trance por este movimiento, como si el regimiento lo estuviera dejando atrás. Vio las pocas formas huidizas.

Gritó entonces de espanto y se dio la vuelta. Por un momento, en el gran clamor, fue como el proverbial pollo sin cabeza. Perdió la dirección de la seguridad. La destrucción lo amenazaba desde todos los puntos.

Inmediatamente, comenzó a correr hacia la retaguardia a grandes saltos. Su fusil y su gorra habían desaparecido. Su chaqueta desabrochada se hinchaba con el viento. La solapa de su cartuchera se balanceaba alocadamente, y su cantimplora, por su delgada cuerda, se balanceaba detrás. En su rostro estaba todo el horror de aquellas cosas que imaginaba.

El teniente se abalanzó hacia adelante, vociferando. El joven vio sus facciones enrojecidas de ira, y lo vio lanzar un mandoble con su espada. Su único pensamiento sobre el incidente fue que el teniente era una criatura peculiar por interesarse en tales asuntos en esa ocasión.

Corrió como un ciego. Dos o tres veces se cayó. Una vez se golpeó el hombro tan fuertemente contra un árbol que cayó de cabeza.

Desde que había dado la espalda a la lucha, sus miedos se habían magnificado maravillosamente. La muerte a punto de clavársele entre los omóplatos era mucho más espantosa que la muerte a punto de golpearlo entre los ojos. Cuando pensó en ello más tarde, concibió la impresión de que es mejor ver lo espantoso que estar meramente al alcance del oído. Los ruidos de la batalla eran como piedras; se creía susceptible de ser aplastado.

Mientras corría, se mezcló con otros. Vio vagamente hombres a su derecha y a su izquierda, y oyó pasos detrás de él. Pensó que todo el

regimiento estaba huyendo, perseguido por aquellos estruendos ominosos.

En su huida, el sonido de estos pasos que lo seguían le dio su único y escaso alivio. Sintió vagamente que la muerte debía elegir primero a los hombres que estaban más cerca; los bocados iniciales para los dragones serían entonces los que lo seguían. Así que mostró el celo de un velocista demente en su propósito de mantenerlos en la retaguardia. Hubo una carrera.

Mientras él, a la cabeza, cruzaba un pequeño campo, se encontró en una región de proyectiles. Pasaban zumbando sobre su cabeza con largos y salvajes chillidos. Mientras escuchaba, se los imaginó con hileras de dientes crueles que le sonreían. Una vez, uno estalló delante de él y el lívido relámpago de la explosión le cerró eficazmente el paso en la dirección elegida. Se arrastró por el suelo y luego, levantándose de un salto, se fue corriendo a través de unos arbustos.

Experimentó una emoción de asombro cuando vio una batería en acción. Los hombres allí parecían estar de humor convencional, totalmente inconscientes de la aniquilación inminente. La batería disputaba con un antagonista distante y los artilleros estaban absortos en la admiración de sus disparos. Se inclinaban continuamente en posturas persuasivas sobre los cañones. Parecían darles palmaditas en la espalda y animarlos con palabras. Los cañones, impasibles e intrépidos, hablaban con valor obstinado.

Los precisos artilleros estaban fríamente entusiasmados. Levantaban los ojos a cada oportunidad hacia la loma envuelta en humo desde donde la batería hostil se dirigía a ellos. El joven se compadeció de ellos mientras corría. ¡Idiotas metódicos! ¡Tontos maquinales! La refinada alegría de plantar proyectiles en medio de la formación de la otra batería parecería poca cosa cuando la infantería saliera en tromba de los bosques.

El rostro de un joven jinete, que tiraba de su frenético caballo con un arrebato de genio que podría mostrar en un plácido corral, se le grabó profundamente en la mente. Supo que estaba mirando a un hombre que pronto estaría muerto.

También sintió piedad por los cañones, de pie, seis buenos camaradas, en una audaz fila.

Vio a una brigada que iba en auxilio de sus acosados compañeros. Trepó a una pequeña colina y la observó avanzar elegantemente, manteniendo la

formación en lugares difíciles. El azul de la línea estaba incrustado de color acero, y las brillantes banderas sobresalían. Los oficiales gritaban.

Esta vista también lo llenó de asombro. La brigada se apresuraba vivamente para ser engullida por las bocas infernales del dios de la guerra. ¿Qué clase de hombres eran, de todos modos? ¡Ah, era una raza maravillosa! O si no, no comprendían... los tontos.

Una orden furiosa causó conmoción en la artillería. Un oficial en un caballo que saltaba hacía movimientos maniáticos con los brazos. Los tiros de caballos llegaron balanceándose desde la retaguardia, los cañones fueron girados bruscamente y la batería se escabulló. Los cañones, con sus bocas apuntando oblicuamente al suelo, gruñían y refunfuñaban como hombres robustos, valientes pero con objeciones a la prisa.

El joven siguió adelante, moderando su paso desde que había dejado el lugar de los ruidos.

Más tarde se encontró con un general de división sentado en un caballo que aguzaba las orejas con interés hacia la batalla. Había un gran brillo de amarillo y charol alrededor de la silla y la brida. El hombre tranquilo a horcajadas parecía de color ratón sobre tan espléndido corcel.

Un estado mayor tintineante galopaba de un lado a otro. A veces el general estaba rodeado de jinetes y otras veces estaba completamente solo. Parecía muy acosado. Tenía la apariencia de un hombre de negocios cuyo mercado sube y baja.

El joven merodeaba sigilosamente por este lugar. Se acercó tanto como se atrevió, tratando de escuchar palabras. Quizás el general, incapaz de comprender el caos, podría pedirle información. Y él podría dársela. Lo sabía todo al respecto. Con toda seguridad, la fuerza estaba en un aprieto, y cualquier tonto podía ver que si no se retiraban mientras tuvieran oportunidad... bueno...

Sintió que le gustaría dar una paliza al general, o al menos acercarse y decirle en palabras llanas exactamente lo que pensaba de él. Era criminal quedarse tranquilamente en un lugar y no hacer ningún esfuerzo por evitar la destrucción. Merodeaba en una fiebre de ansiedad, esperando que el comandante de la división recurriera a él.

Mientras se movía con cautela, oyó al general gritar irritado:

—Tompkins, ve a ver a Taylor y dile que no tenga tanta maldita prisa; dile que detenga su brigada en el linde del bosque; dile que destaque un regimiento... digo que creo que el centro se romperá si no lo ayudamos un poco; dile que se dé prisa.

Un joven delgado en un hermoso caballo castaño captó estas rápidas palabras de la boca de su superior. Hizo que su caballo pasara al galope casi desde el paso en su prisa por cumplir su misión. Hubo una nube de polvo.

Un momento después, el joven vio al general saltar excitado en su silla.

—¡Sí, por los cielos, lo han hecho! —El oficial se inclinó hacia adelante. Su rostro estaba encendido de emoción—. ¡Sí, por los cielos, los han contenido! ¡Los han contenido!

Comenzó a rugir alegremente a su estado mayor:

—Ahora los machacaremos. Ahora los machacaremos. Los tenemos seguros. —Se volvió de repente hacia un ayudante—: ¡Eh... usted... Jones... rápido... cabalgue tras Tompkins... vea a Taylor... dígame que entre... con todo... como alma que lleva el diablo... lo que sea!

Mientras otro oficial lanzaba su caballo tras el primer mensajero, el general sonreía a la tierra como un sol. En sus ojos había un deseo de cantar un peán. No dejaba de repetir:

—¡Los han contenido, por los cielos!

Su excitación hizo que su caballo se encabritara, y él alegremente lo pateó y lo maldijo. Celebró un pequeño carnaval de alegría a caballo.

## CAPÍTULO VII

El joven se encogió como si lo hubieran descubierto en un crimen. ¡Por los cielos, habían ganado después de todo! La línea imbécil se había mantenido y se había convertido en vencedora. Podía oír vítores.

Se puso de puntillas y miró en dirección a la lucha. Una niebla amarilla yacía revolcándose sobre las copas de los árboles. Debajo de ella llegaba el tableteo de la mosquetería. Gritos roncós anunciaban un avance.

Se apartó, asombrado y enojado. Sintió que había sido agraviado.

Había huido, se dijo a sí mismo, porque se acercaba la aniquilación. Había hecho bien en salvarse, él que era un pedacito del ejército. Había considerado, dijo, que era un momento en el que el deber de cada pedacito era rescatarse a sí mismo si era posible. Más tarde, los oficiales podrían volver a unir los pedacitos y formar un frente de batalla. Si ninguno de los pedacitos fuera lo suficientemente sabio como para salvarse de la ráfaga de la muerte en un momento así, entonces, ¿dónde estaría el ejército? Estaba claro que había procedido según reglas muy correctas y encomiables. Sus acciones habían sido sagaces. Habían estado llenas de estrategia. Eran la obra de unas piernas maestras.

Le vinieron pensamientos sobre sus camaradas. La frágil línea azul había resistido los golpes y había ganado. Se amargó por ello. Parecía que la ciega ignorancia y estupidez de aquellos pedacitos lo habían traicionado. Había sido derribado y aplastado por su falta de sentido al mantener la posición, cuando una deliberación inteligente los habría convencido de que era imposible. Él, el hombre iluminado que mira a lo lejos en la oscuridad, había

huido debido a sus percepciones y conocimientos superiores. Sintió una gran ira contra sus camaradas. Sabía que se podía demostrar que habían sido unos necios.

Se preguntó qué comentarían cuando más tarde apareciera en el campamento. Su mente oyó aullidos de burla. La densidad de ellos no les permitiría entender su punto de vista más agudo.

Comenzó a compadecerse de sí mismo profundamente. Había sido maltratado. Era pisoteado bajo los pies de una injusticia de hierro. Había procedido con sabiduría y con los motivos más justos bajo el azul del cielo solo para ser frustrado por circunstancias odiosas.

Una sorda rebelión animal contra sus semejantes, la guerra en abstracto y el destino crecieron dentro de él. Caminaba arrastrando los pies, con la cabeza inclinada, su cerebro en un tumulto de agonía y desesperación. Cuando levantaba la vista con el ceño fruncido, temblando a cada sonido, sus ojos tenían la expresión de los de un criminal que considera pequeña su culpa y grande su castigo, y sabe que no puede encontrar palabras.

Salió de los campos y se adentró en un bosque espeso, como si estuviera decidido a enterrarse. Deseaba alejarse del alcance de los disparos crepitantes que para él eran como voces.

El suelo estaba cubierto de enredaderas y arbustos, y los árboles crecían juntos y se extendían como ramos. Se vio obligado a abrirse paso con mucho ruido. Las enredaderas, enganchándose en sus piernas, gritaban ásperamente cuando sus sarmientos eran arrancados de las cortezas de los árboles. Los flexibles arbolillos intentaban dar a conocer su presencia al mundo. No podía conciliarse con el bosque. A medida que avanzaba, este siempre lanzaba protestas. Cuando separaba los abrazos de árboles y enredaderas, los follajes perturbados agitaban sus brazos y volvían las hojas de sus rostros hacia él. Temía que aquellos ruidosos movimientos y gritos atrajeran a hombres para que lo miraran. Así que se fue lejos, buscando lugares oscuros e intrincados.

Después de un tiempo, el sonido de la mosquetería se debilitó y los cañones retumbaron en la distancia. El sol, de repente aparente, resplandecía entre los árboles. Los insectos hacían ruidos rítmicos. Parecían rechi-

nar los dientes al unísono. Un pájaro carpintero asomó su cabeza impudente por el lado de un árbol. Un pájaro voló con ala despreocupada.

Lejos quedaba el estruendo de la muerte. Parecía ahora que la Naturaleza no tenía oídos.

Este paisaje le dio seguridad. Un campo hermoso que albergaba vida. Era la religión de la paz. Moriría si sus tímidos ojos se vieran obligados a ver sangre. Concibió a la Naturaleza como una mujer con una profunda aversión a la tragedia.

Lanzó una piña a una ardilla jovial, y esta corrió con un parloteo de miedo. En lo alto de la copa de un árbol se detuvo y, asomando la cabeza cautelosamente por detrás de una rama, miró hacia abajo con aire de trepidación.

El joven se sintió triunfante ante esta exhibición. Ahí estaba la ley, dijo. La Naturaleza le había dado una señal. La ardilla, inmediatamente después de reconocer el peligro, había puesto pies en polvorosa sin más. No se quedó estoicamente mostrando su vientre peludo al proyectil, para morir con una mirada hacia los cielos compasivos. Por el contrario, había huido tan rápido como sus patas se lo permitieron; y no era más que una ardilla ordinaria, además, sin duda ningún filósofo de su especie. El joven prosiguió su camino, sintiendo que la Naturaleza estaba de su parte. Ella reforzaba su argumento con pruebas que vivían donde brillaba el sol.

Una vez se encontró casi en un pantano. Se vio obligado a caminar sobre matas de ciénaga y a vigilar sus pies para no caer en el fango aceitoso. Deteniéndose en un momento para mirar a su alrededor, vio, en unas aguas negras, a un pequeño animal abalanzarse y emerger directamente con un pez reluciente.

El joven se adentró de nuevo en la espesura. Las ramas rozadas hacían un ruido que ahogaba los sonidos de los cañones. Siguió caminando, pasando de la oscuridad a promesas de una oscuridad mayor.

Finalmente llegó a un lugar donde las altas y arqueadas ramas formaban una capilla. Apartó suavemente las puertas verdes y entró. Las agujas de pino eran una suave alfombra marrón. Había una penumbra religiosa.

Cerca del umbral se detuvo, horrorizado ante la visión de una cosa.

Lo estaba mirando un hombre muerto que estaba sentado con la espalda contra un árbol con forma de columna. El cadáver vestía un uniforme que una vez había sido azul, pero que ahora estaba descolorido a un melancólico tono de verde. Los ojos, fijos en el joven, habían cambiado al tono mate que se ve en el costado de un pez muerto. La boca estaba abierta. Su rojo se había convertido en un espantoso amarillo. Sobre la piel gris del rostro corrían pequeñas hormigas. Una arrastraba algún tipo de bulto a lo largo del labio superior.

El joven dio un chillido al enfrentarse a la cosa. Durante unos momentos se convirtió en piedra ante ella. Permaneció mirando fijamente los ojos de aspecto líquido. El hombre muerto y el hombre vivo intercambiaron una larga mirada. Luego, el joven puso cautelosamente una mano detrás de él y la apoyó contra un árbol. Apoyándose en este, retrocedió, paso a paso, con el rostro aún vuelto hacia la cosa. Temía que si se daba la vuelta, el cuerpo pudiera levantarse de un salto y perseguirlo sigilosamente.

Las ramas, empujándolo, amenazaban con derribarlo sobre él. Sus pies, sin guía, también se enganchaban exasperantemente en las zarzas; y con todo ello recibió una sutil sugerencia de tocar el cadáver. Al pensar en su mano sobre él, se estremeció profundamente.

Finalmente rompió los lazos que lo habían atado al lugar y huyó, sin hacer caso a la maleza. Lo perseguía la visión de hormigas negras pululando ávidamente sobre el rostro gris y aventurándose horriblemente cerca de los ojos.

Después de un tiempo se detuvo y, sin aliento y jadeando, escuchó. Imaginó que alguna extraña voz saldría de la garganta muerta y graznaría tras él con horribles amenazas.

Los árboles que rodeaban el portal de la capilla se movían susurrantes con un viento suave. Un triste silencio reinaba sobre el pequeño edificio guardián.

## CAPÍTULO VIII

Los árboles comenzaron a cantar suavemente un himno crepuscular. El sol se hundió hasta que rayos de bronce oblicuos golpearon el bosque. Hubo una pausa en los ruidos de los insectos, como si hubieran inclinado sus picos y estuvieran haciendo una pausa devocional. Hubo silencio, salvo por el coro cantado de los árboles.

Entonces, sobre esta quietud, estalló de repente un tremendo estrépito de sonidos. Un rugido carmesí vino de la distancia.

El joven se detuvo. Quedó paralizado por esta terrible mezcla de todos los ruidos. Era como si los mundos se estuvieran desgarrando. Se oía el sonido desgarrador de la mosquetería y el estruendo quebradizo de la artillería.

Su mente voló en todas direcciones. Concibió a los dos ejércitos atacándose al estilo de las panteras. Escuchó durante un tiempo. Luego comenzó a correr en dirección a la batalla. Vio que era algo irónico para él correr así hacia aquello que tanto se había esforzado en evitar. Pero se dijo, en esencia, a sí mismo que si la tierra y la luna estuvieran a punto de chocar, muchas personas sin duda planearían subir a los tejados para presenciar la colisión.

Mientras corría, se dio cuenta de que el bosque había detenido su música, como si al fin fuera capaz de oír los sonidos extraños. Los árboles enmudecieron y permanecieron inmóviles. Todo parecía escuchar el crepitar, el estruendo y el trueno que sacudía la tierra. El coro alcanzó su punto álgido sobre la tierra silenciosa.

De repente se le ocurrió al joven que la lucha en la que había estado era, después de todo, un mero tableteo superficial. Al oír este estruendo presente, dudaba de haber visto escenas de batalla reales. Este alboroto explicaba una batalla celestial; eran hordas que se revolvían y luchaban en el aire.

Reflexionando, vio una especie de humor en el punto de vista de sí mismo y de sus compañeros durante el reciente encuentro. Se habían tomado a sí mismos y al enemigo muy en serio y habían imaginado que estaban decidiendo la guerra. Los individuos debían de haber supuesto que estaban grabando las letras de sus nombres profundamente en eternas tablas de bronce, o consagrando sus reputaciones para siempre en los corazones de sus compatriotas, cuando, de hecho, el asunto aparecería en los informes impresos bajo un título humilde e irrelevante. Pero vio que era bueno, de lo contrario, dijo, en la batalla todos seguramente huirían, salvo las causas perdidas y sus semejantes.

Continuó rápidamente. Deseaba llegar al borde del bosque para poder asomarse.

Mientras se apresuraba, pasaron por su mente imágenes de conflictos espantosos. Su pensamiento acumulado sobre tales temas se utilizaba para formar escenas. El ruido era como la voz de un ser elocuente que describía.

A veces las zarzas formaban cadenas e intentaban retenerlo. Los árboles, enfrentándose a él, extendían sus brazos y le prohibían pasar. Después de su hostilidad anterior, esta nueva resistencia del bosque lo llenó de una fina amargura. Parecía que la Naturaleza no podía estar del todo lista para matarlo.

Pero él, obstinadamente, tomó desvíos, y pronto estuvo donde podía ver largas paredes grises de vapor donde se encontraban las líneas de batalla. Las voces de los cañones lo sacudieron. La mosquetería sonaba en largas oleadas irregulares que causaban estragos en sus oídos. Se quedó observando por un momento. Sus ojos tenían una expresión de asombro. Miraba boquiabierto en dirección a la lucha.

Pronto prosiguió de nuevo su camino hacia adelante. La batalla era para él como el chirrido de una inmensa y terrible máquina. Sus complejidades y poderes, sus sombríos procesos, lo fascinaban. Debía acercarse y verla producir cadáveres.

Llegó a una valla y la trepó. Al otro lado, el suelo estaba cubierto de ropa y armas. Un periódico, doblado, yacía en la tierra. Un soldado muerto estaba extendido con el rostro oculto en su brazo. Más lejos había un grupo de cuatro o cinco cadáveres haciéndose lúgubre compañía. Un sol ardiente había resplandecido sobre este lugar.

En este lugar, el joven sintió que era un invasor. Esta parte olvidada del campo de batalla era propiedad de los muertos, y se apresuró, con la vaga aprensión de que una de las formas hinchadas se levantaría y le diría que se fuera.

Llegó finalmente a un camino desde el que podía ver en la distancia cuerpos de tropas oscuros y agitados, bordeados de humo. En el camino había una multitud manchada de sangre que fluía hacia la retaguardia. Los heridos maldecían, gemían y se lamentaban. En el aire, siempre, había una poderosa oleada de sonido que parecía poder mecer la tierra. Con las valientes palabras de la artillería y las rencorosas frases de la mosquetería se mezclaban vítores rojos. Y de esta región de ruidos venía la corriente constante de los mutilados.

Uno de los heridos tenía un zapato lleno de sangre. Saltaba como un colegial en un juego. Se reía históricamente.

Uno juraba que le habían disparado en el brazo por la mala gestión del ejército por parte del general al mando. Otro marchaba con un aire que imitaba a algún sublime tambor mayor. En sus facciones había una mezcla impía de alegría y agonía. Mientras marchaba, cantaba una coplilla en una voz alta y temblorosa:

«Canta una canción de victoria,  
un bolsillo lleno de balas,  
Veinticinco muertos metidos  
en un... pastel».

Partes de la procesión cojeaban y se tambaleaban al son de esta melodía.

Otro tenía ya el sello gris de la muerte en su rostro. Sus labios estaban curvados en líneas duras y sus dientes apretados. Sus manos estaban ensangrentadas por donde las había presionado sobre su herida. Parecía estar esperando el momento en que se precipitaría de cabeza. Acechaba como el

espectro de un soldado, sus ojos ardiendo con el poder de una mirada fija en lo desconocido.

Había algunos que procedían hoscos, llenos de ira por sus heridas, y dispuestos a volverse contra cualquier cosa como una causa oscura.

Un oficial era llevado por dos soldados rasos. Estaba malhumorado.

—No me zarandeas tanto, Johnson, idiota —gritó—. ¿Crees que mi pierna es de hierro? Si no puedes llevarme decentemente, bájame y deja que otro lo haga.

Bramó a la multitud tambaleante que bloqueaba la marcha rápida de sus portadores.

—Oíd, abrid paso ahí, ¿no podéis? Abrid paso, que se lo lleven los demonios.

Se apartaron de mala gana y se fueron a los lados del camino. Mientras lo pasaban, le hicieron comentarios impertinentes. Cuando él se enfureció en respuesta y los amenazó, le dijeron que se fuera al diablo.

El hombro de uno de los portadores que caminaban golpeó fuertemente al soldado espectral que miraba fijamente a lo desconocido.

El joven se unió a esta multitud y marchó con ella. Los cuerpos desgarrados expresaban la terrible maquinaria en la que los hombres habían quedado atrapados.

Ordenanzas y mensajeros irrumpían ocasionalmente entre la multitud en el camino, dispersando a los heridos a diestra y siniestra, galopando seguidos de aullidos. La melancólica marcha era continuamente perturbada por los mensajeros, y a veces por bulliciosas baterías que llegaban balanceándose y golpeando sobre ellos, con los oficiales gritando órdenes de despejar el camino.

Había un hombre andrajoso, sucio de polvo, sangre y manchas de pólvora desde el pelo hasta los zapatos, que caminaba tranquilamente al lado del joven. Escuchaba con avidez y mucha humildad las espeluznantes descripciones de un sargento barbudo. Sus facciones delgadas mostraban una expresión de asombro y admiración. Era como un oyente en una tienda de pueblo ante cuentos maravillosos contados entre los barriles de azúcar.

Miraba al narrador con una maravilla inefable. Su boca estaba abierta de par en par, como la de un palurdo.

El sargento, notando esto, hizo una pausa en su elaborada historia mientras administraba un comentario sardónico.

—Ten cuidado, cariño, que vas a cazar moscas —dijo.

El hombre andrajoso se encogió, avergonzado.

Después de un tiempo, comenzó a acercarse sigilosamente al joven, y de manera tímida intentó hacerse su amigo. Su voz era suave como la de una niña y sus ojos suplicaban. El joven vio con sorpresa que el soldado tenía dos heridas, una en la cabeza, vendada con un trapo empapado en sangre, y la otra en el brazo, que hacía que ese miembro colgara como una rama rota.

Después de haber caminado juntos durante un tiempo, el hombre andrajoso reunió el valor suficiente para hablar.

—Fue una buena lucha, ¿verdad? —dijo tímidamente. El joven, sumido en sus pensamientos, levantó la vista hacia la figura ensangrentada y sombría con sus ojos de cordero.

—¿Qué?

—Fue una buena lucha, ¿verdad?

—Sí —dijo el joven secamente. Apresuró el paso.

Pero el otro cojeaba diligentemente tras él. Había un aire de disculpa en sus modales, pero evidentemente pensaba que solo necesitaba hablar un rato para que el joven percibiera que era un buen tipo.

—Fue una buena lucha, ¿verdad? —comenzó con voz queda, y luego alcanzó la fortaleza para continuar—. ¡Que me parta un rayo si alguna vez vi a unos tipos luchar así! ¡Cielos, cómo lucharon! Sabía que a los muchachos les gustaría una vez que se pusieran manos a la obra. Los muchachos no habían tenido una oportunidad justa hasta ahora, pero esta vez demostraron lo que valían. Sabía que terminaría así. No se puede vencer a esos muchachos. ¡No, señor! Son luchadores, sí que lo son.

Respiró hondo con humilde admiración. Había mirado al joven en busca de aliento varias veces. No recibió ninguno, pero gradualmente pareció absorberse en su tema.

—Una vez estaba hablando a través de los piquetes con un muchacho de Georgia, y ese muchacho, dice: «Vuestros tipos correrán todos como diablos en cuanto oigan un disparo», dice. «Tal vez lo hagan», le digo, «pero no me creo nada de eso», le digo; «y, caramba», le respondo, «tal vez vuestros tipos correrán todos como diablos en cuanto oigan un disparo», le digo. Serio. Bueno, hoy no corrieron, ¿verdad? ¡No, señor! Lucharon, y lucharon, y lucharon.

Su rostro sencillo estaba bañado por una luz de amor por el ejército, que para él era todo lo hermoso y poderoso.

Después de un tiempo se volvió hacia el joven.

—¿Dónde te han dado, viejo amigo? —preguntó en tono fraternal.

El joven sintió un pánico instantáneo ante esta pregunta, aunque al principio no comprendió todo su alcance.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Dónde te han dado? —repitió el hombre andrajoso.

—Pues —comenzó el joven—, yo... yo... es decir... pues... yo...

Se apartó de repente y se deslizó entre la multitud. Tenía la frente muy sonrojada y sus dedos jugueteaban nerviosamente con uno de sus botones. Incluyó la cabeza y fijó sus ojos estudiosamente en el botón como si fuera un pequeño problema.

El hombre andrajoso lo miró con asombro.

## CAPÍTULO IX

El joven se rezagó en la procesión hasta que el soldado andrajoso desapareció de la vista. Luego empezó a caminar con los demás.

Pero estaba en medio de heridas. La turba de hombres sangraba. Debido a la pregunta del soldado andrajoso, ahora sentía que su vergüenza podía ser vista. Lanzaba continuamente miradas de reojo para ver si los hombres contemplaban las letras de culpabilidad que sentía grabadas a fuego en su frente.

A veces miraba a los soldados heridos con envidia. Concebía que las personas con cuerpos desgarrados eran peculiarmente felices. Deseaba que él también tuviera una herida, una roja insignia del valor.

El soldado espectral estaba a su lado como un reproche acechante. Los ojos del hombre seguían fijos en una mirada hacia lo desconocido. Su rostro gris y espantoso había atraído la atención de la multitud, y los hombres, ralentizando su lúgubre paso, caminaban con él. Discutían su situación, le preguntaban y le daban consejos. De manera obstinada, él los repelía, haciéndoles señas para que siguieran y lo dejaran en paz. Las sombras de su rostro se profundizaban y sus labios apretados parecían contener el gemido de una gran desesperación. Se podía ver una cierta rigidez en los movimientos de su cuerpo, como si tuviera un cuidado infinito para no despertar la pasión de sus heridas. Mientras avanzaba, parecía siempre buscar un lugar, como quien va a elegir una tumba.

Algo en el gesto del hombre mientras apartaba a los soldados ensangrentados y compasivos hizo que el joven diera un respingo como si lo hu-

bieran mordido. Gritó de horror. Tambaleándose hacia adelante, posó una mano temblorosa sobre el brazo del hombre. Cuando este último volvió lentamente sus facciones cerosas hacia él, el joven chilló:

— ¡Dios! ¡Jim Conklin!

El soldado alto esbozó una pequeña sonrisa trivial.

— Hola, Henry — dijo.

El joven se tambaleó sobre sus piernas y miró extrañamente. Tartamudeó y balbuceó.

— Oh, Jim... oh, Jim... oh, Jim...

El soldado alto extendió su mano ensangrentada. Había en ella una curiosa combinación roja y negra de sangre nueva y sangre vieja.

— ¿Dónde has estado, Henry? — preguntó. Continuó con voz monótona —: Pensé que tal vez te habían tumbado. Hoy ha habido que pagar un precio de mil demonios. Estaba bastante preocupado por eso.

El joven seguía lamentándose.

— Oh, Jim... oh, Jim... oh, Jim...

— Sabes — dijo el soldado alto —, yo estaba ahí fuera. — Hizo un gesto cuidadoso —. Y, Señor, ¡qué circo! Y, caramba, me dispararon... me dispararon. Sí, caramba, me dispararon. — Reiteró este hecho de manera perpleja, como si no supiera cómo había ocurrido.

El joven extendió sus brazos ansiosos para ayudarlo, pero el soldado alto avanzó con firmeza, como si fuera impulsado. Desde la llegada del joven como guardián de su amigo, los otros heridos habían dejado de mostrar mucho interés. Se ocuparon de nuevo en arrastrar sus propias tragedias hacia la retaguardia.

De repente, mientras los dos amigos marchaban, el soldado alto pareció ser presa de un temblor. Su rostro adquirió la apariencia de una pasta gris. Se aferró al brazo del joven y miró a su alrededor, como si temiera ser oído. Luego comenzó a hablar en un susurro tembloroso:

— Te diré de qué tengo miedo, Henry... te diré de qué tengo miedo. Tengo miedo de caerme... y que ellos, ya sabes... esos malditos carros de ar-

tillería... lo más probable es que me pasen por encima. De eso tengo miedo...

El joven le gritó histéricamente:

— ¡Yo cuidaré de ti, Jim! ¡Yo cuidaré de ti! ¡Juro por Dios que lo haré!

— ¿Seguro... lo harás, Henry? — suplicó el soldado alto.

— ¡Sí... sí... te lo digo... yo cuidaré de ti, Jim! — protestó el joven. No podía hablar con precisión debido a los nudos en su garganta.

Pero el soldado alto continuó suplicando de manera humilde. Ahora colgaba como un bebé del brazo del joven. Sus ojos rodaban en la locura de su terror.

— Siempre fui un buen amigo para ti, ¿verdad, Henry? Siempre he sido un buen tipo, ¿no? Y no es mucho pedir, ¿verdad? ¿Solo arrastrarme fuera del camino? Yo lo haría por ti, ¿verdad, Henry?

Hizo una pausa en lastimera ansiedad para esperar la respuesta de su amigo.

El joven había alcanzado una angustia donde los sollozos lo abrazaban. Se esforzó por expresar su lealtad, pero solo podía hacer gestos fantásticos.

Sin embargo, el soldado alto pareció olvidar de repente todos esos miedos. Se convirtió de nuevo en el espectro sombrío y acechante de un soldado. Avanzó pétreamente. El joven deseaba que su amigo se apoyara en él, pero el otro siempre negaba con la cabeza y protestaba extrañamente.

— No... no... no... déjame... déjame...

Su mirada estaba fija de nuevo en lo desconocido. Se movía con un propósito misterioso, y todas las ofertas del joven las rechazaba.

— No... no... déjame... déjame...

El joven tuvo que seguirlo.

Pronto, este último oyó una voz que hablaba suavemente cerca de su hombro. Al volverse, vio que pertenecía al soldado andrajoso.

— Será mejor que lo saques del camino, compañero. Viene una batería a toda mecha por el camino y lo van a atropellar. De todos modos, está acaba-

do en unos cinco minutos... eso se ve. Será mejor que lo saques del camino. ¿De dónde diablos saca las fuerzas?

— ¡Sabe Dios! — gritó el joven. Agitaba las manos con impotencia.

Corrió hacia adelante y agarró al soldado alto por el brazo.

— ¡Jim! ¡Jim! — le suplicó—, ven conmigo.

El soldado alto intentó débilmente liberarse.

— Eh — dijo vagamente. Miró al joven por un momento. Finalmente, habló como si comprendiera a duras penas—. ¡Ah! ¿A los campos? ¡Ah!

Comenzó a caminar ciegamente a través de la hierba.

El joven se volvió una vez para mirar a los jinetes que azotaban y a los cañones que saltaban de la batería. Fue sobresaltado de esta visión por un grito agudo del hombre andrajoso.

— ¡Dios! ¡Está corriendo!

Girando la cabeza rápidamente, el joven vio a su amigo corriendo de manera tambaleante y tropezando hacia un pequeño grupo de arbustos. Su corazón pareció arrancarse casi de su cuerpo ante esta visión. Hizo un ruido de dolor. Él y el hombre andrajoso comenzaron una persecución. Hubo una carrera singular.

Cuando alcanzó al soldado alto, comenzó a suplicarle con todas las palabras que pudo encontrar.

— Jim... Jim... ¿qué estás haciendo? ¿Por qué haces esto? Te vas a hacer daño.

El mismo propósito estaba en el rostro del soldado alto. Protestó de manera apagada, manteniendo sus ojos fijos en el lugar místico de sus intenciones.

— No... no... no me toques... déjame... déjame...

El joven, espantado y lleno de asombro ante el soldado alto, comenzó a interrogarlo temblorosamente.

— ¿Adónde vas, Jim? ¿En qué estás pensando? ¿Adónde vas? Dímelo, ¿quieres, Jim?

El soldado alto se encaró como ante perseguidores implacables. En sus ojos había una gran súplica.

—Déjame, ¿quieres? Déjame por un minuto.

El joven retrocedió.

—Vaya, Jim —dijo, aturdido—, ¿qué te pasa?

El soldado alto se dio la vuelta y, tambaleándose peligrosamente, continuó. El joven y el soldado andrajoso lo siguieron, a hurtadillas como si hubieran sido azotados, sintiéndose incapaces de enfrentar al hombre herido si volvía a confrontarlos. Empezaron a tener pensamientos de una ceremonia solemne. Había algo ritual en estos movimientos del soldado condenado. Y había en él un parecido a un devoto de una religión loca, chupadora de sangre, desgarradora de músculos, trituradora de huesos. Estaban sobrecogidos y asustados. Se quedaron atrás por si tenía a su disposición un arma terrible.

Finalmente, lo vieron detenerse y permanecer inmóvil. Apresurándose, percibieron que su rostro mostraba una expresión que decía que por fin había encontrado el lugar por el que había luchado. Su delgada figura estaba erguida; sus manos ensangrentadas estaban tranquilamente a sus costados. Esperaba con paciencia algo que había venido a encontrar. Estaba en la cita. Se detuvieron y esperaron, expectantes.

Hubo un silencio.

Finalmente, el pecho del soldado condenado comenzó a agitarse con un movimiento forzado. Aumentó en violencia hasta que fue como si un animal estuviera dentro y estuviera pateando y revolviéndose furiosamente para liberarse.

Este espectáculo de estrangulamiento gradual hizo que el joven se retorciera, y una vez, cuando su amigo puso los ojos en blanco, vio algo en ellos que lo hizo caer gimiendo al suelo. Levantó la voz en una última llamada suprema.

—Jim... Jim... Jim...

El soldado alto abrió los labios y habló. Hizo un gesto.

—Déjame... no me toques... déjame...

Hubo otro silencio mientras esperaba.

De repente, su forma se puso rígida y se enderezó. Luego fue sacudida por un prolongado temblor. Miró fijamente al espacio. Para los dos observadores, había una curiosa y profunda dignidad en las firmes líneas de su rostro terrible.

Fue invadido por una extraña sensación que lentamente lo envolvió. Por un momento, el temblor de sus piernas le hizo bailar una especie de hornpipe horrible. Sus brazos se agitaban salvajemente alrededor de su cabeza en expresión de un entusiasmo diabólico.

Su alta figura se estiró hasta su máxima altura. Hubo un ligero sonido de desgarró. Luego comenzó a inclinarse hacia adelante, lento y recto, a la manera de un árbol que cae. Una rápida contorsión muscular hizo que el hombro izquierdo golpeará primero el suelo.

El cuerpo pareció rebotar un poco sobre la tierra.

—¡Dios! —dijo el soldado andrajoso.

El joven había observado, hechizado, esta ceremonia en el lugar del encuentro. Su rostro se había torcido en una expresión de cada agonía que había imaginado para su amigo.

Ahora se puso de pie de un salto y, acercándose, contempló el rostro pastoso. La boca estaba abierta y los dientes se mostraban en una risa.

Cuando la solapa de la chaqueta azul se apartó del cuerpo, pudo ver que el costado parecía haber sido masticado por lobos.

El joven se volvió, con una repentina y lívida rabia, hacia el campo de batalla. Sacudió el puño. Parecía a punto de pronunciar una filípica.

—Maldición...

El sol rojo estaba pegado en el cielo como una oblea.

## CAPÍTULO X

El hombre andrajoso se quedó pensativo.

—Bueno, era un tipo de primera en cuanto a coraje, ¿verdad? —dijo finalmente con una vocecilla sobrecogida—. Un auténtico tipo de primera. —Hurgó pensativamente una de las manos dóciles con el pie—. Me pregunto de dónde sacó las fuerzas. Nunca antes vi a un hombre hacer algo así. Fue algo curioso. Bueno, era un auténtico tipo de primera.

El joven deseaba chillar su dolor. Estaba apuñalado, pero su lengua yacía muerta en la tumba de su boca. Se arrojó de nuevo al suelo y comenzó a cavilar.

El hombre andrajoso se quedó pensativo.

—Mira, compañero —dijo, después de un tiempo. Miró el cadáver mientras hablaba—. Se ha ido y bien ido, ¿no es así?, y más nos vale empezar a mirar por el número uno. Esto se ha acabado. Se ha ido y bien ido, ¿no es así? Y él está bien aquí. Nadie lo molestará. Y debo decir que yo mismo no disfruto de una gran salud estos días.

El joven, despertado por el tono del soldado andrajoso, levantó la vista rápidamente. Vio que se balanceaba inseguro sobre sus piernas y que su rostro se había vuelto de un tono azulado.

—¡Dios santo! —gritó—, no irás a... no tú también.

El hombre andrajoso agitó la mano.

—Ni hablar de morir —dijo—. Todo lo que quiero es un poco de sopa de guisantes y una buena cama. Un poco de sopa de guisantes —repitió, soñador.

El joven se levantó del suelo.

—Me pregunto de dónde vino. Lo dejé por allí. —Señaló—. Y ahora lo encuentro aquí. Y él también venía de por allí. —Indicó una nueva dirección. Ambos se volvieron hacia el cuerpo como para hacerle una pregunta.

—Bueno —dijo finalmente el hombre andrajoso—, no tiene sentido que nos quedemos aquí intentando preguntarle algo.

El joven asintió con cansancio. Ambos se volvieron para mirar por un momento el cadáver.

El joven murmuró algo.

—Bueno, era un tipo de primera, ¿verdad? —dijo el hombre andrajoso como en respuesta.

Le dieron la espalda y se marcharon. Durante un tiempo, se deslizaron suavemente, caminando de puntillas. Él permaneció allí riendo en la hierba.

—Empiezo a sentirme bastante mal —dijo el hombre andrajoso, rompiendo de repente uno de sus pequeños silencios—. Empiezo a sentirme bastante mal, caray.

El joven gimió.

—¡Oh, Señor! —Se preguntó si iba a ser el testigo torturado de otro sombrío encuentro.

Pero su compañero agitó la mano tranquilizadamente.

—¡Oh, no voy a morir todavía! Dependen demasiadas cosas de mí como para que me muera todavía. ¡No, señor! ¡Ni hablar de morir! ¡No puedo! Deberías ver la cantidad de críos que tengo, y todo eso.

El joven, mirando a su compañero, pudo ver por la sombra de una sonrisa que se estaba burlando de alguna manera.

Mientras avanzaban penosamente, el soldado andrajoso continuó hablando.

— Además, si me muriera, no moriría como lo hizo ese tipo. Eso fue lo más curioso. Yo simplemente me desplomaría, sí señor. Nunca vi a un tipo morir como lo hizo ese.

»Conoces a Tom Jamison, vive al lado de mi casa. Es un buen tipo, sí señor, y siempre fuimos buenos amigos. Listo, además. Listo como él solo. Bueno, cuando estábamos luchando esta tarde, de repente empezó a despotricar, a maldecirme y a gritarme. «¡Estás herido, maldito infernal!», jura horriblemente, me dice. Me llevé la mano a la cabeza y cuando me miré los dedos, vi, efectivamente, que estaba herido. Pegué un grito y empecé a correr, pero antes de que pudiera alejarme, otro me dio en el brazo y me hizo girar por completo. Me asusté cuando todos estaban disparando detrás de mí y corrí como un demonio, pero me la llevé bien gorda. Tengo la idea de que todavía estaría luchando, si no fuera por Tom Jamison.

Luego hizo un anuncio tranquilo:

— Son dos... pequeñas... pero están empezando a divertirse conmigo ahora. No creo que pueda caminar mucho más.

Continuaron lentamente en silencio.

— Tú también tienes mala pinta — dijo el hombre andrajoso finalmente —. Apuesto a que tienes una peor de lo que crees. Será mejor que cuides tu herida. No conviene dejar pasar estas cosas. Podría estar sobre todo por dentro, y esas juegan malas pasadas. ¿Dónde la tienes? — Pero continuó su arenga sin esperar respuesta —. Vi a un tipo recibir un tiro justo en la cabeza cuando mi regimiento estaba descansando una vez. Y todos le gritaron: «¿Herido, John? ¿Estás muy herido?». «No», dice él. Parecía algo sorprendido, y continuó contándoles cómo se sentía. Dijo que no sentía nada. Pero, por Dios, lo primero que supo ese tipo es que estaba muerto. Sí, estaba muerto... completamente muerto. Así que, ten cuidado. Podrías tener alguna herida rara. Nunca se sabe. ¿Dónde está la tuya?

El joven se había estado retorciendo desde la introducción de este tema. Ahora dio un grito de exasperación e hizo un movimiento furioso con la mano.

— ¡Oh, no me molestes! — dijo. Estaba enfurecido con el hombre andrajoso, y podría haberlo estrangulado. Sus compañeros parecían desempeñar siempre papeles intolerables. Siempre levantaban el fantasma de la vergüen-

za con la vara de su curiosidad. Se volvió hacia el hombre andrajoso como una fiera acorralada—. Ahora, no me molestes —repitió con desesperada amenaza.

—Bueno, sabe Dios que no quiero molestar a nadie —dijo el otro. Había un pequeño acento de desesperación en su voz mientras respondía—. Sabe Dios que tengo bastante con lo mío.

El joven, que había estado manteniendo un amargo debate consigo mismo y lanzando miradas de odio y desprecio al hombre andrajoso, habló aquí con voz dura.

—Adiós —dijo.

El hombre andrajoso lo miró con asombro boquiabierto.

—Pero... pero, compañero, ¿adónde vas? —preguntó con voz vacilante. El joven, mirándolo, pudo ver que él también, como el otro, comenzaba a actuar de manera estúpida y animal. Sus pensamientos parecían debatirse en su cabeza—. Ahora... ahora... mira... tú, Tom Jamison... ahora... no voy a consentir esto... esto no puede ser. ¿Adónde... adónde vas?

El joven señaló vagamente.

—Por allí —respondió.

—Bueno, ahora mira... ahora... —dijo el hombre andrajoso, divagando como un idiota. Tenía la cabeza gacha y arrastraba las palabras—. Esto no puede ser, ahora, Tom Jamison. No puede ser. Te conozco, demonio testarudo. Quieres irte por ahí con una herida grave. No está bien... ahora... Tom Jamison... no está bien. Tienes que dejar que yo te cuide, Tom Jamison. No está... bien... no está... que te vayas... por ahí... con una herida grave... no está... no está... no está bien... no está.

En respuesta, el joven trepó una valla y se alejó. Podía oír al hombre andrajoso balar lastimeramente.

Una vez se dio la vuelta con enojo.

—¿Qué?

—Mira... ahora, Tom Jamison... ahora... no está...

El joven continuó. Volviéndose a distancia, vio al hombre andrajoso deambulando desamparado por el campo.

Ahora pensó que deseaba estar muerto. Creyó envidiar a aquellos hombres cuyos cuerpos yacían esparcidos sobre la hierba de los campos y sobre las hojas caídas del bosque.

Las sencillas preguntas del hombre andrajoso habían sido para él puñaladas. Afirmaban una sociedad que sondea sin piedad los secretos hasta que todo es aparente. La casual persistencia de su último compañero le hizo sentir que no podía mantener su crimen oculto en su pecho. Seguramente sería revelado por una de esas flechas que nublan el aire y están constantemente pinchando, descubriendo, proclamando aquellas cosas que se desean ocultar para siempre. Admitió que no podía defenderse de esta agencia. No estaba en el poder de la vigilancia.

## CAPÍTULO XI

Se dio cuenta de que el rugido de horno de la batalla se hacía más fuerte. Grandes nubes hinchadas habían flotado hasta las tranquilas alturas del aire ante él. El ruido también se acercaba. Los bosques filtraban hombres y los campos se salpicaban de ellos.

Al rodear una loma, percibió que el camino era ahora una masa vociferante de carros, tiros de animales y hombres. De la agitada maraña surgían exhortaciones, órdenes, imprecaciones. El miedo lo arrastraba todo. Los látigos crepitantes mordían y los caballos se encabritaban y tironeaban. Los carros de techo blanco se esforzaban y tropezaban en sus esfuerzos como ovejas gordas.

El joven se sintió reconfortado en cierta medida por esta visión. Todos se estaban retirando. Quizás, entonces, no era tan malo después de todo. Se sentó y observó los carros aterrorizados. Huían como animales blandos y torpes. Todos los que rugían y azotaban le servían para magnificar los peligros y horrores del combate, para poder intentar demostrarse a sí mismo que aquello de lo que los hombres podían acusarlo era en verdad un acto simétrico. Había una cierta cantidad de placer para él en observar la salvaje marcha de esta vindicación.

Pronto apareció en el camino la tranquila cabeza de una columna de infantería que avanzaba. Avanzaba rápidamente. Evitar los obstáculos le daba el movimiento sinuoso de una serpiente. Los hombres de la cabeza golpeaban a las mulas con las culatas de sus mosquetes. Pinchaban a los carreteros, indiferentes a todos los aullidos. Los hombres se abrían paso a la

fuerza a través de partes de la densa masa. La roma cabeza de la columna empujaba. Los delirantes carreteros proferían muchos juramentos extraños.

Las órdenes de abrir paso tenían el timbre de una gran importancia. Los hombres avanzaban hacia el corazón del estruendo. Debían enfrentarse a la ávida embestida del enemigo. Sentían el orgullo de su movimiento hacia adelante cuando el resto del ejército parecía intentar escabullirse por este camino. Hacían volcar los tiros de animales con la agradable sensación de que no importaba, siempre y cuando su columna llegara al frente a tiempo. Esta importancia hacía que sus rostros fueran graves y severos. Y las espaldas de los oficiales eran muy rígidas.

Mientras el joven los miraba, el peso negro de su aflicción volvió a él. Sintió que estaba contemplando una procesión de seres elegidos. La separación era tan grande para él como si hubieran marchado con armas de fuego y estandartes de luz solar. Él nunca podría ser como ellos. Podría haber llorado en sus anhelos.

Buscó en su mente una maldición adecuada para la causa indefinida, la cosa sobre la cual los hombres vierten las palabras de culpa final. Eso — fuera lo que fuese — era responsable de él, dijo. Ahí residía la culpa.

La prisa de la columna por alcanzar la batalla le pareció al desolado joven algo mucho más admirable que la lucha valiente. Los héroes, pensó, podían encontrar excusas en ese largo y bullente camino. Podían retirarse con perfecto respeto por sí mismos y dar excusas a las estrellas.

Se preguntó qué habían comido aquellos hombres para tener tanta prisa por abrirse paso hacia las sombrías posibilidades de la muerte. Mientras los observaba, su envidia creció hasta que pensó que deseaba cambiar su vida por la de uno de ellos. Le habría gustado haber usado una fuerza tremenda, dijo, deshacerse de sí mismo y convertirse en alguien mejor. Rápidas imágenes de sí mismo, separado, pero en sí mismo, le vinieron: una figura azul y desesperada liderando cargas espeluznantes con una rodilla adelante y una hoja rota en alto; una figura azul y decidida de pie ante un asalto carmesí y de acero, dejándose matar con calma en un lugar elevado ante los ojos de todos. Pensó en el magnífico patetismo de su cuerpo muerto.

Estos pensamientos lo elevaron. Sintió el temblor del deseo de guerra. En sus oídos, oyó el son de la victoria. Conoció el frenesí de una carga rápida y

exitosa. La música de los pies que pisoteaban, las voces agudas, el resonar de las armas de la columna cercana lo hicieron volar sobre las alas rojas de la guerra. Por unos momentos, fue sublime.

Pensó que estaba a punto de partir hacia el frente. De hecho, vio una imagen de sí mismo, manchado de polvo, demacrado, jadeante, volando hacia el frente en el momento oportuno para agarrar y estrangular a la oscura y socarrona bruja de la calamidad.

Entonces las dificultades del asunto comenzaron a arrastrarlo. Dudó, balanceándose torpemente sobre un pie.

No tenía rifle; no podía luchar con las manos, le dijo resentidamente a su plan. Bueno, se podían conseguir rifles con solo recogerlos. Eran extraordinariamente profusos.

Además, continuó, sería un milagro si encontrara su regimiento. Bueno, podía luchar con cualquier regimiento.

Comenzó a avanzar lentamente. Daba pasos como si esperara pisar algo explosivo. Las dudas y él estaban luchando.

Sería verdaderamente un gusano si alguno de sus camaradas lo viera regresar así, con las marcas de su huida sobre él. Hubo una réplica de que a los combatientes entregados no les importaba lo que sucediera en la retaguardia, salvo que no aparecieran bayonetas hostiles allí. En la confusión de la batalla, su rostro estaría, en cierto modo, oculto, como el rostro de un hombre encapuchado.

Pero luego dijo que su infatigable destino haría aparecer, cuando la contienda se calmara por un momento, a un hombre para pedirle una explicación. En su imaginación, sintió el escrutinio de sus compañeros mientras se esforzaba penosamente por inventar algunas mentiras.

Finalmente, su coraje se agotó en estas objeciones. Los debates drenaron su fuego.

No se desanimó por esta derrota de su plan, ya que, al estudiar el asunto cuidadosamente, no pudo sino admitir que las objeciones eran muy formidables.

Además, varias dolencias habían comenzado a clamar. En su presencia, no podía persistir en volar alto con las alas de la guerra; le hacían casi im-

posible verse a sí mismo bajo una luz heroica. Se desplomó de cabeza.

Descubrió que tenía una sed abrasadora. Su rostro estaba tan seco y mugriento que creyó sentir cómo su piel crepitaba. Cada hueso de su cuerpo le dolía y, aparentemente, amenazaba con romperse a cada movimiento. Sus pies eran como dos llagas. Además, su cuerpo pedía comida. Era más poderoso que un hambre directa. Tenía una sensación sorda y pesada en el estómago y, cuando intentaba caminar, la cabeza se le balanceaba y se tambaleaba. No podía ver con claridad. Pequeñas manchas de niebla verde flotaban ante su visión.

Mientras había sido zarandeado por muchas emociones, no había sido consciente de las dolencias. Ahora lo acosaban y clamaban. Como finalmente se vio obligado a prestarles atención, su capacidad de autoodio se multiplicó. Desesperado, declaró que no era como los demás. Ahora admitía que era imposible que alguna vez se convirtiera en un héroe. Era un cobarde de pacotilla. Aquellas imágenes de gloria eran cosas lastimosas. Gimió desde el corazón y se fue tambaleándose.

Una cierta cualidad de polilla en su interior lo mantenía en las proximidades de la batalla. Tenía un gran deseo de ver y de recibir noticias. Deseaba saber quién estaba ganando.

Se dijo a sí mismo que, a pesar de su sufrimiento sin precedentes, nunca había perdido su avidez por la victoria; sin embargo, dijo, en un tono medio de disculpa a su conciencia, no podía evitar saber que una derrota para el ejército esta vez podría significar muchas cosas favorables para él. Los golpes del enemigo harían añicos los regimientos en fragmentos. Así, muchos hombres de coraje, consideró, se verían obligados a abandonar los estandartes y a escabullirse como gallinas. Él aparecería como uno de ellos. Serían hermanos hoscos en la desgracia, y entonces podría creer fácilmente que no había corrido más lejos ni más rápido que ellos. Y si él mismo podía creer en su virtuosa perfección, concibió que habría pocos problemas para convencer a todos los demás.

Dijo, como excusándose por esta esperanza, que anteriormente el ejército había sufrido grandes derrotas y en pocos meses se había despojado de toda la sangre y la tradición de ellas, emergiendo tan brillante y valiente como uno nuevo; ocultando el recuerdo del desastre y apareciendo con el valor y la confianza de legiones invictas. Las voces agudas de la gente en casa

sonarían lúgubrementemente durante un tiempo, pero varios generales solían verse obligados a escuchar estas coplas. Él, por supuesto, no sentía remordimientos por proponer a un general como sacrificio. No podía decir quién sería el elegido para las pullas, por lo que no podía centrar ninguna simpatía directa en él. La gente estaba lejos y no concebía que la opinión pública fuera precisa a larga distancia. Era bastante probable que se equivocaran de hombre, quien, después de recuperarse de su asombro, quizás pasaría el resto de sus días escribiendo respuestas a las canciones de su supuesto fracaso. Sería muy desafortunado, sin duda, pero en este caso un general no tenía ninguna consecuencia para el joven.

En una derrota habría una vindicación indirecta de sí mismo. Pensó que demostraría, en cierto modo, que había huido temprano debido a sus poderes superiores de percepción. Un profeta serio que predice una inundación debería ser el primer hombre en subirse a un árbol. Esto demostraría que era, en efecto, un vidente.

Una vindicación moral era considerada por el joven como algo muy importante. Sin un bálsamo, no podría, pensó, llevar la dolorosa insignia de su deshonor durante toda la vida. Con su corazón asegurándole continuamente que era despreciable, no podía existir sin hacerlo, a través de sus acciones, evidente para todos los hombres.

Si el ejército hubiera seguido adelante gloriosamente, él estaría perdido. Si el estruendo significaba que ahora las banderas de su ejército se inclinaban hacia adelante, era un miserable condenado. Se vería obligado a condenarse a sí mismo al aislamiento. Si los hombres avanzaban, sus pies indiferentes pisoteaban sus oportunidades de una vida exitosa.

Mientras estos pensamientos pasaban rápidamente por su mente, se volvió contra ellos e intentó apartarlos. Se denunció a sí mismo como un villano. Dijo que era el hombre más inefablemente egoísta que existía. Su mente imaginó a los soldados que colocarían sus cuerpos desafiantes ante la lanza del demonio de la batalla que gritaba, y al ver sus cadáveres goteantes en un campo imaginado, dijo que él era su asesino.

De nuevo pensó que deseaba estar muerto. Creyó envidiar un cadáver. Pensando en los caídos, logró un gran desprecio por algunos de ellos, como si fueran culpables de haberse quedado así, sin vida. Podrían haber muerto por golpes de suerte, dijo, antes de haber tenido oportunidades de huir o

antes de haber sido realmente puestos a prueba. Sin embargo, recibirían laureles de la tradición. Gritó amargamente que sus coronas eran robadas y sus túnicas de gloriosos recuerdos eran una farsa. Sin embargo, todavía decía que era una gran lástima no ser como ellos.

Una derrota del ejército se le había sugerido como un medio de escapar de las consecuencias de su caída. Consideró, ahora, sin embargo, que era inútil pensar en tal posibilidad. Su educación había sido que el éxito de esa poderosa máquina azul era seguro; que fabricaría victorias como un artillero fabrica botones. Descartó al momento todas sus especulaciones en la otra dirección. Volvió al credo de los soldados.

Cuando percibió de nuevo que no era posible que el ejército fuera derrotado, intentó pensar en una buena historia que pudiera llevar a su regimiento y con ella desviar los esperados dardos de la burla.

Pero, como temía mortalmente estos dardos, le resultó imposible inventar una historia en la que sintiera que podía confiar. Experimentó con muchos planes, pero los desechó uno por uno por ser endebles. Fue rápido en ver los puntos vulnerables en todos ellos.

Además, temía mucho que alguna flecha de desdén pudiera abatirlo mentalmente antes de que pudiera levantar su historia protectora.

Imaginó a todo el regimiento diciendo: «¿Dónde está Henry Fleming? Huyó, ¿verdad? ¡Oh, cielos!». Recordó a varias personas que con toda seguridad no le dejarían en paz al respecto. Sin duda lo interrogarían con desdén y se reirían de su vacilación tartamudeante. En el próximo combate intentarían vigilarlo para descubrir cuándo huiría.

Dondequiera que fuera en el campamento, encontraría miradas insolentes y persistentemente crueles. Mientras se imaginaba pasando cerca de un grupo de camaradas, podía oír a uno decir: «¡Ahí va!».

Entonces, como si las cabezas se movieran por un solo músculo, todos los rostros se volverían hacia él con amplias sonrisas burlonas. Le pareció oír a alguien hacer un comentario humorístico en voz baja. Ante ello, los demás cacarearían y se reirían a carcajadas. Se había convertido en el hazmerreír.

## CAPÍTULO XII

La columna que había embestido con firmeza los obstáculos en el camino apenas se había perdido de vista del joven cuando vio olas oscuras de hombres que salían barriendo de los bosques y descendían por los campos. Supo al instante que las fibras de acero habían sido lavadas de sus corazones. Se liberaban de sus chaquetas y de sus equipos como de enredos. Cargaron sobre él como búfalos aterrorizados.

Detrás de ellos, el humo azul se enroscaba y nublaba por encima de las copas de los árboles, y a través de los matorrales podía ver a veces un resplandor rosado distante. Las voces de los cañones clamaban en un coro interminable.

El joven estaba horrorizado. Miraba fijamente con agonía y asombro. Olvidó que estaba enfrascado en combatir al universo. Arrojó a un lado sus panfletos mentales sobre la filosofía de la retirada y las reglas para la guía de los condenados.

La lucha estaba perdida. Los dragones venían con pasos invencibles. El ejército, indefenso en los enmarañados matorrales y cegado por la noche que se cernía, iba a ser engullido. La guerra, el animal rojo, la guerra, el dios hinchado de sangre, se saciaría hasta reventar.

Dentro de él, algo le impulsaba a gritar. Tuvo el impulso de pronunciar un discurso de arenga, de cantar un himno de batalla, pero solo pudo hacer que su lengua lanzara al aire:

—¿Por qué... por qué... qué... qué pasa?

Pronto estuvo en medio de ellos. Saltaan y correteaban a su alrededor. Sus rostros lívidos brillaban en el crepúsculo. Parecían, en su mayor parte, ser hombres muy fornidos. El joven se volvía de uno a otro mientras galopaban. Sus preguntas incoherentes se perdían. No hacían caso a sus súplicas. No parecían verlo.

A veces parloteaban como locos. Un hombre enorme le preguntaba al cielo:

—Oiga, ¿dónde está el camino de tablones? ¡Dónde está el camino de tablones! —Era como si hubiera perdido a un niño. Lloraba de dolor y consternación.

Pronto, los hombres corrían de un lado a otro en todas direcciones. La artillería, que retumbaba adelante, atrás y en los flancos, convertía en un revoltijo las ideas de dirección. Los puntos de referencia habían desaparecido en la creciente oscuridad. El joven empezó a imaginar que se había metido en el centro de la tremenda disputa, y no podía percibir ninguna salida. De las bocas de los hombres que huían salían mil preguntas salvajes, pero nadie respondía.

El joven, después de correr de un lado a otro y lanzar interrogantes a las despreocupadas bandas de infantería en retirada, finalmente agarró a un hombre por el brazo. Giraron hasta quedar cara a cara.

—Por qué... por qué... —tartamudeó el joven, luchando con su lengua recalcitrante.

El hombre gritó:

—¡Suélteme! ¡Suélteme! —Su rostro estaba lívido y sus ojos giraban sin control. Jadeaba y resollaba. Todavía aferraba su fusil, quizás habiendo olvidado soltarlo. Tironeó frenéticamente, y el joven, obligado a inclinarse hacia adelante, fue arrastrado varios pasos.

—¡Suélteme! ¡Suélteme!

—Por qué... por qué... —balbuceó el joven.

—¡Pues bien! —bramó el hombre con una furia espantosa. Blandió su fusil con destreza y ferocidad. Se estrelló contra la cabeza del joven. El hombre siguió corriendo.

Los dedos del joven se habían convertido en pasta sobre el brazo del otro. La energía fue arrancada de sus músculos. Vio las alas llameantes de un relámpago destellar ante su visión. Hubo un estruendo ensordecedor de un trueno dentro de su cabeza.

De repente, sus piernas parecieron morir. Se hundió retorciéndose en el suelo. Intentó levantarse. En sus esfuerzos contra el dolor entumecedor, era como un hombre luchando con una criatura del aire.

Hubo una lucha siniestra.

A veces lograba una posición medio erguida, luchaba con el aire por un momento y luego volvía a caer, agarrándose a la hierba. Su rostro tenía una palidez húmeda y pegajosa. Profundos gemidos le eran arrancados.

Finalmente, con un movimiento de torsión, se puso a cuatro patas, y de ahí, como un bebé que intenta caminar, se puso de pie. Presionando sus manos en las sienes, se fue tambaleando sobre la hierba.

Libró una intensa batalla con su cuerpo. Sus sentidos embotados deseaban que se desmayara y él se opuso a ellos obstinadamente, su mente retratando peligros desconocidos y mutilaciones si caía en el campo. Avanzó al estilo del soldado alto. Imaginó lugares apartados donde podría caer y no ser molestado. Para buscar uno, luchó contra la marea de dolor.

Una vez se llevó la mano a la coronilla y tocó tímidamente la herida. El dolor punzante del contacto le hizo aspirar una larga bocanada de aire a través de sus dientes apretados. Sus dedos estaban manchados de sangre. Los contempló con la mirada fija.

A su alrededor podía oír el retumbar de los cañones sacudidos mientras los caballos apresurados eran azotados hacia el frente. Una vez, un joven oficial en un corcel salpicado de barro casi lo atropella. Se volvió y observó la masa de cañones, hombres y caballos que se movía en una amplia curva hacia una brecha en una valla. El oficial hacía movimientos excitados con una mano enguantada. Los cañones seguían a los tiros de animales con un aire de desgana, de ser arrastrados por los talones.

Algunos oficiales de la infantería dispersa maldecían y despotricaban como pescaderas. Sus voces regañonas se oían por encima del estruendo. En el indescriptible revoltijo del camino entró un escuadrón de caballería.

El amarillo desvaído de sus distintivos brillaba con valentía. Hubo un tremendo altercado.

La artillería se estaba reuniendo como para una conferencia.

La bruma azul del atardecer caía sobre el campo. Las líneas del bosque eran largas sombras púrpuras. Una nube yacía a lo largo del cielo occidental, sofocando parcialmente el rojo.

Cuando el joven dejó la escena atrás, oyó a los cañones rugir de repente. Los imaginó temblando de rabia negra. Eructaban y aullaban como demonios de latón que guardan una puerta. El aire suave se llenó de la tremenda protesta. Con ella llegó el estallido demoledor de la infantería contraria. Volviéndose para mirar hacia atrás, pudo ver láminas de luz anaranjada iluminando la distancia sombría. Había relámpagos sutiles y repentinos en el aire lejano. A veces creía ver masas agitadas de hombres.

Se apresuró en el crepúsculo. El día se había desvanecido hasta el punto de que apenas podía distinguir un lugar para sus pies. La oscuridad púrpura estaba llena de hombres que sermoneaban y parloteaban. A veces podía verlos gesticular contra el cielo azul y sombrío. Parecía haber una gran multitud de hombres y municiones esparcida por el bosque y los campos.

El pequeño y estrecho camino yacía ahora sin vida. Había carros volcados como rocas secadas por el sol. El lecho del antiguo torrente estaba obstruido con cuerpos de caballos y partes astilladas de máquinas de guerra.

Sucedió que su herida le dolía poco. Sin embargo, temía moverse rápidamente, por miedo a perturbarla. Mantenía la cabeza muy quieta y tomaba muchas precauciones para no tropezar. Estaba lleno de ansiedad, y su rostro estaba demacrado y contraído en anticipación al dolor de cualquier error repentino de sus pies en la penumbra.

Sus pensamientos, mientras caminaba, se fijaron intensamente en su herida. Había una sensación fresca y líquida a su alrededor e imaginó la sangre moviéndose lentamente bajo su cabello. Su cabeza parecía hinchada a un tamaño que le hizo pensar que su cuello era inadecuado.

El nuevo silencio de su herida le causaba mucha preocupación. Las pequeñas voces punzantes del dolor que habían surgido de su cuero cabelludo eran, pensó, definitivas en su expresión de peligro. Por ellas creía poder

medir su situación. Pero cuando permanecieron ominosamente silenciosas, se asustó e imaginó terribles dedos que se aferraban a su cerebro.

En medio de ello, comenzó a reflexionar sobre varios incidentes y condiciones del pasado. Se acordó de ciertas comidas que su madre había cocinado en casa, en las que aquellos platos de los que era particularmente aficionado habían ocupado lugares prominentes. Vio la mesa puesta. Las paredes de pino de la cocina brillaban a la cálida luz de la estufa. También recordó cómo él y sus compañeros solían ir de la escuela a la orilla de un estanque sombreado. Vio su ropa en desorden sobre la hierba de la orilla. Sintió el chapoteo del agua fragante sobre su cuerpo. Las hojas del arce que colgaba susurraban con melodía en el viento del verano juvenil.

Fue vencido pronto por un cansancio abrumador. Su cabeza colgaba hacia adelante y sus hombros estaban encorvados como si llevara un gran bulto. Sus pies se arrastraban por el suelo.

Manténía continuas discusiones sobre si debía acostarse y dormir en algún lugar cercano, o forzarse a seguir hasta llegar a un cierto refugio. A menudo intentaba desechar la pregunta, pero su cuerpo persistía en la rebelión y sus sentidos lo fastidiaban como bebés mimados.

Finalmente oyó una voz alegre cerca de su hombro:

— Parece que estás bastante mal, muchacho.

El joven no levantó la vista, pero asintió con lengua pastosa.

— Uh.

El dueño de la voz alegre lo tomó firmemente por el brazo.

— Bueno — dijo, con una risa redonda —, voy en tu misma dirección. Toda la pandilla va en tu misma dirección. Y supongo que puedo echarle una mano. — Comenzaron a caminar como un borracho y su amigo.

Mientras avanzaban, el hombre interrogó al joven y lo ayudó con las respuestas como quien manipula la mente de un niño. A veces intercalaba anécdotas.

— ¿De qué regimiento eres? ¿Eh? ¿Cómo dices? ¿El 304 de Nueva York? Vaya, ¿en qué cuerpo está ese? Ah, ¿sí? Pues yo pensaba que hoy no habían entrado en combate... están muy lejos, en el centro. Ah, ¿que sí? Bueno,

casi todo el mundo ha tenido su ración de lucha hoy. Por Dios, me di por muerto un montón de veces. Había disparos por aquí y disparos por allá, y gritos por aquí y gritos por allá, en la maldita oscuridad, hasta que no sabía, ni por salvar mi alma, de qué lado estaba. A veces pensaba que era de Ohio, seguro, y otras veces podría haber jurado que era del último rincón de Florida. Fue la cosa más enrevesada que he visto nunca. Y todos estos bosques son un auténtico desastre. Será un milagro si encontramos nuestros regimientos esta noche. Aunque, dentro de poco, encontraremos un montón de guardias y de la guardia de la prevost, y una cosa y otra. ¡Ah! Ahí van con un oficial, supongo. Mírale la mano, cómo le arrastra. Ya tiene toda la guerra que quiere, apuesto. No hablará tan ufano de su reputación y todo eso cuando vayan a serrarle la pierna. ¡Pobre tipo! Mi hermano tiene unas patillas como esas. ¿Cómo llegaste hasta aquí, de todos modos? Tu regimiento está muy lejos de aquí, ¿no? Bueno, supongo que podemos encontrarlo. Sabes, hoy mataron a un chico en mi compañía al que yo apreciaba un montón. Jack era un buen tipo. Caray, dolió como un trueno ver al viejo Jack caer fulminado. Estuvimos bastante tranquilos un rato, aunque había hombres corriendo en todas direcciones a nuestro alrededor, y mientras estábamos así, llegó un tipo gordo y grande. Empezó a picotearle a Jack en el codo, y le dice: «Oye, ¿dónde está el camino al río?». Y Jack, ni caso, y el tipo seguía picoteándole en el codo y diciendo: «Oye, ¿dónde está el camino al río?». Jack estaba mirando al frente todo el tiempo tratando de ver a los Johnnies venir a través de los bosques, y no le prestó atención a este tipo gordo y grande durante un buen rato, pero al final se dio la vuelta y le dice: «¡Ah, vete al infierno y busca el camino al río!». Y justo entonces un disparo le dio de lleno en un lado de la cabeza. También era sargento. Esas fueron sus últimas palabras. Diablos, ojalá estuviéramos seguros de encontrar nuestros regimientos esta noche. Va a ser una larga búsqueda. Pero supongo que podemos hacerlo.

En la búsqueda que siguió, el hombre de la voz alegre le pareció al joven que poseía una varita de tipo mágico. Se abrió paso por los laberintos del enmarañado bosque con una extraña fortuna. En los encuentros con guardias y patrullas, demostró la agudeza de un detective y el valor de un pilluelo. Los obstáculos caían ante él y se convertían en ayuda. El joven, con la barbilla todavía en el pecho, permanecía impassible mientras su compañero se abría camino a través de las cosas hoscas.

El bosque parecía una vasta colmena de hombres zumbando en círculos frenéticos, pero el hombre alegre condujo al joven sin errores, hasta que finalmente comenzó a reírse con regocijo y autosatisfacción.

— ¡Ah, ahí estás! ¿Ves ese fuego?

El joven asintió estúpidamente.

— Bueno, ahí es donde está tu regimiento. Y ahora, adiós, viejo amigo, buena suerte.

Una mano cálida y fuerte estrechó los lánguidos dedos del joven por un instante, y luego oyó un silbido alegre y audaz mientras el hombre se alejaba. Mientras aquel que tanto lo había ayudado se desvanecía así de su vida, al joven se le ocurrió de repente que no le había visto la cara ni una sola vez.

## CAPÍTULO XIII

El joven se dirigió lentamente hacia el fuego indicado por su amigo desaparecido. Mientras se tambaleaba, pensó en la bienvenida que le darían sus camaradas. Tenía la convicción de que pronto sentiría en su dolorido corazón los dardos punzantes del ridículo. No tenía fuerzas para inventar una historia; sería un blanco fácil.

Hizo vagos planes de adentrarse en la oscuridad más profunda y esconderse, pero todos fueron destruidos por las voces de agotamiento y dolor de su cuerpo. Sus dolencias, clamando, lo forzaron a buscar el lugar de comida y descanso, a cualquier costo.

Se balanceó inestablemente hacia el fuego. Podía ver las formas de los hombres proyectando sombras negras a la luz roja, y a medida que se acercaba, supo de alguna manera que el suelo estaba sembrado de hombres dormidos.

De repente se enfrentó a una figura negra y monstruosa. El cañón de un fusil captó algunos rayos relucientes.

—¡Alto! ¡Alto! —Se sintió consternado por un momento, pero enseguida creyó reconocer la voz nerviosa. Mientras se tambaleaba ante el cañón del fusil, gritó—: Vaya, hola, Wilson, ¿tú... tú aquí?

El fusil bajó a una posición de cautela y el soldado escandaloso se adelantó lentamente. Escrutó el rostro del joven.

—¿Eres tú, Henry?

—Sí, soy... soy yo.

—Bueno, bueno, viejo amigo —dijo el otro—, ¡caramba, me alegro de verte! Te di por perdido. Pensé que estabas muerto, seguro. —Había una emoción ronca en su voz.

El joven descubrió que ahora apenas podía mantenerse en pie. Hubo un repentino hundimiento de sus fuerzas. Pensó que debía apresurarse a contar su historia para protegerse de los proyectiles que ya estaban en los labios de sus temibles camaradas. Así, tambaleándose ante el soldado escandaloso, comenzó:

—Sí, sí. He... he pasado un tiempo horrible. He estado por todas partes. Allá lejos, a la derecha. Una lucha terrible por allí. Lo pasé fatal. Me separé del regimiento. Allá a la derecha, me dispararon. En la cabeza. Nunca vi una lucha así. Un tiempo horrible. No sé cómo pude separarme del regimiento. También me dispararon.

Su amigo se había adelantado rápidamente.

—¿Qué? ¿Te han disparado? ¿Por qué no lo dijiste antes? Pobre viejo amigo, debemos... espera un minuto; ¿qué estoy haciendo? Llamaré a Simpson.

Otra figura en ese momento apareció en la penumbra. Pudieron ver que era el cabo.

—¿Con quién hablas, Wilson? —exigió. Su voz tenía un tono de enfado—. ¿Con quién hablas? Eres el peor centinela... Vaya, hola, Henry, ¿tú aquí? ¡Pero si pensaba que estabas muerto hace cuatro horas! ¡Por la gran Jerusalén, no paran de aparecer cada diez minutos! Creíamos que habíamos perdido cuarenta y dos hombres según el recuento, pero si siguen llegando así, recuperaremos toda la compañía para la mañana. ¿Dónde estabas?

—Allá a la derecha. Me separé... —comenzó el joven con considerable soltura.

Pero su amigo lo había interrumpido apresuradamente.

—Sí, y le han disparado en la cabeza y está en un aprieto, y debemos atenderlo de inmediato. —Apoyó su fusil en el hueco de su brazo izquierdo y rodeó con el derecho el hombro del joven.

—¡Caray, debe doler como un demonio! —dijo.

El joven se apoyó pesadamente en su amigo.

—Sí, duele... duele bastante —respondió. Había un temblor en su voz.

—Oh —dijo el cabo. Enlazó su brazo con el del joven y lo llevó hacia adelante—. Vamos, Henry. Yo cuidaré de ti.

Mientras avanzaban juntos, el soldado raso escandaloso les gritó:

—Acuéstalo en mi manta, Simpson. Y... espera un minuto... aquí está mi cantimplora. Está llena de café. Mírale la cabeza junto al fuego y a ver qué tal está. Quizás es bastante grave. Cuando me releven en un par de minutos, iré a verlo.

Los sentidos del joven estaban tan embotados que la voz de su amigo sonaba lejana y apenas podía sentir la presión del brazo del cabo. Se sometió pasivamente a la fuerza directriz de este último. Su cabeza colgaba hacia adelante sobre su pecho, como antes. Sus rodillas se tambaleaban.

El cabo lo llevó al resplandor del fuego.

—Ahora, Henry —dijo—, echemos un vistazo a tu vieja cabeza.

El joven se sentó obedientemente y el cabo, dejando a un lado su fusil, comenzó a hurgar en el espeso cabello de su camarada. Se vio obligado a girar la cabeza del otro para que el pleno resplandor de la luz del fuego la iluminara. Frunció la boca con aire crítico. Retrajo los labios y silbó entre los dientes cuando sus dedos entraron en contacto con la sangre salpicada y la extraña herida.

—¡Ah, aquí estamos! —dijo. Hizo torpemente más investigaciones—. Justo como pensaba —añadió, al poco—. Te ha rozado una bala. Te ha salido un bulto raro, como si algún tipo te hubiera golpeado en la cabeza con un garrote. Dejó de sangrar hace mucho tiempo. Lo peor de todo es que por la mañana sentirás que un sombrero del número diez no te cabría. Y tendrás la cabeza toda caliente y la sentirás seca como cerdo quemado. Y puede que también pilles un montón de otras enfermedades para la mañana. Nunca se sabe. Aun así, no creo que sea para tanto. Es solo un maldito buen golpe en la cabeza, y nada más. Ahora, quédate aquí sentado y no te muevas, mientras voy a buscar al relevo. Luego enviaré a Wilson para que te cuide.

El cabo se fue. El joven permaneció en el suelo como un paquete. Miraba con la vista perdida el fuego.

Al cabo de un tiempo, se despabiló en parte, y las cosas a su alrededor comenzaron a tomar forma. Vio que el suelo en las sombras profundas estaba abarrotado de hombres, desparramados en todas las posturas imaginables. Mirando con atención en la oscuridad más distante, captó atisbos ocasionales de rostros que se cernían pálidos y fantasmales, iluminados con un brillo fosforescente. Estos rostros expresaban en sus líneas el profundo estupor de los soldados cansados. Los hacían parecer hombres borrachos de vino. Este trozo de bosque podría haberle parecido a un vagabundo etéreo una escena del resultado de alguna espantosa orgía.

Al otro lado del fuego, el joven observó a un oficial dormido, sentado muy erguido, con la espalda contra un árbol. Había algo peligroso en su posición. Acosado por los sueños, quizás, se balanceaba con pequeños saltos y respingos, como un viejo abuelo achacoso por el ponche en un rincón de la chimenea. El polvo y las manchas cubrían su rostro. Su mandíbula inferior colgaba como si le faltara fuerza para asumir su posición normal. Era la viva imagen de un soldado agotado después de un festín de guerra.

Evidentemente, se había quedado dormido con la espada en los brazos. Ambos habían dormitado en un abrazo, pero con el tiempo se había permitido que el arma cayera al suelo sin que nadie le prestara atención. La empuñadura con monturas de latón yacía en contacto con algunas partes del fuego.

Dentro del resplandor de luz rosa y naranja de las ramas encendidas había otros soldados, roncando y resoplando, o yaciendo como muertos en su sueño. Unos pocos pares de piernas sobresalían, rígidas y rectas. Los zapatos mostraban el barro o el polvo de las marchas, y trozos de pantalones redondeados, que asomaban por las mantas, mostraban desgarrones y roturas de las apresuradas carreras a través de las densas zarzas.

El fuego crepitaba musicalmente. De él emanaba un humo ligero. Arriba, el follaje se movía suavemente. Las hojas, con sus caras vueltas hacia la llama, se teñían de cambiantes tonos plateados, a menudo bordeados de rojo. A lo lejos, a la derecha, a través de una ventana en el bosque, se podía ver un puñado de estrellas yaciendo, como guijarros relucientes, en el nivel negro de la noche.

Ocasionalmente, en esta sala de bajo arco, un soldado se despertaba y cambiaba de posición, la experiencia de su sueño le había enseñado los lugares desiguales y objetables del suelo bajo él. O, quizás, se levantaba hasta sentarse, parpadeaba hacia el fuego por un momento sin entender, lanzaba una rápida mirada a su compañero postrado, y luego se acurrucaba de nuevo con un gruñido de contento somnoliento.

El joven se sentó hecho un ovillo desolado hasta que su amigo, el joven soldado escandaloso, llegó, balanceando dos cantimploras por sus ligeras cuerdas.

—Bueno, ahora, Henry, viejo amigo —dijo este último—, te arreglaremos en un minuto.

Tenía los modales ajetreados de un enfermero aficionado. Se afanó alrededor del fuego y atizó las ramas para que ardieran brillantemente. Hizo que su paciente bebiera abundantemente de la cantimplora que contenía el café. Para el joven fue un trago delicioso. Inclino la cabeza muy hacia atrás y mantuvo la cantimplora largo tiempo en sus labios. La fresca mezcla descendió acariciando su garganta ampollada. Al terminar, suspiró con cómo de deleite.

El joven soldado escandaloso observó a su camarada con aire de satisfacción. Más tarde sacó un pañuelo grande de su bolsillo. Lo dobló a modo de vendaje y vertió agua de la otra cantimplora en el centro. Este tosco arreglo lo ató sobre la cabeza del joven, haciendo un nudo extraño en la nuca.

—Ahí tienes —dijo, apartándose y contemplando su obra—. Pareces el diablo, pero apuesto a que te sientes mejor.

El joven contempló a su amigo con ojos agradecidos. Sobre su cabeza dolorida e hinchada, el paño frío era como la mano tierna de una mujer.

—No gritas ni dices nada —comentó su amigo con aprobación—. Sé que soy un herrero cuidando enfermos, y no has piado ni una vez. Eres de los buenos, Henry. La mayoría de los hombres estarían en el hospital hace mucho tiempo. Un tiro en la cabeza no es ninguna broma.

El joven no respondió, pero comenzó a jugar con los botones de su chaqueta.

—Bueno, vamos, ahora —continuó su amigo—, vamos. Tengo que acostarte y asegurarme de que descanses bien esta noche.

El otro se enderezó con cuidado, y el joven soldado escandaloso lo guio entre las formas dormidas que yacían en grupos y filas. Pronto se agachó y recogió sus mantas. Extendió la de goma en el suelo y colocó la de lana sobre los hombros del joven.

—Ahí tienes —dijo—. Acuéstate y duerme un poco.

El joven, con su manera de obediencia perruna, se acostó con cuidado como una anciana que se agacha. Se estiró con un murmullo de alivio y comodidad. El suelo parecía el más suave de los lechos.

Pero de repente exclamó:

—¡Espera un minuto! ¿Dónde vas a dormir tú?

Su amigo agitó la mano con impaciencia.

—Ahí mismo, a tu lado.

—Bueno, pero espera un minuto —continuó el joven—. ¿En qué vas a dormir tú? Te he quitado tu...

El joven soldado escandaloso gruñó:

—Cállate y duérmete. No hagas el maldito tonto —dijo severamente.

Después de la reprimenda, el joven no dijo más. Una somnolencia exquisita se había extendido por él. El cálido confort de la manta lo envolvió y le produjo una suave languidez. Su cabeza cayó hacia adelante sobre su brazo doblado y sus párpados pesados descendieron suavemente sobre sus ojos. Al oír un tableteo de mosqueteros a lo lejos, se preguntó con indiferencia si aquellos hombres dormían a veces. Dio un largo suspiro, se acurrucó en su manta y en un momento fue como sus camaradas.

## CAPÍTULO XIV

Cuando el joven despertó, le pareció que había dormido durante mil años, y estuvo seguro de que abría los ojos a un mundo inesperado. Grises nieblas se desplazaban lentamente ante los primeros esfuerzos de los rayos del sol. Un esplendor inminente se podía ver en el cielo oriental. Un rocío helado le había enfriado el rostro, e inmediatamente después de despertarse se acurrucó más en su manta. Miró durante un rato las hojas de arriba, que se movían con un viento heráldico del día.

La distancia se astillaba y resonaba con el ruido de la lucha. Había en el sonido una expresión de persistencia mortal, como si no hubiera comenzado y no fuera a cesar.

A su alrededor estaban las filas y grupos de hombres que había visto vagamente la noche anterior. Estaban tomando un último sorbo de sueño antes del despertar. Los rasgos demacrados y ajados y las figuras polvorientas se hacían evidentes con esta luz pintoresca del amanecer, pero vestía la piel de los hombres con tonos cadavéricos y hacía que los miembros enmarañados parecieran sin pulso y muertos. El joven se sobresaltó con un pequeño grito cuando sus ojos barrieron por primera vez esta masa inmóvil de hombres, densamente esparcida por el suelo, pálida y en posturas extrañas. Su mente desordenada interpretó la sala del bosque como un osario. Creyó por un instante que estaba en la casa de los muertos, y no se atrevió a moverse por si aquellos cadáveres se levantaban, chillando y graznando. En un segundo, sin embargo, recuperó la cordura. Se dedicó un juramento complicado. Vio que este sombrío cuadro no era un hecho del presente, sino una mera profecía.

Oyó entonces el ruido de un fuego que crepitaba vivamente en el aire frío y, volviendo la cabeza, vio a su amigo atareado junto a una pequeña hoguera. Algunas otras figuras se movían en la niebla, y oyó el duro crepitar de los hachazos.

De repente hubo un hueco retumbar de tambores. Una corneta lejana cantó débilmente. Sonidos similares, que variaban en intensidad, llegaron de cerca y de lejos por todo el bosque. Las cornetas se llamaban unas a otras como gallos de pelea de bronce. El trueno cercano de los tambores del regimiento redobló.

El cuerpo de hombres en el bosque susurró. Hubo un levantamiento general de cabezas. Un murmullo de voces rompió el aire. En él había mucho bajo de juramentos refunfuñados. Se dirigían a dioses extraños en condena de las tempranas horas necesarias para corregir la guerra. El tenor perentorio de un oficial resonó y avivó el movimiento entumecido de los hombres. Los miembros enmarañados se desenredaron. Los rostros de color cadavérico se ocultaron detrás de puños que se retorcían lentamente en las cuencas de los ojos.

El joven se sentó y dio rienda suelta a un enorme bostezo.

— ¡Diablos! — comentó con petulancia. Se frotó los ojos y luego, levantando la mano, palpó con cuidado el vendaje sobre su herida. Su amigo, al percibir que estaba despierto, se acercó desde el fuego—. Bueno, Henry, viejo, ¿cómo te sientes esta mañana? — preguntó.

El joven bostezó de nuevo. Luego frunció la boca en un pequeño mohín. Su cabeza, en verdad, se sentía precisamente como un melón, y tenía una sensación desagradable en el estómago.

— Oh, Señor, me siento bastante mal — dijo.

— ¡Diablos! — exclamó el otro—. Esperaba que te sintieras bien esta mañana. Veamos el vendaje... supongo que se ha deslizado. — Empezó a jugar con la herida de una manera bastante torpe hasta que el joven explotó.

— ¡Maldita sea! — dijo con aguda irritación—, ¡eres el hombre más torpe que he visto nunca! Llevas mitones en las manos. ¿Por qué demonios no puedes ser más cuidadoso? Preferiría que te apartaras y le tiraras fusiles. Ahora, ve despacio, y no actúes como si estuvieras clavando una alfombra.

Miró con insolente autoridad a su amigo, pero este último respondió con dulzura.

—Bueno, bueno, vamos, y come algo —dijo—. Entonces, tal vez, te sentirás mejor.

Junto al fuego, el joven soldado escandaloso velaba por las necesidades de su camarada con ternura y cuidado. Estaba muy ocupado organizando los pequeños vagabundos negros de las tazas de hojalata y vertiendo en ellas la humeante mezcla de color hierro de un pequeño y holliniento cubo de hojalata. Tenía algo de carne fresca, que asó apresuradamente en un palo. Se sentó entonces y contempló el apetito del joven con regocijo.

El joven notó un cambio notable en su camarada desde aquellos días de vida de campamento en la orilla del río. Ya no parecía estar continuamente pendiente de las proporciones de su destreza personal. No se enfurecía por pequeñas palabras que herían sus vanidades. Ya no era un joven soldado escandaloso. Había en él ahora una admirable seguridad. Mostraba una tranquila confianza en sus propósitos y sus habilidades. Y esta confianza interior evidentemente le permitía ser indiferente a las pequeñas palabras de otros hombres dirigidas a él.

El joven reflexionó. Había estado acostumbrado a considerar a su camarada como un niño vocinglero con una audacia nacida de su inexperiencia, irreflexivo, testarudo, celoso y lleno de un coraje de oropel. Un bebé fanfarfón acostumbrado a pavonearse en su propio corral. El joven se preguntó dónde habían nacido esos nuevos ojos; cuándo su camarada había hecho el gran descubrimiento de que había muchos hombres que se negarían a ser sometidos por él. Aparentemente, el otro había escalado ahora una cima de sabiduría desde la cual podía percibirse a sí mismo como una cosa muy pequeña. Y el joven vio que en adelante sería más fácil vivir en el vecindario de su amigo.

Su camarada balanceaba su taza de café de ébano sobre la rodilla.

—Bueno, Henry —dijo—, ¿qué te parecen las posibilidades? ¿Crees que los machacaremos?

El joven lo consideró por un momento.

—Anteayer —respondió finalmente, con audacia—, habrías apostado a que vencerías a toda la tropa tú solo.

Su amigo pareció un poco asombrado.

—¿Lo habría hecho? —preguntó. Reflexionó—. Bueno, quizás lo habría hecho —decidió finalmente. Miró humildemente el fuego.

El joven quedó bastante desconcertado ante esta sorprendente recepción de sus comentarios.

—Oh, no, tampoco lo habrías hecho —dijo, tratando apresuradamente de retractarse.

Pero el otro hizo un gesto de desaprobación.

—Oh, no te preocupes, Henry —dijo—. Creo que era un gran tonto en aquellos días. —Habló como si hubieran pasado años.

Hubo una pequeña pausa.

—Todos los oficiales dicen que tenemos a los rebeldes en una caja bastante apretada —dijo el amigo, carraspeando de manera trivial—. Todos parecen pensar que los tenemos justo donde los queremos.

—No sé yo —respondió el joven—. Lo que vi por la derecha me hace pensar que fue al revés. Desde donde yo estaba, parecía que ayer nos estaban dando una buena paliza.

—¿Tú crees? —inquirió el amigo—. Yo pensaba que ayer los tratamos con bastante dureza.

—Ni un poco —dijo el joven—. ¡Pero, Señor, hombre, no viste nada de la lucha! ¡Vaya! —Entonces se le ocurrió una idea repentina—. ¡Oh! Jim Conklin ha muerto.

Su amigo se sobresaltó.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Jim Conklin?

El joven habló lentamente.

—Sí. Ha muerto. Un tiro en el costado.

—No me digas. Jim Conklin... ¡pobre diablo!

A su alrededor había otros pequeños fuegos rodeados de hombres con sus pequeños utensilios negros. De uno de estos cercanos llegaron de repente voces agudas en una riña. Parecía que dos soldados de pies ligeros habían

estado molestando a un hombre enorme y barbudo, haciendo que derramara café sobre sus rodillas azules. El hombre se había enfurecido y había jurado de manera exhaustiva. Picados por su lenguaje, sus atormentadores se habían erizado inmediatamente contra él con una gran muestra de resentimiento por los juramentos injustos. Posiblemente iba a haber una pelea.

El amigo se levantó y se acercó a ellos, haciendo movimientos pacíficos con los brazos.

—Oh, vamos, muchachos, ¿de qué sirve? —dijo—. Estaremos sobre los rebeldes en menos de una hora. ¿De qué sirve pelear entre nosotros?

Uno de los soldados de pies ligeros se volvió hacia él, con el rostro enrojecido y violento.

—No tienes que venir por aquí con tus sermones. Supongo que no apruebas las peleas desde que Charley Morgan te dio una paliza; pero no veo qué asunto es este tuyo o de nadie más.

—Bueno, no lo es —dijo el amigo suavemente—. Aun así, odio ver...

Hubo una discusión enredada.

—Bueno, él... —dijeron los dos, señalando a su oponente con dedos índices acusadores.

El enorme soldado estaba completamente morado de rabia. Señaló a los dos soldados con su gran mano, extendida como una garra.

—Bueno, ellos...

Pero durante este tiempo de discusión, el deseo de repartir golpes pareció pasar, aunque se dijeron muchas cosas. Finalmente, el amigo regresó a su antiguo asiento. En poco tiempo, se pudo ver a los tres antagonistas juntos en un grupo amigable.

—Jimmie Rogers dice que tendré que pelear con él después de la batalla de hoy —anunció el amigo mientras se sentaba de nuevo—. Dice que no permite ninguna interferencia en sus asuntos. Odio ver a los muchachos peleando entre ellos.

El joven se rio.

—Has cambiado bastante. No eres en absoluto como eras. Recuerdo cuando tú y ese tipo irlandés... —Se detuvo y se rio de nuevo.

—No, no solía ser así —dijo su amigo pensativamente—. Eso es bastante cierto.

—Bueno, no quise decir... —comenzó el joven.

El amigo hizo otro gesto de desaprobación.

—Oh, no te preocupes, Henry.

Hubo otra pequeña pausa.

—El regimiento perdió más de la mitad de los hombres ayer —comentó el amigo finalmente—. Pensé, por supuesto, que estaban todos muertos, pero, cielos, siguieron regresando anoche hasta que parece, después de todo, que no perdimos más que unos pocos. Habían estado dispersos por todas partes, deambulando por los bosques, luchando con otros regimientos, y de todo. Justo como hiciste tú.

—¿Ah, sí? —dijo el joven.

## CAPÍTULO XV

El regimiento estaba en descanso sobre las armas al borde de un camino, esperando la orden de marchar, cuando de repente el joven recordó el paquetito envuelto en un sobre amarillo desvaído que el joven soldado escandaloso, con lúgubres palabras, le había confiado. Le hizo dar un respingo. Profirió una exclamación y se volvió hacia su camarada.

— ¡Wilson!

— ¿Qué?

Su amigo, a su lado en las filas, miraba pensativamente el camino. Por alguna causa, su expresión en ese momento era muy dócil. El joven, observándolo con miradas de reojo, se sintió impulsado a cambiar su propósito.

— Oh, nada — dijo.

Su amigo giró la cabeza con cierta sorpresa.

— Vaya, ¿qué ibas a decir?

— Oh, nada — repitió el joven.

Resolvió no asestar el pequeño golpe. Le bastaba con que el hecho lo alegrara. No era necesario golpear a su amigo en la cabeza con el desacertado paquete.

Había sentido mucho miedo de su amigo, pues veía con qué facilidad las preguntas podían hacer agujeros en sus sentimientos. Últimamente, se había asegurado a sí mismo que el camarada alterado no lo atormentaría con una

curiosidad persistente, pero estaba seguro de que durante el primer período de ocio su amigo le pediría que relatara sus aventuras del día anterior.

Ahora se regocijaba en la posesión de una pequeña arma con la que podía postrar a su camarada a las primeras señales de un interrogatorio. Él era el amo. Ahora sería él quien podría reír y lanzar los dardos de la burla.

El amigo, en una hora de debilidad, había hablado con sollozos de su propia muerte. Había pronunciado una oración melancólica antes de su funeral, y sin duda en el paquete de cartas, había entregado varios recuerdos a sus parientes. Pero no había muerto, y así se había entregado en manos del joven.

Este último se sentía inmensamente superior a su amigo, pero se inclinaba a la condescendencia. Adoptó hacia él un aire de buen humor condescendiente.

Su orgullo propio estaba ahora completamente restaurado. A la sombra de su floreciente crecimiento, se erguía con piernas firmes y seguras de sí mismo, y como ahora no se podía descubrir nada, no rehuía un encuentro con los ojos de los jueces, y no permitía que ningún pensamiento propio le impidiera adoptar una actitud de hombría. Había cometido sus errores en la oscuridad, así que seguía siendo un hombre.

De hecho, cuando recordó sus fortunas de ayer y las miró desde la distancia, empezó a ver algo admirable en ellas. Tenía licencia para ser pomposo y actuar como un veterano.

Dejó fuera de su vista sus jadeantes agonías del pasado.

En el presente, se declaró a sí mismo que solo los condenados y los malditos rugían con sinceridad ante las circunstancias. Pocos, aparte de ellos, lo hacían. Un hombre con el estómago lleno y el respeto de sus semejantes no tenía por qué regañar por nada que pudiera considerar erróneo en los caminos del universo, o incluso en los de la sociedad. Que los desdichados despotriquen; los demás pueden jugar a las canicas.

No pensó mucho en estas batallas que se le presentaban directamente. No era esencial que planeara sus acciones con respecto a ellas. Le habían enseñado que muchas obligaciones de la vida se evitaban fácilmente. Las lecciones de ayer habían sido que la retribución era tardía y ciega. Con estos hechos ante él, no consideró necesario ponerse febril por las posibilidades

de las siguientes veinticuatro horas. Podía dejar mucho al azar. Además, una fe en sí mismo había florecido secretamente. Crecía en su interior una pequeña flor de confianza. Ahora era un hombre de experiencia. Había estado entre los dragones, dijo, y se aseguró a sí mismo que no eran tan horribles como los había imaginado. Además, eran imprecisos; no picaban con precisión. Un corazón valiente a menudo desafiaba y, desafiando, escapaba.

Y, además, ¿cómo podían matarlo a él, que era el elegido de los dioses y estaba destinado a la grandeza?

Recordó cómo algunos de los hombres habían huido de la batalla. Al recordar sus rostros aterrorizados, sintió desprecio por ellos. Seguramente habían sido más veloces y más salvajes de lo absolutamente necesario. Eran mortales débiles. En cuanto a él, había huido con discreción y dignidad.

Fue despertado de este ensueño por su amigo, quien, después de moverse nerviosamente y parpadear hacia los árboles durante un tiempo, tosió de repente a modo de introducción y habló.

— ¡Fleming!

— ¿Qué?

El amigo se llevó la mano a la boca y tosió de nuevo. Se movió inquieto en su chaqueta.

— Bueno —tragó saliva finalmente—, supongo que será mejor que me devuelvas esas cartas. —Sangre oscura y punzante había enrojecido sus mejillas y su frente.

— De acuerdo, Wilson —dijo el joven. Desabrochó dos botones de su chaqueta, metió la mano y sacó el paquete. Mientras se lo extendía a su amigo, el rostro de este último estaba apartado de él.

Había sido lento en el acto de sacar el paquete porque durante el mismo había estado intentando inventar un comentario notable sobre el asunto. No pudo evocar nada con suficiente envidia. Se vio obligado a permitir que su amigo escapara ileso con su paquete. Y por esto se atribuyó un crédito considerable. Fue un acto generoso.

Su amigo a su lado parecía sufrir una gran vergüenza. Mientras lo contemplaba, el joven sintió que su corazón se fortalecía y se volvía más robus-

to. Él nunca se había visto obligado a sonrojarse de tal manera por sus actos; era un individuo de virtudes extraordinarias.

Reflexionó, con piedad condescendiente: «¡Qué lástima! ¡Qué lástima! ¡Pobre diablo, le hace sentir fatal!».

Después de este incidente, y al repasar las imágenes de batalla que había visto, se sintió bastante competente para volver a casa y hacer que los corazones de la gente brillaran con historias de guerra. Podía verse a sí mismo en una habitación de tonos cálidos contando cuentos a los oyentes. Podía exhibir laureles. Eran insignificantes; aun así, en un distrito donde los laureles eran infrecuentes, podrían brillar.

Vio a su público boquiabierto imaginándolo como la figura central en escenas llameantes. E imaginó la consternación y las exclamaciones de su madre y de la joven del seminario mientras bebían sus relatos. La vaga fórmula femenina que tenían para los seres queridos que realizaban valientes hazañas en el campo de batalla sin riesgo para su vida quedaría destruida.

## CAPÍTULO XVI

Siempre se oía un crepitar de mosquetes. Más tarde, los cañones habían entrado en la disputa. En el aire lleno de niebla, sus voces producían un sonido sordo. Las reverberaciones eran continuas. Esta parte del mundo llevaba una extraña existencia batalladora.

El regimiento del joven fue enviado a relevar a una unidad que había permanecido mucho tiempo en unas trincheras húmedas. Los hombres tomaron posiciones detrás de una línea curva de pozos de tirador que habían sido excavados, como un gran surco, a lo largo de la línea del bosque. Ante ellos había una llanura, poblada de tocones cortos y deformes. Desde el bosque de más allá llegaba el sordo tableteo de los escaramuzadores y los piquetes, que disparaban en la niebla. De la derecha llegaba el ruido de una terrible refriega.

Los hombres se acurrucaron detrás del pequeño terraplén y se sentaron en actitudes relajadas esperando su turno. Muchos daban la espalda a los disparos. El amigo del joven se tumbó, enterró la cara en los brazos y, casi al instante, pareció caer en un profundo sueño.

El joven apoyó el pecho contra la tierra parda y oteó por encima del bosque y a lo largo de la línea. Cortinas de árboles interferían en su visión. Solo podía ver la baja línea de trincheras a corta distancia. Unas pocas banderas ociosas estaban posadas en las colinas de tierra. Detrás de ellas había filas de cuerpos oscuros con algunas cabezas que asomaban curiosamente por encima.

Siempre llegaba el ruido de los escaramuzadores desde los bosques del frente y de la izquierda, y el estruendo de la derecha había crecido hasta alcanzar proporciones espantosas. Los cañones rugían sin un instante de pausa para respirar. Parecía que los cañones habían venido de todas partes y estaban enzarzados en una disputa estupenda. Se hizo imposible hacerse oír una frase.

El joven deseaba lanzar una broma, una cita de los periódicos. Deseaba decir: «Todo en calma en el Rappahannock», pero los cañones se negaron a permitir siquiera un comentario sobre su alboroto. Nunca concluyó la frase con éxito. Pero al final los cañones se detuvieron, y entre los hombres en los pozos de tirador los rumores volvieron a volar, como pájaros, pero ahora eran en su mayoría criaturas negras que batían sus alas lúgubrementemente cerca del suelo y se negaban a elevarse con alas de esperanza. Los rostros de los hombres se volvieron lúgubres por la interpretación de los presagios. Llegaron a sus oídos relatos de vacilación e incertidumbre por parte de los altos cargos y responsables. Historias de desastres se instalaron en sus mentes con muchas pruebas. Este estruendo de mosquetería a la derecha, que crecía como un genio del sonido liberado, expresaba y enfatizaba la difícil situación del ejército.

Los hombres estaban descorazonados y empezaron a murmurar. Hacían gestos que expresaban la frase: «Ah, ¿qué más podemos hacer?». Y siempre se podía ver que estaban desconcertados por las supuestas noticias y no podían comprender del todo una derrota.

Antes de que las nieblas grises fueran totalmente borradas por los rayos del sol, el regimiento marchaba en una columna extendida que se retiraba cuidadosamente a través del bosque. Las líneas desordenadas y apresuradas del enemigo se podían ver a veces a través de las arboledas y los pequeños campos. Gritaban, agudos y exultantes.

Ante esta visión, el joven olvidó muchos asuntos personales y se enfureció enormemente. Explotó en frases sonoras.

— ¡Caray, nos dirige una panda de tarugos!

— Más de uno ha dicho eso hoy — observó un hombre.

Su amigo, recién despertado, todavía estaba muy somnoliento. Miró hacia atrás hasta que su mente comprendió el significado del movimiento. En-

tonces suspiró.

—Oh, bueno, supongo que nos han vencido —comentó con tristeza.

El joven pensó que no sería elegante por su parte condenar libremente a otros hombres. Hizo un intento de contenerse, pero las palabras en su lengua eran demasiado amargas. Pronto comenzó una larga e intrincada denuncia del comandante de las fuerzas.

—Quizás no fue todo culpa suya... no del todo. Hizo lo mejor que sabía. Es nuestra suerte que nos venzan a menudo —dijo su amigo en tono cansado. Caminaba penosamente con los hombros encorvados y los ojos huidizos como un hombre que ha sido apaleado y pateado.

—Bueno, ¿no luchamos como diablos? ¿No hacemos todo lo que los hombres pueden hacer? —exigió el joven en voz alta.

Se quedó secretamente estupefacto ante este sentimiento cuando salió de sus labios. Por un momento su rostro perdió su valor y miró culpablemente a su alrededor. Pero nadie cuestionó su derecho a usar tales palabras, y pronto recuperó su aire de coraje. Continuó repitiendo una afirmación que había oído ir de grupo en grupo en el campamento esa mañana.

—El brigadier dijo que nunca vio a un regimiento nuevo luchar como luchamos nosotros ayer, ¿no es así? Y no lo hicimos mejor que muchos otros regimientos, ¿verdad? Bueno, entonces, no puedes decir que es culpa del ejército, ¿puedes?

En su respuesta, la voz del amigo fue severa.

—Claro que no —dijo—. Ningún hombre se atreve a decir que no luchamos como diablos. Ningún hombre se atreverá a decirlo nunca. Los muchachos luchan como gallos de pelea. Pero aun así... aun así, no tenemos suerte.

—Bueno, entonces, si luchamos como diablos y nunca ganamos, debe ser culpa del general —dijo el joven grandilocuente y decisivamente—. Y no le veo ningún sentido a luchar y luchar y luchar, para siempre perder por culpa de algún maldito tarugo de general.

Un hombre sarcástico que caminaba al lado del joven, habló entonces perezosamente.

—Quizás crees que tú solo libraste toda la batalla de ayer, Fleming — comentó.

El discurso atravesó al joven. Interiormente, fue reducido a una pulpa abyecta por estas palabras casuales. Sus piernas temblaron en privado. Lanzó una mirada asustada al hombre sarcástico.

—Pues no —se apresuró a decir con voz conciliadora—, no creo que yo librara toda la batalla de ayer.

Pero el otro parecía inocente de cualquier significado más profundo. Aparentemente, no tenía información. Era simplemente su costumbre.

—¡Ah! —respondió en el mismo tono de tranquila burla.

El joven, no obstante, sintió una amenaza. Su mente se encogió ante la cercanía del peligro, y a partir de entonces guardó silencio. El significado de las palabras del hombre sarcástico le quitó todos los humores vocingleros que lo harían parecer prominente. Se convirtió de repente en una persona modesta.

Había una conversación en voz baja entre las tropas. Los oficiales estaban impacientes y secos, sus semblantes ensombrecidos por los relatos de la desgracia. Las tropas, filtrándose a través del bosque, estaban hoscas. En la compañía del joven, una vez, la risa de un hombre resonó. Una docena de soldados volvieron rápidamente sus rostros hacia él y fruncieron el ceño con vago disgusto.

El ruido de los disparos seguía sus pasos. A veces, parecía ser repelido un poco, pero siempre regresaba de nuevo con mayor insolencia. Los hombres murmuraban y maldecían, lanzando miradas negras en su dirección.

En un claro, las tropas finalmente se detuvieron. Regimientos y brigadas, rotos y separados por sus encuentros con los matorrales, se reunieron de nuevo y las líneas se encararon hacia el ladrido perseguidor de la infantería enemiga.

Este ruido, que seguía como los aullidos de ansiosos sabuesos metálicos, aumentó hasta convertirse en un estallido fuerte y alegre, y luego, mientras el sol subía serenamente por el cielo, arrojando rayos iluminadores en los sombríos matorrales, estalló en prolongados repiques. Los bosques empezaron a crepitar como si estuvieran en llamas.

— ¡Yujuu! —dijo un hombre—. ¡Aquí estamos! Todo el mundo luchando. Sangre y destrucción.

—Estaba dispuesto a apostar que atacarían tan pronto como el sol saliera bien —afirmó salvajemente el teniente que mandaba la compañía del joven. Tiró sin piedad de su pequeño bigote. Se paseaba de un lado a otro con oscura dignidad en la retaguardia de sus hombres, que estaban tumbados detrás de cualquier protección que hubieran reunido.

Una batería había entrado traqueteando en posición en la retaguardia y bombardeaba pensativamente la distancia. El regimiento, sin ser molestado todavía, esperaba el momento en que las sombras grises de los bosques ante ellos fueran acuchilladas por las líneas de fuego. Había muchos gruñidos y juramentos.

— ¡Santo Dios! —refunfuñó el joven—, ¡siempre nos andan persiguiendo como a ratas! Me pone enfermo. Nadie parece saber adónde vamos o por qué vamos. Simplemente nos llevan de la ceca a la meca y nos vencen aquí y nos vencen allá, y nadie sabe para qué ha servido. Hace que un hombre se sienta como un maldito gatito en un saco. Ahora, me gustaría saber para qué demonios nos hicieron marchar a estos bosques, a menos que fuera para dar a los rebeldes un tiro fácil. Vinimos aquí y se nos enredaron todas las piernas en estas malditas zarzas, y luego empezamos a luchar y los rebeldes lo tuvieron fácil. ¡No me digas que es solo suerte! Sé que no. Es este maldito viejo...

El amigo parecía agotado, pero interrumpió a su camarada con una voz de tranquila confianza.

— Al final todo saldrá bien —dijo.

— ¡Oh, un cuerno que saldrá bien! Siempre hablas como un cura de tres al cuarto. ¡No me digas! Yo sé...

En este momento hubo una interposición del teniente de mente salvaje, que se vio obligado a desahogar parte de su insatisfacción interior con sus hombres.

— ¡Callaos la boca, muchachos! No hay necesidad de que gastéis el aliento en largas discusiones sobre esto, aquello y lo de más allá. Habéis estado parlotando como un montón de gallinas viejas. Todo lo que tenéis que hacer es luchar, y tendréis mucho de eso que hacer en unos diez minutos.

Menos hablar y más luchar es lo mejor para vosotros. Nunca vi tales borricos parlanchines.

Hizo una pausa, listo para abalanzarse sobre cualquier hombre que tuviera la temeridad de responder. Al no decirse ninguna palabra, reanudó su digno paseo.

—Hay demasiada cháchara y muy poca lucha en esta guerra, de todos modos —les dijo, volviendo la cabeza para un último comentario.

El día se había vuelto más blanco, hasta que el sol derramó su pleno resplandor sobre el bosque atestado. Una especie de ráfaga de batalla vino barriendo hacia la parte de la línea donde yacía el regimiento del joven. El frente se desplazó un poco para enfrentarla de lleno. Hubo una espera. En esta parte del campo pasaron lentamente los intensos momentos que preceden a la tempestad.

Un solo fusil destelló en un matorral frente al regimiento. En un instante se le unieron muchos otros. Hubo un poderoso canto de choques y estruendos que barrió los bosques. Los cañones en la retaguardia, despertados y enfurecidos por los proyectiles que les habían sido lanzados como abrojos, se vieron de repente envueltos en un horrible altercado con otra banda de cañones. El rugido de la batalla se asentó en un trueno rodante, que fue una única y larga explosión.

En el regimiento había una peculiar especie de vacilación que se denotaba en las actitudes de los hombres. Estaban desgastados, agotados, habiendo dormido poco y trabajado mucho. Volvían los ojos hacia la batalla que avanzaba mientras esperaban el choque. Algunos se encogían y retrocedían. Permanecían como hombres atados a estacas.

## CAPÍTULO XVII

Este avance del enemigo le había parecido al joven una caza despiadada. Empezó a echar humo de rabia y exasperación. Golpeaba el suelo con el pie y fruncía el ceño con odio al humo arremolinado que se acercaba como una inundación fantasmal. Había una cualidad enloquecedora en esta aparente resolución del enemigo de no darle descanso, de no darle tiempo para sentarse y pensar. Ayer había luchado y había huido rápidamente. Había habido muchas aventuras. Para hoy sentía que se había ganado oportunidades de reposo contemplativo. Podría haber disfrutado retratando a oyentes no iniciados diversas escenas de las que había sido testigo o discutiendo hábilmente los procesos de la guerra con otros hombres probados. También era importante que tuviera tiempo para la recuperación física. Estaba dolorido y rígido por sus experiencias. Había recibido su ración de todos los esfuerzos, y deseaba descansar.

Pero aquellos otros hombres parecían no cansarse nunca; luchaban con su vieja velocidad. Tenía un odio salvaje por el enemigo implacable. Ayer, cuando había imaginado que el universo estaba en su contra, lo había odiado, a los dioses pequeños y a los dioses grandes; hoy odiaba al ejército del enemigo con el mismo gran odio. No iba a dejar que le amargaran la vida, como a un gatito perseguido por niños, dijo. No era bueno acorralar a los hombres en rincones finales; en esos momentos todos podían desarrollar dientes y garras.

Se inclinó y le habló al oído a su amigo. Amenazó a los bosques con un gesto.

—Si siguen persiguiéndonos, por Dios, más les vale tener cuidado. No se puede aguantar demasiado.

El amigo giró la cabeza e hizo una respuesta tranquila.

—Si siguen persiguiéndonos, nos empujarán a todos al río.

El joven gritó salvajemente ante esta afirmación. Se agazapó detrás de un pequeño árbol, con los ojos ardiendo de odio y los dientes apretados en un gruñido perruno. El torpe vendaje todavía estaba alrededor de su cabeza, y sobre él, encima de su herida, había una mancha de sangre seca. Su cabello estaba maravillosamente revuelto, y algunos mechones desordenados y móviles colgaban sobre la tela del vendaje hacia su frente. Su chaqueta y su camisa estaban abiertas en el cuello, exponiendo su joven cuello bronceado. Se podían ver tragos espasmódicos en su garganta.

Sus dedos se entrelazaban nerviosamente alrededor de su fusil. Deseaba que fuera un motor de poder aniquilador. Sentía que él y sus compañeros estaban siendo objeto de burlas y escarnio por la sincera convicción de que eran pobres y débiles. El conocimiento de su incapacidad para vengarse de ello convirtió su rabia en un espectro oscuro y tormentoso, que lo poseyó y le hizo soñar con crueldades abominables. Los atormentadores eran moscas que chupaban insolentemente su sangre, y pensó que habría dado su vida por la venganza de ver sus rostros en situaciones lamentables.

Los vientos de la batalla habían barrido todo alrededor del regimiento, hasta que un fusil, seguido instantáneamente por otros, destelló en su frente. Un momento después, el regimiento rugió su súbita y valiente réplica. Un denso muro de humo se asentó. Fue furiosamente acuchillado y cortado por el fuego como de cuchillos de los fusiles.

Para el joven, los combatientes parecían animales arrojados a una lucha a muerte en un foso oscuro. Tenía la sensación de que él y sus compañeros, acorralados, estaban resistiendo, siempre resistiendo feroces embestidas de criaturas que eran escurridizas. Sus rayos de color carmesí parecían no hacer presa en los cuerpos de sus enemigos; estos últimos parecían evadirlos con facilidad, y pasar a través, entre, alrededor y por todas partes con una habilidad sin oposición.

Cuando, en un sueño, se le ocurrió al joven que su fusil era un palo impotente, perdió el sentido de todo menos su odio, su deseo de hacer pulpa la

sonrisa reluciente de la victoria que podía sentir en los rostros de sus enemigos.

La línea azul, tragada por el humo, se enroscaba y se retorció como una serpiente pisada. Balanceaba sus extremos de un lado a otro en una agonía de miedo y rabia.

El joven no era consciente de que estaba erguido sobre sus pies. No sabía la dirección del suelo. De hecho, una vez incluso perdió la costumbre del equilibrio y cayó pesadamente. Se levantó de nuevo inmediatamente. Un pensamiento atravesó el caos de su cerebro en ese momento. Se preguntó si se había caído porque le habían disparado. Pero la sospecha se desvaneció al instante. No pensó más en ello.

Había tomado una primera posición detrás del pequeño árbol, con la determinación directa de mantenerla contra el mundo. No había considerado posible que su ejército pudiera tener éxito ese día, y de esto sintió la capacidad de luchar más duro. Pero la multitud había surgido en todas direcciones, hasta que perdió direcciones y ubicaciones, salvo que sabía dónde yacía el enemigo.

Las llamas lo mordían, y el humo caliente le abrasaba la piel. El cañón de su fusil se calentó tanto que normalmente no podría haberlo soportado en sus palmas; pero siguió metiendo cartuchos en él, y golpeándolos con su baqueta resonante y flexible. Si apuntaba a alguna forma cambiante a través del humo, apretaba el gatillo con un gruñido feroz, como si estuviera dando un puñetazo con toda su fuerza.

Cuando el enemigo parecía retroceder ante él y sus compañeros, avanzó instantáneamente, como un perro que, viendo a sus enemigos rezagarse, se vuelve e insiste en ser perseguido. Y cuando se vio obligado a retirarse de nuevo, lo hizo lentamente, con hosquedad, dando pasos de desesperación iracunda.

Una vez, en su intenso odio, estaba casi solo, y estaba disparando, cuando todos los que estaban cerca de él habían cesado. Estaba tan absorto en su ocupación que no se dio cuenta de una pausa.

Fue llamado a la realidad por una risa ronca y una frase que llegó a sus oídos con una voz de desprecio y asombro.

— ¡Maldito loco, no sabes cuándo dejar de disparar cuando no hay a qué disparar? ¡Santo Dios!

Se volvió entonces y, deteniéndose con el fusil medio en posición, miró la línea azul de sus camaradas. Durante este momento de ocio, todos parecían estar ocupados mirándolo con asombro. Se habían convertido en espectadores. Volviéndose de nuevo al frente, vio, bajo el humo levantado, un terreno desierto.

Pareció desconcertado por un momento. Luego apareció en el vacío vidrioso de sus ojos un punto de diamante de inteligencia.

— Oh — dijo, comprendiendo.

Regresó con sus camaradas y se arrojó al suelo. Se desparramó como un hombre que ha sido apaleado. Su carne parecía extrañamente en llamas, y los sonidos de la batalla continuaban en sus oídos. Buscó a tientas su cantimplora.

El teniente cacareaba. Parecía borracho de lucha. Le gritó al joven:

— ¡Por los cielos, si tuviera diez mil gatos monteses como tú, podría arrancarle las entrañas a esta guerra en menos de una semana! — Hinchó el pecho con gran dignidad al decirlo.

Algunos de los hombres murmuraron y miraron al joven con asombro. Era evidente que mientras él había seguido cargando, disparando y maldiciendo sin la debida intermisión, ellos habían encontrado tiempo para observarlo. Y ahora lo veían como un demonio de la guerra.

El amigo se le acercó tambaleándose. Había algo de miedo y consternación en su voz.

— ¿Estás bien, Fleming? ¿Te sientes bien? No te pasa nada, Henry, ¿verdad?

— No — dijo el joven con dificultad. Su garganta parecía llena de nudos y abrojos.

Estos incidentes hicieron reflexionar al joven. Se le reveló que había sido un bárbaro, una bestia. Había luchado como un pagano que defiende su religión. Al considerarlo, vio que había sido admirable, salvaje y, en cierto modo, fácil. Había sido una figura tremenda, sin duda. Con esta lucha había

superado obstáculos que había admitido que eran montañas. Habían caído como picos de papel, y ahora era lo que él llamaba un héroe. Y no había sido consciente del proceso. Había dormido y, al despertar, se encontró convertido en un caballero.

Yació y se deleitó con las miradas ocasionales de sus camaradas. Sus rostros variaban en grados de negrura por la pólvora quemada. Algunos estaban completamente tiznados. Apestaban a sudor, y sus alientos salían con dificultad y sibilancias. Y desde estas extensiones sucias lo miraban.

— ¡Duro trabajo! ¡Duro trabajo! — gritó el teniente delirantemente. Caminaba de un lado a otro, inquieto y ansioso. A veces se oía su voz en una risa salvaje e incomprensible.

Cuando tenía un pensamiento particularmente profundo sobre la ciencia de la guerra, siempre se dirigía inconscientemente al joven.

Hubo cierto regocijo sombrío por parte de los hombres.

— ¡Por todos los diablos, apuesto a que este ejército nunca verá otro regimiento nuevo como nosotros!

— ¡Ya lo creo!

— «Un perro, una mujer y un nogal,  
cuanto más los golpeas, mejor están».

¡Así somos nosotros!

— Perdieron un montón de hombres, sí señor. Si una vieja barrera los bosques, llenaría un recogedor.

— Sí, y si vuelve en una hora, recogerá un montón más.

El bosque todavía soportaba su carga de clamor. De debajo de los árboles llegaba el tableteo rodante de la mosquetería. Cada matorral distante parecía un extraño puercoespín con púas de fuego. Una nube de humo oscuro, como de ruinas humeantes, se elevaba hacia el sol, ahora brillante y alegre en el cielo azul y esmaltado.



## CAPÍTULO XVIII

La línea andrajosa tuvo un respiro de algunos minutos, pero durante su pausa la lucha en el bosque se magnificó hasta que los árboles parecieron temblar por los disparos y el suelo sacudirse por la carrera de los hombres. Las voces de los cañones se mezclaban en una larga e interminable fila. Parecía difícil vivir en tal atmósfera. Los pechos de los hombres se esforzaban por un poco de frescura, y sus gargantas ansiaban agua.

Había uno con el cuerpo atravesado por una bala, que lanzó un grito de amarga lamentación cuando llegó esta calma. Quizás también había estado gritando durante la lucha, pero en ese momento nadie lo había oído. Pero ahora los hombres se volvieron ante las lastimeras quejas de aquel que yacía en el suelo.

—¿Quién es? ¿Quién es?

—Es Jimmie Rogers. Jimmie Rogers.

Cuando sus ojos lo encontraron por primera vez, hubo una detención súbita, como si temieran acercarse. Se retorció en la hierba, torciendo su cuerpo estremecido en muchas posturas extrañas. Gritaba a voz en cuello. Esta vacilación instantánea pareció llenarlo de un desprecio tremendo y fantástico, y los maldijo en frases chillonas.

El amigo del joven tuvo una ilusión geográfica sobre un arroyo, y obtuvo permiso para ir a por agua. Inmediatamente, le llovieron cantimploras.

—¡Lléname la mía, quieres!

—Tráeme un poco a mí también.

— Y a mí también. — Partió, cargado. El joven fue con su amigo, sintiendo el deseo de arrojar su cuerpo acalorado al arroyo y, remojándose allí, beber litros.

Hicieron una búsqueda apresurada del supuesto arroyo, pero no lo encontraron.

— No hay agua aquí — dijo el joven. Se dieron la vuelta sin demora y comenzaron a desandar sus pasos.

Desde su posición, al encarar de nuevo el lugar de la lucha, pudieron comprender una mayor parte de la batalla que cuando sus visiones habían sido empañadas por el humo arremolinado de la línea. Podían ver tramos oscuros serpenteando por la tierra, y en un claro había una fila de cañones que formaban nubes grises, las cuales estaban llenas de grandes destellos de llamas de color naranja. Por encima de un follaje podían ver el tejado de una casa. Una ventana, que brillaba con un profundo rojo asesino, resplandecía directamente a través de las hojas. Del edificio salía una alta torre inclinada de humo que se adentraba en el cielo.

Mirando a sus propias tropas, vieron masas mixtas que lentamente iban adquiriendo una forma regular. La luz del sol creaba puntos parpadeantes en el acero brillante. Hacia la retaguardia se vislumbraba un camino lejano que se curvaba sobre una ladera. Estaba abarrotado de infantería en retirada. De todo el bosque entretejido surgía el humo y el estruendo de la batalla. El aire estaba siempre ocupado por un clamor estridente.

Cerca de donde estaban, los proyectiles chapoteaban y ululaban. Ocasionalmente balas zumbaban en el aire y rebotaban en los troncos de los árboles. Hombres heridos y otros rezagados se escabullían por el bosque.

Mirando por un pasillo de la arboleda, el joven y su compañero vieron a un general y su estado mayor, con sus equipos tintineando, casi atropellar a un herido que se arrastraba a cuatro patas. El general tiró con fuerza de la boca abierta y espumosa de su corcel y lo guio con diestra equitación más allá del hombre. Este último se escabulló con una prisa salvaje y torturadora. Evidentemente, le fallaron las fuerzas al llegar a un lugar seguro. Uno de sus brazos se debilitó de repente, y cayó, deslizándose sobre su espalda. Yacía extendido, respirando suavemente.

Un momento después, la pequeña y chirriante cabalgata estaba directamente frente a los dos soldados. Otro oficial, que cabalgaba con el hábil abandono de un vaquero, galopó con su caballo hasta una posición directamente frente al general. Los dos soldados de a pie, inadvertidos, hicieron un pequeño amago de seguir, pero se quedaron cerca con el deseo de escuchar la conversación. Quizás, pensaron, se dirían algunas grandes cosas históricas internas.

El general, a quien los muchachos conocían como el comandante de su división, miró al otro oficial y habló con frialdad, como si estuviera criticando su ropa.

—El enemigo se está formando allá para otra carga —dijo—. Se dirigirá contra Whitterside, y temo que romperán a menos que trabajemos como demonios para detenerlos.

El otro maldijo a su inquieto caballo y luego carraspeó. Hizo un gesto hacia su gorra.

—Costará un infierno detenerlos —dijo secamente.

—Supongo que sí —comentó el general. Luego empezó a hablar rápidamente y en un tono más bajo. Frecuentemente ilustraba sus palabras con un dedo índice. Los dos soldados de infantería no pudieron oír nada hasta que finalmente preguntó—: ¿De qué tropas puede prescindir?

El oficial que cabalgaba como un vaquero reflexionó un instante.

—Bueno —dijo—, tuve que ordenar al 12.º que ayudara al 76.º, y realmente no me queda ninguno. Pero está el 304.º. Luchan como una panda de arrieros. Puedo prescindir de ellos mejor que de ningunos.

El joven y su amigo intercambiaron miradas de asombro.

El general habló bruscamente.

—Prepárelos, entonces. Vigilaré los acontecimientos desde aquí y le avisaré cuándo ponerlos en marcha. Ocurrirá en cinco minutos.

Mientras el otro oficial se llevaba los dedos a la gorra y, haciendo girar su caballo, partía, el general le gritó con voz sobria:

—No creo que muchos de sus arrieros regresen.

El otro gritó algo en respuesta. Sonrió.

Con rostros asustados, el joven y su compañero se apresuraron a regresar a la línea.

Estos acontecimientos habían ocupado un tiempo increíblemente corto, pero el joven sintió que en ellos había envejecido. Le habían sido dados nuevos ojos. Y lo más sorprendente fue enterarse de repente de que era muy insignificante. El oficial habló del regimiento como si se refiriera a una escoba. Quizás alguna parte del bosque necesitaba ser barrida, y él simplemente indicó una escoba en un tono adecuadamente indiferente a su destino. Era la guerra, sin duda, pero parecía extraño.

Cuando los dos muchachos se acercaron a la línea, el teniente los percibió y se hinchó de ira.

—Fleming... Wilson... ¿cuánto tardáis en traer agua, de todos modos? ¿Dónde habéis estado?

Pero su oración cesó al ver sus ojos, que estaban desorbitados por grandes noticias.

—¡Vamos a cargar! ¡Vamos a cargar! —gritó el amigo del joven, apresurándose con su noticia.

—¿Cargar? —dijo el teniente—. ¿Cargar? ¡Bueno, por Dios! Esto sí que es luchar de verdad. —Sobre su semblante sucio apareció una sonrisa jactanciosa—. ¿Cargar? ¡Bueno, por Dios!

Un pequeño grupo de soldados rodeó a los dos jóvenes.

—¿De veras? ¡Bueno, que me parta un rayo! ¿Cargar? ¿Para qué? ¿Contra qué? Wilson, estás mintiendo.

—Que me muera ahora mismo —dijo el joven, elevando su tono a la clave de una protesta airada—. Tan seguro como que hay luz, te lo digo.

Y su amigo habló para reforzarlo.

—Ni por asomo está mintiendo. Los oímos hablar.

Vieron dos figuras montadas a corta distancia de ellos. Uno era el coronel del regimiento y el otro era el oficial que había recibido órdenes del coman-

dante de la división. Gesticulaban el uno al otro. El soldado, señalándolos, interpretó la escena.

Un hombre tuvo una objeción final:

—¿Cómo pudisteis oírlos hablar? —Pero los hombres, en su mayor parte, asintieron, admitiendo que anteriormente los dos amigos habían dicho la verdad.

Volvieron a adoptar actitudes de reposo con aire de haber aceptado el asunto. Y reflexionaron sobre ello, con cien variedades de expresión. Era un asunto absorbente en el que pensar. Muchos se apretaron cuidadosamente los cinturones y se ajustaron los pantalones.

Un momento después, los oficiales comenzaron a moverse entre los hombres, empujándolos hacia una masa más compacta y una mejor alineación. Persiguieron a los que se rezagaban y echaron pestes de unos pocos hombres que parecían mostrar con sus actitudes que habían decidido permanecer en ese lugar. Eran como pastores críticos, luchando con las ovejas.

Pronto, el regimiento pareció erguirse y tomar una profunda bocanada de aire. Ninguno de los rostros de los hombres era espejo de grandes pensamientos. Los soldados estaban inclinados y agachados como velocistas antes de una señal. Muchos pares de ojos relucientes miraban desde los rostros mugrientos hacia las cortinas de los bosques más profundos. Parecían estar ocupados en profundos cálculos de tiempo y distancia.

Estaban rodeados por los ruidos del monstruoso altercado entre los dos ejércitos. El mundo estaba completamente interesado en otros asuntos. Aparentemente, el regimiento tenía su pequeño asunto para sí mismo.

El joven, volviéndose, lanzó una rápida e inquisitiva mirada a su amigo. Este último le devolvió el mismo tipo de mirada. Eran los únicos que poseían un conocimiento interno. «Arrieros... costar un infierno... no creo que muchos regresen». Era un secreto irónico. Aun así, no vieron vacilación en los rostros del otro, y asintieron con un mudo y resignado consentimiento cuando un hombre desaliñado cerca de ellos dijo con voz dócil:

—Nos van a engullir.

## CAPÍTULO XIX

El joven miró fijamente la tierra frente a él. Sus follajes ahora parecían velar poderes y horrores. No fue consciente de la maquinaria de órdenes que inició la carga, aunque por el rabillo del ojo vio a un oficial, que parecía un niño a caballo, venir al galope, agitando su sombrero. De repente sintió una tensión y un empuje entre los hombres. La línea cayó lentamente hacia adelante como un muro que se derrumba y, con un jadeo convulsivo que pretendía ser un vítores, el regimiento comenzó su viaje. El joven fue empujado y zarandeado por un momento antes de entender el movimiento en absoluto, pero directamente se lanzó hacia adelante y comenzó a correr.

Fijó su vista en un grupo de árboles distante y prominente donde había concluido que se encontraría con el enemigo, y corrió hacia él como hacia una meta. Había creído en todo momento que era una mera cuestión de superar un asunto desagradable lo más rápido posible, y corrió desesperadamente, como si lo persiguieran por un asesinato. Su rostro estaba tenso y contraído por el esfuerzo. Sus ojos estaban fijos en una mirada espeluznante. Y con su vestimenta sucia y desordenada, sus rasgos enrojecidos e inflamados coronados por el trapo mugriento con su mancha de sangre, su fusil que se balanceaba salvajemente y sus pertrechos que golpeaban, parecía un soldado loco.

Cuando el regimiento se balanceó desde su posición hacia un claro, los bosques y matorrales ante él despertaron. Llamas amarillas saltaron hacia él desde muchas direcciones. El bosque opuso una tremenda objeción.

La línea se tambaleó en línea recta por un momento. Luego, el ala derecha se adelantó; a su vez, fue superada por la izquierda. Después, el centro se lanzó al frente hasta que el regimiento fue una masa en forma de cuña, pero un instante después, la oposición de los arbustos, los árboles y los lugares desiguales del terreno dividió la unidad y la dispersó en grupos separados.

El joven, de pies ligeros, estaba inconscientemente en la vanguardia. Sus ojos todavía no perdían de vista el grupo de árboles. De todos los lugares cercanos se oía el grito tribal del enemigo. Las pequeñas llamas de los fusiles saltaban de él. El canto de las balas estaba en el aire y los proyectiles gruñían entre las copas de los árboles. Uno cayó directamente en medio de un grupo apresurado y explotó con furia carmesí. Hubo el espectáculo instantáneo de un hombre, casi encima de él, levantando las manos para protegerse los ojos.

Otros hombres, alcanzados por las balas, caían en grotescas agonías. El regimiento dejó un rastro coherente de cuerpos.

Habían pasado a una atmósfera más clara. Hubo un efecto como de revelación en la nueva apariencia del paisaje. Unos hombres que trabajaban frenéticamente en una batería eran claramente visibles para ellos, y las líneas de la infantería contraria estaban definidas por los muros grises y las franjas de humo.

Al joven le pareció que lo veía todo. Cada brizna de la hierba verde era audaz y clara. Pensó que era consciente de cada cambio en el vapor delgado y transparente que flotaba ociosamente en láminas. Los troncos marrones o grises de los árboles mostraban cada aspereza de sus superficies. Y los hombres del regimiento, con sus ojos desorbitados y sus rostros sudorosos, corriendo como locos, o cayendo, como si fueran arrojados de cabeza, en extraños cadáveres amontonados, todo era comprendido. Su mente tomó una impresión mecánica pero firme, de modo que después todo le fue retratado y explicado, salvo por qué él mismo estaba allí.

Pero hubo un frenesí nacido de esta furiosa carrera. Los hombres, lanzándose hacia adelante como locos, habían estallado en vítores, tumultuosos y bárbaros, pero afinados en extrañas claves que pueden despertar al necio y al estoico. Creó un entusiasmo loco que, parecía, sería incapaz de detenerse ante el granito y el latón. Era el delirio que se encuentra con la deses-

peración y la muerte, y es desatendido y ciego a las probabilidades. Es una ausencia temporal pero sublime de egoísmo. Y porque era de este orden fue la razón, quizás, por la que el joven se preguntó, después, qué razones podría haber tenido para estar allí.

Pronto, el ritmo agotador consumió las energías de los hombres. Como por acuerdo, los líderes comenzaron a aflojar su velocidad. Las descargas dirigidas contra ellos habían tenido un efecto aparente como de viento. El regimiento resoplaba y bufaba. Entre unos árboles impasibles comenzó a flaquear y a dudar. Los hombres, mirando intensamente, comenzaron a esperar que algunos de los distantes muros de humo se movieran y les revelaran la escena. Como gran parte de su fuerza y su aliento se habían desvanecido, volvieron a la cautela. Se habían convertido de nuevo en hombres.

El joven tenía la vaga creencia de que había corrido millas, y pensó, en cierto modo, que ahora estaba en alguna tierra nueva y desconocida.

En el momento en que el regimiento cesó su avance, el crepitar de protesta de la mosquetería se convirtió en un rugido sostenido. Se extendieron largas y precisas franjas de humo. De la cima de una pequeña colina salían eructos horizontales de llama amarilla que causaban un silbido inhumano en el aire.

Los hombres, detenidos, tuvieron la oportunidad de ver a algunos de sus camaradas caer con gemidos y chillidos. Unos pocos yacían bajo sus pies, quietos o lamentándose. Y ahora, por un instante, los hombres se quedaron de pie, con los fusiles flojos en las manos, y observaron cómo el regimiento menguaba. Parecían aturdidos y estúpidos. Este espectáculo parecía paralizarlos, vencerlos con una fascinación fatal. Miraban impasibles las escenas y, bajando los ojos, se miraban de cara a cara. Fue una extraña pausa, y un extraño silencio.

Entonces, por encima de los sonidos de la conmoción exterior, se alzó el rugido del teniente. Salió de repente, con sus rasgos infantiles negros de rabia.

— ¡Vamos, idiotas! — bramó —. ¡Vamos! No podéis quedaros aquí. Tenéis que seguir. — Dijo más, pero gran parte no se pudo entender.

Avanzó rápidamente, con la cabeza vuelta hacia los hombres.

— ¡Vamos! — gritaba. Los hombres lo miraban con ojos vacíos y de palurdos. Se vio obligado a detenerse y desandar sus pasos. Se quedó entonces de espaldas al enemigo y lanzó gigantescas maldiciones a las caras de los hombres. Su cuerpo vibraba por el peso y la fuerza de sus imprecaciones. Y podía ensartar juramentos con la facilidad de una doncella que ensarta cuentas.

El amigo del joven se despertó. Lanzándose de repente hacia adelante y cayendo de rodillas, disparó un tiro furioso a los persistentes bosques. Esta acción despertó a los hombres. Ya no se acurrucaban como ovejas. Parecieron acordarse de repente de sus armas, y de inmediato comenzaron a disparar. Azuzados por sus oficiales, empezaron a avanzar. El regimiento, enredado como un carro en el barro y el desorden, arrancó de manera desigual con muchas sacudidas y tirones. Los hombres se detenían ahora cada pocos pasos para disparar y cargar, y de esta manera avanzaban lentamente de árbol en árbol.

La llameante oposición en su frente crecía con su avance hasta que pareció que todos los caminos hacia adelante estaban bloqueados por las delgadas lenguas saltarinas, y a la derecha una ominosa demostración se podía discernir a veces vagamente. El humo generado recientemente formaba nubes confusas que dificultaban que el regimiento procediera con inteligencia. Al pasar por cada masa arremolinada, el joven se preguntaba qué encontraría al otro lado.

La unidad avanzó penosamente hasta que un espacio abierto se interpuso entre ellos y las líneas espeluznantes. Aquí, agachados y encogidos detrás de algunos árboles, los hombres se aferraron con desesperación, como amenazados por una ola. Tenían los ojos desorbitados, como asombrados por esta furiosa perturbación que habían provocado. En la tormenta había una expresión irónica de su importancia. Los rostros de los hombres, también, mostraban una falta de cierto sentimiento de responsabilidad por estar allí. Era como si hubieran sido conducidos. Era el animal dominante que no recordaba en los momentos supremos las causas enérgicas de diversas cualidades superficiales. Todo el asunto parecía incomprensible para muchos de ellos.

Mientras se detenían así, el teniente comenzó de nuevo a bramar profanamente. Sin tener en cuenta las vengativas amenazas de las balas, iba de un

lado a otro engatusando, reprendiendo y maldiciendo. Sus labios, que habitualmente tenían una curva suave e infantil, estaban ahora retorcidos en contorsiones impías. Juraba por todas las deidades posibles.

Una vez agarró al joven por el brazo.

—¡Vamos, tarugo! —rugió—. ¡Vamos! Nos matarán a todos si nos quedamos aquí. Solo tenemos que cruzar ese terreno. Y entonces... —el resto de su idea desapareció en una neblina azul de maldiciones.

El joven extendió el brazo.

—¿Cruzar por ahí? —Su boca se frunció en duda y asombro.

—¡Claro! ¡Solo cruzar el terreno! No podemos quedarnos aquí —gritó el teniente. Acercó su cara a la del joven y agitó su mano vendada—. ¡Vamos! —Pronto se agarró a él como para una lucha. Era como si planeara arrastrar al joven de la oreja al asalto.

El soldado raso sintió una repentina e inefable indignación contra su oficial. Se zafó con fiereza y se lo sacudió de encima.

—¡Pues vamos tú, entonces! —gritó. Había un amargo desafío en su voz.

Galoparon juntos por el frente del regimiento. El amigo trepó tras ellos. Frente a los estandartes, los tres hombres comenzaron a vociferar:

—¡Vamos! ¡Vamos! —Danzaban y giraban como salvajes torturados.

La bandera, obediente a estos llamamientos, inclinó su forma reluciente y se dirigió hacia ellos. Los hombres vacilaron indecisos por un momento, y luego, con un largo y lastimero grito, el dilapidado regimiento avanzó y comenzó su nuevo viaje.

Por el campo corrió la masa apresurada. Era un puñado de hombres salpicados en las caras del enemigo. Hacia él saltaron instantáneamente las lenguas amarillas. Una gran cantidad de humo azul colgaba ante ellos. Un poderoso estruendo hizo que los oídos no sirvieran para nada.

El joven corrió como un loco para llegar a los bosques antes de que una bala pudiera descubrirlo. Agachó la cabeza, como un jugador de fútbol. En su prisa, sus ojos casi se cerraron, y la escena era un borrón salvaje. Saliva palpitante asomaba a las comisuras de su boca.

Dentro de él, mientras se lanzaba hacia adelante, nació un amor, un cariño desesperado por esta bandera que estaba cerca de él. Era una creación de belleza e invulnerabilidad. Era una diosa, radiante, que inclinaba su forma con un gesto imperioso hacia él. Era una mujer, roja y blanca, que odiaba y amaba, que lo llamaba con la voz de sus esperanzas. Como ningún daño podía sobrevenirle, la dotó de poder. Se mantuvo cerca, como si pudiera ser una salvadora de vidas, y un grito implorante salió de su mente.

En la loca carrera, fue consciente de que el sargento abanderado retrocedió de repente, como si hubiera sido golpeado por un garrote. Vaciló, y luego quedó inmóvil, salvo por sus rodillas temblorosas. Dio un salto y se aferró al asta. En el mismo instante, su amigo la agarró desde el otro lado. Tiraron de ella, robustos y furiosos, pero el sargento abanderado estaba muerto, y el cadáver no renunciaría a su confianza. Por un momento hubo un sombrío encuentro. El muerto, balanceándose con la espalda doblada, parecía tirar obstinadamente, de maneras ridículas y terribles, por la posesión de la bandera.

Pasó en un instante. Arrancaron la bandera furiosamente del muerto y, al volverse de nuevo, el cadáver se balanceó hacia adelante con la cabeza inclinada. Un brazo se alzó, y la mano curvada cayó con pesada protesta sobre el hombro indiferente del amigo.

## CAPÍTULO XX

Cuando los dos jóvenes se volvieron con la bandera, vieron que gran parte del regimiento se había desmoronado, y el abatido remanente regresaba lentamente. Los hombres, habiéndose lanzado a modo de proyectil, habían gastado pronto sus fuerzas. Se retiraban lentamente, con los rostros aún vueltos hacia los bosques crepitantes, y sus fusiles calientes todavía respondiendo al estruendo. Varios oficiales daban órdenes, sus voces en un tono de grito.

—¿Adónde diablos vais? —preguntaba el teniente con un aullido sarcástico. Y un oficial de barba roja, cuya voz de triple latón se oía claramente, ordenaba—: ¡Disparadles! ¡Disparadles, malditas sean sus almas! —Hubo una melé de chillidos, en la que se ordenaba a los hombres hacer cosas contradictorias e imposibles.

El joven y su amigo tuvieron una pequeña escaramuza por la bandera.

—¡Dámela a mí!

—¡No, deja que la lleve yo!

Cada uno se sentía satisfecho con que el otro la poseyera, pero cada uno se sentía obligado a declarar, ofreciéndose a llevar el emblema, su disposición a arriesgarse más. El joven empujó bruscamente a su amigo.

El regimiento retrocedió hasta los impasibles árboles. Allí se detuvo un momento para disparar a algunas formas oscuras que habían comenzado a seguir su rastro. Pronto reanudó su marcha de nuevo, curvándose entre los troncos de los árboles. Para cuando el mermado regimiento había llegado de

nuevo al primer espacio abierto, estaban recibiendo un fuego rápido y despiadado. Parecía haber multitudes por todas partes.

La mayor parte de los hombres, desanimados, con el espíritu desgastado por el tumulto, actuaban como si estuvieran aturridos. Aceptaban el azote de las balas con las cabezas inclinadas y cansadas. No tenía sentido luchar contra muros. No servía de nada golpearse contra el granito. Y de esta conciencia de que habían intentado conquistar algo inconquistable parecía surgir un sentimiento de que habían sido traicionados. Miraban con el ceño fruncido, pero peligrosamente, a algunos de los oficiales, más particularmente al de barba roja con la voz de triple latón.

Sin embargo, la retaguardia del regimiento estaba bordeada de hombres que continuaban disparando irritadamente a los enemigos que avanzaban. Parecían resueltos a causar todos los problemas posibles. El joven teniente era quizás el último hombre en la masa desordenada. Su espalda olvidada estaba hacia el enemigo. Le habían disparado en el brazo. Colgaba recto y rígido. Ocasionalmente, dejaba de recordarlo e iba a enfatizar un juramento con un gesto amplio. El dolor multiplicado le hacía maldecir con un poder increíble.

El joven avanzaba con pies resbaladizos e inseguros. Mantenía los ojos vigilantes hacia la retaguardia. Tenía en el rostro un ceño de mortificación y rabia. Había pensado en una buena venganza contra el oficial que se había referido a él y a sus compañeros como arrieros. Pero vio que no podría llevarse a cabo. Sus sueños se habían derrumbado cuando los arrieros, menguando rápidamente, habían vacilado y dudado en el pequeño claro, y luego habían retrocedido. Y ahora la retirada de los arrieros era una marcha de vergüenza para él.

Una mirada afilada como una daga desde su rostro ennegrecido se dirigía hacia el enemigo, pero su mayor odio estaba clavado en el hombre que, sin conocerlo, lo había llamado arriero.

Cuando supo que él y sus camaradas no habían logrado hacer nada de manera exitosa que pudiera traer las pequeñas punzadas de una especie de remordimiento al oficial, el joven permitió que la rabia del frustrado lo poseyera. Este frío oficial sobre un monumento, que dejaba caer epítetos despreocupadamente, estaría mejor muerto, pensó. Tan grave lo consideraba

que nunca podría poseer el derecho secreto de burlarse con razón en respuesta.

Había imaginado letras rojas de una curiosa venganza. «Somos arrieros, ¿eh?». Y ahora se veía obligado a desecharlas.

Pronto envolvió su corazón en el manto de su orgullo y mantuvo la bandera erguida. Arengaba a sus compañeros, empujando sus pechos con su mano libre. A los que conocía bien, les hacía llamamientos frenéticos, suplicándoles por su nombre. Entre él y el teniente, que regañaba y estaba a punto de perder la cabeza de rabia, se sentía una sutil camaradería e igualdad. Se apoyaban mutuamente en toda clase de protestas roncadas y aullantes.

Pero el regimiento era una máquina agotada. Los dos hombres parloteaban ante algo sin fuerza. Los soldados que tenían corazón para ir despacio eran continuamente sacudidos en sus resoluciones por el conocimiento de que sus camaradas se deslizaban con velocidad de vuelta a las líneas. Era difícil pensar en la reputación cuando otros pensaban en el pellejo. Los heridos quedaban llorando en este negro viaje.

Las franjas de humo y las llamas siempre bramaban. El joven, atisbando una vez a través de una repentina brecha en una nube, vio una masa parda de tropas, entretejidas y magnificadas hasta que parecían ser miles. Una bandera de color fiero destelló ante su visión.

Inmediatamente, como si el levantamiento del humo hubiera sido preestablecido, las tropas descubiertas estallaron en un grito áspero, y cien llamas se proyectaron hacia la banda en retirada. Una nube gris rodante se interpuso de nuevo mientras el regimiento respondía obstinadamente. El joven tuvo que depender de nuevo de sus maltratados oídos, que temblaban y zumbaban por la melé de mosquetes y gritos.

El camino parecía eterno. En la neblina nublada, los hombres entraron en pánico con el pensamiento de que el regimiento había perdido su camino y avanzaba en una dirección peligrosa. Una vez, los hombres que encabezaban la salvaje procesión se dieron la vuelta y volvieron empujando contra sus camaradas, gritando que les disparaban desde puntos que habían considerado que estaban hacia sus propias líneas. Ante este grito, un miedo histérico y una consternación se apoderaron de las tropas. Un soldado, que hasta entonces había sido ambicioso de convertir el regimiento en una pe-

queña banda sabia que procedería con calma en medio de las dificultades de apariencia enorme, de repente se hundió y enterró la cara en los brazos con un aire de someterse a una condena. De otro salió una lamentación aguda llena de alusiones profanas a un general. Los hombres corrían de un lado a otro, buscando con sus ojos caminos de escape. Con serena regularidad, como si estuvieran controladas por un horario, las balas golpeaban a los hombres.

El joven caminó impasiblemente en medio de la turba, y con su bandera en las manos, adoptó una postura como si esperara un intento de derribarlo. Inconscientemente asumió la actitud del abanderado en la lucha del día anterior. Se pasó por la frente una mano que temblaba. Su aliento no salía libremente. Se estaba ahogando durante esta pequeña espera de la crisis.

Su amigo se le acercó.

—Bueno, Henry, supongo que esto es un adiós... John.

—¡Oh, cállate, maldito idiota! —respondió el joven, y no quiso mirar al otro.

Los oficiales trabajaban como políticos para convertir la masa en un círculo adecuado para enfrentar las amenazas. El terreno era desigual y desgarrado. Los hombres se acurrucaban en depresiones y se ajustaban cómodamente detrás de cualquier cosa que pudiera frustrar una bala. El joven notó con vaga sorpresa que el teniente estaba de pie, mudo, con las piernas muy separadas y la espada sostenida a modo de bastón. El joven se preguntó qué le había pasado a sus órganos vocales que ya no maldecía.

Había algo curioso en esta pequeña e intensa pausa del teniente. Era como un bebé que, habiendo llorado hasta saciarse, levanta los ojos y los fija en un juguete lejano. Estaba absorto en esta contemplación, y el suave labio inferior temblaba por las palabras susurradas a sí mismo.

Un humo perezoso e ignorante se enroscaba lentamente. Los hombres, escondiéndose de las balas, esperaban ansiosamente que se levantara y revelara la situación del regimiento.

Las filas silenciosas fueron repentinamente estremecidas por la voz ansiosa del joven teniente que gritaba:

— ¡Ahí vienen! ¡Directo hacia nosotros, por Dios! — Sus palabras posteriores se perdieron en un rugido de trueno malvado de los fusiles de los hombres.

Los ojos del joven se habían vuelto instantáneamente en la dirección indicada por el teniente despertado y agitado, y había visto la neblina de la traición revelando un cuerpo de soldados del enemigo. Estaban tan cerca que podía ver sus rasgos. Hubo un reconocimiento al mirar los tipos de rostros. También percibió con tenue asombro que sus uniformes eran bastante vistosos, de un gris claro, acentuados con un distintivo de color brillante. Además, la ropa parecía nueva.

Estas tropas aparentemente habían estado avanzando con cautela, con los fusiles en ristre, cuando el joven teniente las descubrió y su movimiento fue interrumpido por la descarga del regimiento azul. Por el vistazo de un momento, se dedujo que no habían sido conscientes de la proximidad de sus enemigos de traje oscuro o que se habían equivocado de dirección. Casi al instante quedaron completamente ocultos a la vista del joven por el humo de los enérgicos fusiles de sus compañeros. Forzó la vista para averiguar el resultado de la descarga, pero el humo colgaba ante él.

Los dos cuerpos de tropas intercambiaron golpes a la manera de un par de boxeadores. Los rápidos y furiosos disparos iban y venían. Los hombres de azul estaban concentrados con la desesperación de sus circunstancias y aprovecharon la venganza que se podía obtener a corta distancia. Su trueno creció fuerte y valiente. Su frente curva se erizó de destellos y el lugar resonó con el clangor de sus baquetas. El joven se agachó y esquivó durante un tiempo y logró algunas vistas insatisfactorias del enemigo. Parecía haber muchos de ellos y respondían rápidamente. Parecían moverse hacia el regimiento azul, paso a paso. Se sentó lúgubremente en el suelo con la bandera entre las rodillas.

Al notar el temperamento vicioso y lobuno de sus camaradas, tuvo el dulce pensamiento de que si el enemigo estaba a punto de tragarse la escoba regimental como un gran prisionero, al menos podría tener el consuelo de hundirse con las cerdas por delante.

Pero los golpes del antagonista comenzaron a debilitarse. Menos balas rasgaron el aire, y finalmente, cuando los hombres aflojaron para enterarse de la lucha, solo pudieron ver un humo oscuro y flotante. El regimiento per-

maneció quieto y miró. Pronto, algún capricho casual llegó a la molesta mancha, y comenzó a enroscarse pesadamente y a alejarse. Los hombres vieron un terreno vacío de combatientes. Habría sido un escenario vacío si no fuera por unos pocos cadáveres que yacían arrojados y retorcidos en formas fantásticas sobre el césped.

A la vista de este cuadro, muchos de los hombres de azul saltaron de detrás de sus coberturas e hicieron una desgarbada danza de alegría. Sus ojos ardían y un ronco vítores de euforia brotó de sus labios secos.

Había empezado a parecerles que los acontecimientos intentaban demostrar que eran impotentes. Estas pequeñas batallas evidentemente se habían esforzado en demostrar que los hombres no sabían luchar bien. Cuando estaban a punto de someterse a estas opiniones, el pequeño duelo les había mostrado que las proporciones no eran imposibles, y con ello se habían vengado de sus recelos y del enemigo.

El ímpetu del entusiasmo era suyo de nuevo. Miraban a su alrededor con miradas de orgullo elevado, sintiendo una nueva confianza en las armas sombrías y siempre seguras en sus manos. Y eran hombres.

## CAPÍTULO XXI

Pronto supieron que ningún disparo los amenazaba. Todos los caminos parecían una vez más abiertos para ellos. Las polvorientas líneas azules de sus amigos se revelaron a corta distancia. A lo lejos había muchos ruidos colosales, pero en toda esta parte del campo hubo una repentina quietud.

Percibieron que eran libres. La mermada banda respiró hondo con alivio y se agrupó para completar su viaje.

En este último tramo del viaje, los hombres comenzaron a mostrar extrañas emociones. Se apresuraron con miedo nervioso. Algunos que habían sido sombríos e inquebrantables en los momentos más crudos ahora no podían ocultar una ansiedad que los volvía frenéticos. Quizás era que temían morir de maneras insignificantes después de que los tiempos de muertes militares apropiadas hubieran pasado. O, quizás, pensaban que sería demasiado irónico morir a las puertas de la seguridad. Con miradas de perturbación hacia atrás, se apresuraron.

A medida que se acercaban a sus propias líneas, hubo cierto sarcasmo por parte de un regimiento demacrado y bronceado que descansaba a la sombra de los árboles. Les llegaban preguntas flotando.

—¿Dónde diablos habéis estado?

—¿Para qué volvéis?

—¿Por qué no os quedasteis allí?

—¿Hacía calor ahí fuera, muchacho?

—¿Os vais a casa ahora, chicos?

Uno gritó en una imitación burlona:

—¡Oh, madre, ven rápido a ver a los soldados!

No hubo respuesta del magullado y maltrecho regimiento, salvo que un hombre lanzó desafíos generales a peleas a puñetazos y el oficial de barba roja se acercó bastante y miró con gran estilo de espadachín a un alto capitán del otro regimiento. Pero el teniente reprimió al hombre que quería pelear a puñetazos, y el alto capitán, sonrojándose ante la pequeña fanfarria del de barba roja, se vio obligado a mirar atentamente unos árboles.

La tierna carne del joven fue profundamente herida por estos comentarios. Desde debajo de sus cejas fruncidas, miró con odio a los burlones. Meditó sobre algunas venganzas. Aun así, muchos en el regimiento agacharon la cabeza de manera criminal, de modo que sucedió que los hombres caminaron penosamente con una repentina pesadez, como si llevaran sobre sus hombros encorvados el ataúd de su honor. Y el joven teniente, recobrándose, comenzó a murmurar suavemente en negras maldiciones.

Se volvieron cuando llegaron a su antigua posición para contemplar el terreno sobre el que habían cargado.

El joven, en esta contemplación, fue golpeado por un gran asombro. Descubrió que las distancias, en comparación con las brillantes mediciones de su mente, eran triviales y ridículas. Los impasibles árboles, donde tanto había sucedido, parecían increíblemente cercanos. El tiempo, también, ahora que reflexionaba, vio que había sido corto. Se maravilló del número de emociones y eventos que se habían apiñado en espacios tan pequeños. Pensamientos de duendes debían haber exagerado y agrandado todo, dijo.

Parecía, entonces, que había una amarga justicia en los discursos de los demacrados y bronceados veteranos. Veló una mirada de desdén a sus compañeros que sembraban el suelo, ahogándose de polvo, rojos de sudor, con los ojos empañados, desaliñados.

Bebían a tragos de sus cantimploras, ansiosos por exprimir hasta la última gota de agua de ellas, y se pulían sus rasgos hinchados y acuosos con las mangas de las chaquetas y manojos de hierba.

Sin embargo, para el joven había una considerable alegría en reflexionar sobre sus actuaciones durante la carga. Había tenido muy poco tiempo anteriormente para apreciarse a sí mismo, de modo que ahora había mucha satisfacción en pensar tranquilamente en sus acciones. Recordaba fragmentos de color que en el fragor se habían estampado sin saberlo en sus sentidos ocupados.

Mientras el regimiento yacía resoplando por sus calurosos esfuerzos, el oficial que los había llamado arrieros llegó al galope a lo largo de la línea. Había perdido su gorra. Su cabello revuelto ondeaba salvajemente, y su rostro estaba oscuro de fastidio e ira. Su temperamento se mostraba con más claridad por la forma en que manejaba su caballo. Tironeaba y forcejeaba salvajemente de la brida, deteniendo al animal de respiración agitada con un tirón furioso cerca del coronel del regimiento. Inmediatamente explotó en reproches que llegaron sin ser invitados a los oídos de los hombres. De repente se pusieron alerta, siendo siempre curiosos sobre las palabras negras entre oficiales.

— ¡Oh, diablos, MacChesnay, qué tremendo error has cometido con esto! — comenzó el oficial. Intentó tonos bajos, pero su indignación hizo que algunos de los hombres captaran el sentido de sus palabras — . ¡Qué desastre has hecho! ¡Santo Dios, hombre, te detuviste a unos cien pies de un éxito muy bonito! Si tus hombres hubieran avanzado cien pies más, habrías hecho una gran carga, pero así como está... ¡qué montón de cavadores de zanjas tienes de todos modos!

Los hombres, escuchando con el aliento contenido, ahora volvieron sus curiosos ojos hacia el coronel. Tenían un interés de pilluelos en este asunto.

Se vio al coronel enderezar su figura y extender una mano en un gesto oratorio. Tenía un aire ofendido; era como si un diácono hubiera sido acusado de robar. Los hombres se retorcían en un éxtasis de excitación.

Pero de repente, los modales del coronel cambiaron de los de un diácono a los de un francés. Se encogió de hombros.

— Oh, bueno, general, fuimos tan lejos como pudimos — dijo con calma.

— ¿Tan lejos como pudisteis? ¿Lo hicisteis, por Dios? — resopló el otro — . Bueno, eso no fue muy lejos, ¿verdad? — añadió, con una mirada de frío desprecio a los ojos del otro — . No muy lejos, creo. Se pretendía que

hicierais una diversión en favor de Whitterside. Cuán bien lo lograsteis, vuestros propios oídos pueden decíroslo ahora. —Hizo girar su caballo y se alejó rígidamente.

El coronel, instado a oír los discordantes ruidos de un combate en los bosques a la izquierda, estalló en vagas imprecaciones.

El teniente, que había escuchado con un aire de rabia impotente la entrevista, habló de repente en tonos firmes e impávidos.

—No me importa lo que sea un hombre —sea un general o lo que sea—, si dice que los muchachos no lucharon bien ahí fuera, es un maldito idiota.

—Teniente —comenzó el coronel, severamente—, este es mi propio asunto, y le rogaría...

El teniente hizo un gesto obediente.

—De acuerdo, coronel, de acuerdo —dijo. Se sentó con aire de estar contento consigo mismo.

La noticia de que el regimiento había sido reprendido corrió por la línea. Durante un tiempo, los hombres estuvieron desconcertados por ello.

—¡Santo cielo! —exclamaron, mirando la forma evanescente del general. Concibieron que era un error garrafal.

Pronto, sin embargo, comenzaron a creer que en verdad sus esfuerzos habían sido considerados ligeros. El joven pudo ver esta convicción pesar sobre todo el regimiento hasta que los hombres fueron como animales abofeteados y maldecidos, pero a la vez rebeldes.

El amigo, con un agravio en la mirada, se acercó al joven.

—Me pregunto qué es lo que quiere —dijo—. ¡Debe pensar que fuimos allí y jugamos a las canicas! ¡Nunca vi a un hombre así!

El joven desarrolló una filosofía tranquila para estos momentos de irritación.

—Oh, bueno —replicó—, probablemente no vio nada de nada y se enfureció como un demonio, y concluyó que éramos un montón de ovejas, solo porque no hicimos lo que él quería que se hiciera. Es una lástima que el viejo abuelo Henderson muriera ayer... él habría sabido que hicimos lo

mejor que pudimos y luchamos bien. Es solo nuestra terrible suerte, eso es todo.

—¡Ya lo creo! —respondió el amigo. Parecía estar profundamente herido por una injusticia—. ¡Ya digo que tuvimos una suerte terrible! No tiene gracia luchar por gente cuando todo lo que haces —no importa qué— no está bien hecho. Tengo la idea de quedarme atrás la próxima vez y dejar que se lleven su vieja carga y se vayan al diablo con ella.

El joven habló tranquilizadamente a su camarada.

—Bueno, ambos lo hicimos bien. ¡Me gustaría ver al tonto que dijera que no lo hicimos tan bien como pudimos!

—¡Por supuesto que lo hicimos! —declaró el amigo firmemente—. Y le rompería el cuello al tipo aunque fuera tan grande como una iglesia. Pero estamos bien, de todos modos, porque oí a un tipo decir que nosotros dos luchamos mejor que nadie en el regimiento, y tuvieron una gran discusión al respecto. Otro tipo, por supuesto, tuvo que levantarse y decir que era mentira... que él vio todo lo que pasaba y nunca nos vio desde el principio hasta el final. Y un montón más se metieron y dijeron que no era mentira... que luchamos como diablos, y nos dieron una buena despedida. Pero esto es lo que no puedo soportar... estos eternos viejos soldados, riéndose y burlándose, y luego ese general, está loco.

El joven exclamó con repentina exasperación:

—¡Es un tarugo! Me saca de quicio. Ojalá viniera la próxima vez. Le enseñaríamos qué...

Cesó porque varios hombres se habían acercado apresuradamente. Sus rostros expresaban que traían grandes noticias.

—¡Oh, Flem, deberías haber oído! —gritó uno, ansiosamente.

—¿Oído qué? —dijo el joven.

—¡Deberías haber oído! —repitió el otro, y se dispuso a contar sus noticias. Los demás hicieron un círculo excitado—. Bueno, señor, el coronel se encontró con tu teniente justo a nuestro lado —fue la cosa más increíble que he oído— y dice: «¡Ejem! ¡Ejem!», dice. «Señor Hasbrouck», dice, «por cierto, ¿quién era ese muchacho que llevaba la bandera?», dice. ¡Ahí tienes, Flemin', qué te parece! «¿Quién era el muchacho que llevaba la bandera?»,

dice, y el teniente, habla de inmediato: «Ese es Flemin', y es un fenómeno», dice, de inmediato. ¿Qué? Digo que lo hizo. «Un fenómeno», dice... esas son sus palabras. Lo hizo, también. Digo que lo hizo. Si puedes contar esta historia mejor que yo, adelante y cuéntala. Bueno, entonces, mantén la boca cerrada. El teniente, dice: «Es un fenómeno», y el coronel, dice: «¡Ejem! ¡Ejem! ¡Lo es, en efecto, un hombre muy bueno de tener, ejem! Mantuvo la bandera muy al frente. Lo vi. Es de los buenos», dice el coronel. «Ya lo creo», dice el teniente, «él y un tipo llamado Wilson estaban a la cabeza de la carga, y aullando como indios todo el tiempo», dice. «A la cabeza de la carga todo el tiempo», dice. «Un tipo llamado Wilson», dice. Ahí tienes, Wilson, muchacho, pon eso en una carta y envíasela a tu madre a casa, ¿eh? «Un tipo llamado Wilson», dice. Y el coronel, dice: «¿De veras? ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Caramba!», dice. «¿A la cabeza del regimiento?», dice. «Lo estaban», dice el teniente. «¡Caramba!», dice el coronel. Dice: «Bueno, bueno, bueno», dice. «Merecen ser mayores generales».

El joven y su amigo habían dicho: «¡Bah!». «Mientes, Thompson». «¡Oh, vete al diablo!». «Nunca dijo eso». «¡Oh, qué mentira!». «¡Bah!». Pero a pesar de estas burlas y vergüenzas juveniles, sabían que sus rostros se sonrojaban profundamente por la emoción del placer. Intercambiaron una secreta mirada de alegría y felicitación.

Rápidamente olvidaron muchas cosas. El pasado no guardaba imágenes de error y decepción. Estaban muy felices, y sus corazones se hinchaban de afecto agradecido por el coronel y el joven teniente.

## CAPÍTULO XXII

Cuando los bosques comenzaron de nuevo a verter las masas de color oscuro del enemigo, el joven sintió una serena confianza en sí mismo. Sonrió brevemente cuando vio a los hombres esquivar y agacharse ante los largos chillidos de los proyectiles que eran lanzados en gigantescos puñados sobre ellos. Se mantuvo erguido y tranquilo, observando cómo comenzaba el ataque contra una parte de la línea que formaba una curva azul a lo largo de la ladera de una colina adyacente. Al no ser molestada su visión por el humo de los fusiles de sus compañeros, tuvo la oportunidad de ver partes de la dura lucha. Fue un alivio percibir al fin de dónde provenían algunos de estos ruidos que habían rugido en sus oídos.

A corta distancia vio a dos regimientos librando una pequeña batalla separada con otros dos regimientos. Era en un espacio despejado, con un aspecto de estar apartado. Ardían como si se tratara de una apuesta, dando y recibiendo tremendos golpes. Los disparos eran increíblemente feroces y rápidos. Estos regimientos entregados aparentemente se habían olvidado de todos los propósitos más amplios de la guerra, y se estaban zurrando como si fuera un partido concertado.

En otra dirección, vio a una magnífica brigada que avanzaba con la evidente intención de expulsar al enemigo de un bosque. Se perdieron de vista y pronto hubo un estruendo de lo más imponente en el bosque. El ruido era indescriptible. Habiendo provocado este prodigioso alboroto y, aparentemente, encontrándolo demasiado prodigioso, la brigada, al cabo de un rato, salió marchando airosamente de nuevo, con su elegante formación en nada

alterada. No había rastros de velocidad en sus movimientos. La brigada iba garbosa y parecía señalar con un pulgar orgulloso al bosque que gritaba.

En una ladera a la izquierda había una larga fila de cañones, hoscos y enfurecidos, denunciando al enemigo, que, abajo, a través de los bosques, se formaba para otro ataque en la despiadada monotonía de los conflictos. Las descargas rojas y redondas de los cañones producían un resplandor carmesí y un humo alto y espeso. Se podían captar atisbos ocasionales de grupos de los laboriosos artilleros. Detrás de esta fila de cañones se alzaba una casa, tranquila y blanca, en medio de proyectiles que estallaban. Una congregación de caballos, atados a una larga barandilla, tiraba frenéticamente de sus bridas. Los hombres corrían de un lado a otro.

La batalla aislada entre los cuatro regimientos duró algún tiempo. Dio la casualidad de que no hubo interferencias, y resolvieron su disputa por sí mismos. Se golpearon salvaje y poderosamente durante un período de minutos, y luego los regimientos de tonos más claros vacilaron y se retiraron, dejando a las líneas de azul oscuro gritando. El joven pudo ver las dos banderas que se sacudían de risa entre los restos de humo.

Pronto hubo una quietud, preñada de significado. Las líneas azules se movieron y cambiaron un poco y miraron expectantes los silenciosos bosques y campos ante ellos. El silencio era solemne y eclesiástico, salvo por una batería lejana que, evidentemente incapaz de permanecer quieta, enviaba un débil trueno rodante sobre el terreno. Irritaba, como los ruidos de muchachos indiferentes. Los hombres imaginaron que impediría que sus oídos aguzados oyeran las primeras palabras de la nueva batalla.

De repente, los cañones de la ladera rugieron un mensaje de advertencia. Un sonido crepitante había comenzado en los bosques. Creció con asombrosa velocidad hasta convertirse en un clamor profundo que envolvió la tierra en ruidos. Los estruendos desgarradores barrieron las líneas hasta que se desarrolló un rugido interminable. Para aquellos en medio de él, se convirtió en un estruendo adecuado al universo. Era el zumbido y el golpeteo de una maquinaria gigantesca, complicaciones entre las estrellas más pequeñas. Los oídos del joven eran copas llenas. Eran incapaces de oír más.

En una pendiente por la que serpenteaba un camino, vio carreras salvajes y desesperadas de hombres perpetuamente hacia atrás y hacia adelante en oleadas tumultuosas. Estas partes de los ejércitos opuestos eran dos largas

olas que se lanzaban una contra otra locamente en puntos dictados. Hacia adelante y hacia atrás se hinchaban. A veces, un bando con sus gritos y vítores proclamaba golpes decisivos, pero un momento después el otro bando era todo gritos y vítores. Una vez, el joven vio una lluvia de formas claras lanzarse en saltos de sabueso hacia las ondeantes líneas azules. Hubo muchos aullidos, y pronto se fue con una vasta bocanada de prisioneros. De nuevo, vio una ola azul lanzarse con tal fuerza atronadora contra una obstrucción gris que pareció limpiar la tierra de ella y no dejar nada más que césped pisoteado. Y siempre en sus rápidas y mortales acometidas de un lado a otro, los hombres chillaban y gritaban como maníacos.

Se disputaban trozos particulares de valla o posiciones seguras detrás de grupos de árboles como si fueran tronos de oro o lechos de perlas. Había embestidas desesperadas a estos lugares elegidos aparentemente a cada instante, y la mayoría de ellos eran intercambiados como juguetes ligeros entre las fuerzas contendientes. El joven no podía decir por las banderas de batalla, que ondeaban como espuma carmesí en muchas direcciones, qué color de tela estaba ganando.

Su demacrado regimiento se lanzó con ferocidad intacta cuando llegó su momento. Al ser asaltados de nuevo por las balas, los hombres estallaron en un grito bárbaro de rabia y dolor. Inclinaron la cabeza en punterías de odio intenso detrás de los martillos proyectados de sus fusiles. Sus baquetas resonaban con furia mientras sus brazos ansiosos golpeaban los cartuchos en los cañones de los fusiles. El frente del regimiento era un muro de humo penetrado por los puntos destellantes de amarillo y rojo.

Revolcándose en la lucha, en un tiempo asombrosamente corto volvieron a mancharse. Superaron en mancha y suciedad todas sus apariciones anteriores. Moviéndose de un lado a otro con un esfuerzo tenso, parloteando todo el tiempo, eran, con sus cuerpos oscilantes, rostros negros y ojos brillantes, como extraños y feos demonios que bailaban pesadamente en el humo.

El teniente, que regresaba de una ronda tras un vendaje, sacó de un receptáculo oculto de su mente nuevos y portentosos juramentos adecuados a la emergencia. Hileras de improperios que blandía como látigos sobre las espaldas de sus hombres, y era evidente que sus esfuerzos anteriores no habían mermado en absoluto sus recursos.

El joven, todavía portador de los colores, no sentía su ociosidad. Estaba profundamente absorto como espectador. El estruendo y el vaivén del gran drama lo hacían inclinarse hacia adelante, con los ojos atentos, su rostro contorsionándose en pequeños gestos. A veces parloteaba, palabras que salían inconscientemente de él en grotescas exclamaciones. No sabía que respiraba; que la bandera colgaba silenciosamente sobre él, tan absorto estaba.

Una formidable línea del enemigo se acercó a una distancia peligrosa. Se les podía ver claramente: hombres altos y demacrados con rostros excitados que corrían a grandes zancadas hacia una valla errante.

A la vista de este peligro, los hombres cesaron de repente su monótono maldecir. Hubo un instante de tenso silencio antes de que levantaran sus fusiles y dispararan una descarga contundente a los enemigos. No se había dado ninguna orden; los hombres, al reconocer la amenaza, habían soltado inmediatamente su bandada de balas sin esperar la orden de mando.

Pero el enemigo fue rápido en ganar la protección de la línea errante de la valla. Se deslizaron detrás de ella con notable celeridad, y desde esta posición comenzaron a acuchillar vivamente a los hombres de azul.

Estos últimos prepararon sus energías para una gran lucha. A menudo, dientes blancos y apretados brillaban en los rostros oscuros. Muchas cabezas se agitaban de un lado a otro, flotando sobre un pálido mar de humo. Los que estaban detrás de la valla gritaban y aullaban frecuentemente en burlas y gritos de mofa, pero el regimiento mantenía un tenso silencio. Quizás, en este nuevo asalto, los hombres recordaron el hecho de que habían sido llamados cavadores de zanjas, y eso hizo su situación tres veces más amarga. Estaban absortos, sin aliento, en mantener el terreno y rechazar al cuerpo exultante del enemigo. Lucharon rápidamente y con una salvaje desesperación que se denotaba en sus expresiones.

El joven había resuelto no moverse pasara lo que pasara. Unas flechas de desprecio que se habían enterrado en su corazón habían generado un odio extraño e inefable. Tenía claro que su venganza final y absoluta se lograría con su cuerpo muerto yaciendo, desgarrado y reluciente, en el campo. Esto sería una conmovedora represalia contra el oficial que había dicho «arrieros», y más tarde «cavadores de zanjas», pues en todos los salvajes intentos de su mente por encontrar una unidad responsable de sus sufrimientos y

conmociones, siempre se aferraba al hombre que lo había apodado erróneamente. Y era su idea, vagamente formulada, que su cadáver sería para aquellos ojos un gran y salado reproche.

El regimiento sangraba extravagantemente. Fardos gruñidores de azul comenzaron a caer. Al sargento de la compañía del joven le dispararon a través de las mejillas. Al resultar heridos sus soportes, su mandíbula colgaba muy abajo, revelando en la ancha caverna de su boca una masa palpitante de sangre y dientes. Y con todo ello intentaba gritar. En su esfuerzo había una terrible seriedad, como si concibiera que un gran chillido lo curaría.

El joven lo vio pronto ir hacia la retaguardia. Su fuerza no parecía en absoluto mermada. Corría rápidamente, lanzando miradas salvajes en busca de socorro.

Otros caían a los pies de sus compañeros. Algunos de los heridos se arrastraban y se alejaban, pero muchos yacían quietos, sus cuerpos retorcidos en formas imposibles.

El joven buscó una vez a su amigo. Vio a un joven vehemente, manchado de pólvora y despeinado, a quien supo que era él. El teniente, también, estaba ileso en su posición en la retaguardia. Había continuado maldiciendo, pero ahora era con el aire de un hombre que estaba usando su última caja de juramentos.

Pues el fuego del regimiento había comenzado a menguar y a gotear. La voz robusta, que había salido extrañamente de las delgadas filas, se debilitaba rápidamente.

## CAPÍTULO XXIII

El coronel llegó corriendo por detrás de la línea. Le seguían otros oficiales.

— ¡Debemos cargarlos! — gritaban—. ¡Debemos cargarlos! — gritaban con voces resentidas, como si anticiparan una rebelión contra este plan por parte de los hombres.

El joven, al oír los gritos, comenzó a estudiar la distancia entre él y el enemigo. Hizo cálculos vagos. Vio que para ser soldados firmes debían avanzar. Sería la muerte quedarse en el lugar actual, y con todas las circunstancias, retroceder exaltaría a demasiados otros. Su esperanza era alejar a los irritantes enemigos de la valla.

Esperaba que sus compañeros, cansados y entumecidos, tuvieran que ser obligados a este asalto, pero al volverse hacia ellos percibió con cierta sorpresa que daban expresiones rápidas e inequívocas de asentimiento. Hubo una obertura ominosa y resonante para la carga cuando las astas de las bayonetas traquetearon sobre los cañones de los fusiles. A las palabras de mando gritadas, los soldados saltaron hacia adelante en ávidos brincos. Había una fuerza nueva e inesperada en el movimiento del regimiento. El conocimiento de su condición desvaída y agotada hacía que la carga pareciera un paroxismo, una exhibición de la fuerza que precede a una debilidad final. Los hombres corrían en una fiebre insana de prisa, compitiendo como para lograr un éxito repentino antes de que un fluido estimulante los abandonara. Fue una carrera ciega y desesperada de la colección de hombres de azul polvoriento y andrajoso, sobre un césped verde y bajo un

cielo de zafiro, hacia una valla, vagamente perfilada en el humo, desde detrás de la cual crepitaban los feroces fusiles de los enemigos.

El joven mantuvo los colores brillantes al frente. Agitaba su brazo libre en círculos furiosos, mientras chillaba llamadas y súplicas enloquecidas, instando a aquellos que no necesitaban ser instados, pues parecía que la turba de hombres de azul que se lanzaba sobre el peligroso grupo de fusiles se había vuelto de nuevo repentinamente salvaje con un entusiasmo de desinterés. Por los muchos disparos que se dirigían hacia ellos, parecía que simplemente lograrían hacer una gran siembra de cadáveres en la hierba entre su posición anterior y la valla. Pero estaban en un estado de frenesí, quizás debido a vanidades olvidadas, y eso produjo una exhibición de sublime temeridad. No hubo cuestionamientos obvios, ni cálculos, ni diagramas. No había, aparentemente, escapatorias consideradas. Parecía que las veloces alas de sus deseos se habrían hecho añicos contra las puertas de hierro de lo imposible.

Él mismo sintió el espíritu audaz de un salvaje, loco de religión. Era capaz de profundos sacrificios, de una muerte tremenda. No tenía tiempo para disecciones, pero sabía que pensaba en las balas solo como cosas que podían impedirle llegar al lugar de su empeño. Había sutiles destellos de alegría en su interior por que así fuera su mente.

Forzó toda su fuerza. Su vista estaba sacudida y deslumbrada por la tensión del pensamiento y el músculo. No veía nada excepto la niebla de humo acuchillada por los pequeños cuchillos de fuego, pero sabía que en ella yacía la vieja valla de un granjero desaparecido, protegiendo los cuerpos acurrucados de los hombres de gris.

Mientras corría, un pensamiento del choque del contacto brilló en su mente. Esperaba una gran conmoción cuando los dos cuerpos de tropas chocaran. Esto se convirtió en parte de su salvaje locura de batalla. Podía sentir el impulso hacia adelante del regimiento a su alrededor y concibió un golpe atronador y aplastante que postraría la resistencia y extendería la consternación y el asombro por millas. El regimiento volador iba a tener un efecto de catapulta. Este sueño lo hizo correr más rápido entre sus camaradas, que daban rienda suelta a vítores roncós y frenéticos.

Pero pronto pudo ver que muchos de los hombres de gris no tenían la intención de aguantar el golpe. El humo, al rodar, reveló a hombres que cor-

rían, con los rostros aún vueltos. Estos se convirtieron en una multitud, que se retiraba obstinadamente. Los individuos se giraban con frecuencia para enviar una bala a la ola azul.

Pero en una parte de la línea había un grupo sombrío y obstinado que no hacía ningún movimiento. Estaban firmemente asentados detrás de postes y raíles. Una bandera, alborotada y feroz, ondeaba sobre ellos y sus fusiles resonaban con fiereza.

El torbellino azul de hombres se acercó mucho, hasta que pareció que en verdad habría una escaramuza cercana y espantosa. Había un desdén expresado en la oposición del pequeño grupo, que cambió el significado de los vítores de los hombres de azul. Se convirtieron en gritos de ira, dirigidos, personales. Los gritos de los dos bandos eran ahora, en sonido, un intercambio de insultos mordaces.

Los de azul mostraron los dientes; sus ojos brillaban completamente blancos. Se lanzaron como a las gargantas de los que se resistían. El espacio intermedio se redujo a una distancia insignificante.

El joven había centrado la mirada de su alma en aquella otra bandera. Su posesión sería un gran orgullo. Expresaría sangrientas mezclas, golpes cercanos. Tenía un odio gigantesco por aquellos que creaban grandes dificultades y complicaciones. Hacían que fuera como un anhelado tesoro de la mitología, colgado entre tareas y artilugios de peligro.

Se lanzó como un caballo loco hacia ella. Estaba resuelto a que no escapara si golpes salvajes y audacias de golpes podían apoderarse de ella. Su propio emblema, temblando y en llamas, volaba hacia el otro. Parecía que en breve habría un encuentro de extraños picos y garras, como de águilas.

El arremolinado cuerpo de hombres de azul se detuvo de repente a una distancia cercana y desastrosa y rugió una rápida descarga. El grupo de gris fue dividido y roto por este fuego, pero su cuerpo acribillado todavía luchaba. Los hombres de azul gritaron de nuevo y se abalanzaron sobre él.

El joven, en sus saltos, vio, como a través de una niebla, una imagen de cuatro o cinco hombres extendidos en el suelo o retorciéndose de rodillas con las cabezas inclinadas como si hubieran sido alcanzados por rayos del cielo. Tambaleándose entre ellos estaba el abanderado rival, a quien el joven vio que había sido mordido vitalmente por las balas de la última for-

midable descarga. Percibió a este hombre luchando una última batalla, la lucha de aquel cuyas piernas son agarradas por demonios. Fue una batalla espantosa. Sobre su rostro estaba la palidez de la muerte, pero sobre ella estaban las líneas oscuras y duras de un propósito desesperado. Con esta terrible mueca de resolución, abrazaba su preciosa bandera y tropezaba y se tambaleaba en su designio de seguir el camino que la llevara a la seguridad.

Pero sus heridas siempre hacían parecer que sus pies estaban retardados, sujetos, y luchaba una sombría batalla, como con gules invisibles aferrados ávidamente a sus miembros. Los que iban delante de los hombres de azul que corrían, aullando vítores, saltaron la valla. La desesperación de los perdidos estaba en sus ojos cuando los miró de reojo.

El amigo del joven pasó por encima de la obstrucción en un montón tambaleante y saltó sobre la bandera como una pantera sobre su presa. Tiró de ella y, arrancándola, alzó su rojo brillo con un loco grito de exultación justo cuando el abanderado, jadeando, se tambaleó en una última agonía y, poniéndose rígido convulsivamente, volvió su rostro muerto hacia el suelo. Había mucha sangre sobre las briznas de hierba.

En el lugar del éxito comenzaron más clamores salvajes de vítores. Los hombres gesticulaban y bramaban en un éxtasis. Cuando hablaban era como si consideraran que su oyente estaba a una milla de distancia. Los sombreros y gorras que les quedaban los lanzaban a menudo al aire.

En una parte de la línea, cuatro hombres habían sido capturados, y ahora estaban sentados como prisioneros. Unos hombres de azul los rodeaban en un círculo ansioso y curioso. Los soldados habían atrapado pájaros extraños, y había un examen. Una ráfaga de preguntas rápidas flotaba en el aire.

Uno de los prisioneros se curaba una herida superficial en el pie. La acunaba, como un bebé, pero levantaba la vista de ella a menudo para maldecir con un asombroso abandono total directamente a las narices de sus captores. Los consignaba a regiones rojas; invocaba la ira pestilente de dioses extraños. Y con todo ello, estaba singularmente libre de reconocer los puntos más finos de la conducta de los prisioneros de guerra. Era como si un torpe terrón le hubiera pisado el dedo del pie y él concibiera que era su privilegio, su deber, usar juramentos profundos y resentidos.

Otro, que era un muchacho en años, tomó su situación con gran calma y aparente buen humor. Conversaba con los hombres de azul, estudiando sus rostros con sus ojos brillantes y agudos. Hablaban de batallas y condiciones. Había un agudo interés en todos sus rostros durante este intercambio de puntos de vista. Parecía una gran satisfacción oír voces de donde todo había sido oscuridad y especulación.

El tercer cautivo estaba sentado con un semblante malhumorado. Mantenía una actitud estoica y fría. A todos los avances respondía sin variación: «¡Ah, vete al infierno!».

El último de los cuatro siempre estaba en silencio y, en su mayor parte, mantenía el rostro vuelto en direcciones no molestadas. Por las vistas que el joven recibió, parecía estar en un estado de absoluta desolación. La vergüenza estaba sobre él, y con ella un profundo pesar de que, quizás, ya no sería contado en las filas de sus compañeros. El joven no pudo detectar ninguna expresión que le permitiera creer que el otro estuviera pensando en su estrecho futuro, las mazmorras imaginadas, quizás, y las hambrunas y brutalidades, susceptibles a la imaginación. Todo lo que se veía era vergüenza por la cautividad y pesar por el derecho a ser antagonista.

Después de que los hombres hubieran celebrado lo suficiente, se sentaron detrás de la vieja valla de raíles, en el lado opuesto al que sus enemigos habían sido expulsados. Unos pocos dispararon superficialmente a blancos distantes.

Había algo de hierba alta. El joven se acurrucó en ella y descansó, haciendo que un raíl conveniente soportara la bandera. Su amigo, jubiloso y glorificado, sosteniendo su tesoro con vanidad, se acercó a él. Se sentaron uno al lado del otro y se felicitaron mutuamente.

## CAPÍTULO XXIV

Los rugidos que se habían extendido en una larga línea de sonido por la faz del bosque comenzaron a volverse intermitentes y más débiles. Los discursos estentóreos de la artillería continuaban en algún encuentro lejano, pero los estruendos de la mosquetería casi habían cesado. El joven y su amigo levantaron de repente la vista, sintiendo una forma apagada de angustia ante el desvanecimiento de estos ruidos, que se habían convertido en parte de la vida. Podían ver cambios entre las tropas. Había marchas de un lado a otro. Una batería giraba pausadamente. En la cresta de una pequeña colina se veía el denso brillo de muchos mosquetes que partían.

El joven se levantó.

—Bueno, ¿y ahora qué, me pregunto? —dijo. Por su tono, parecía prepararse para resentir alguna nueva monstruosidad en forma de estruendos y destrozos. Se protegió los ojos con su mano mugrienta y contempló el campo.

Su amigo también se levantó y miró.

—Apuesto a que vamos a salir de aquí y a volver al otro lado del río —dijo.

—¡Bueno, no me digas! —dijo el joven.

Esperaron, observando. Al poco tiempo, el regimiento recibió órdenes de desandar su camino. Los hombres se levantaron gruñendo de la hierba, lamentando el suave reposo. Sacudieron sus piernas entumecidas y estiraron los brazos sobre sus cabezas. Un hombre maldijo mientras se frotaba los

ojos. Todos gimieron «¡Oh, Señor!». Tenían tantas objeciones a este cambio como las que habrían tenido a una propuesta de una nueva batalla.

Caminaron lentamente de vuelta sobre el campo por el que habían corrido en una loca estampida.

El regimiento marchó hasta que se unió a sus compañeros. La brigada reformada, en columna, se dirigió a través de un bosque hacia el camino. Directamente se encontraron en una masa de tropas cubiertas de polvo, y caminaban penosamente en una dirección paralela a las líneas enemigas, tal como habían sido definidas por el tumulto anterior.

Pasaron a la vista de una impasible casa blanca, y vieron frente a ella grupos de sus camaradas apostados detrás de un pulcro parapeto. Una fila de cañones retumbaba contra un enemigo distante. Los proyectiles lanzados en respuesta levantaban nubes de polvo y astillas. Jinetes corrían a lo largo de la línea de trincheras.

En este punto de su marcha, la división se desvió del campo y se fue serpenteando en dirección al río. Cuando el significado de este movimiento se hubo impreso en el joven, giró la cabeza y miró por encima del hombro hacia el terreno pisoteado y sembrado de escombros. Respiró un aliento de nueva satisfacción. Finalmente, le dio un codazo a su amigo.

—Bueno, todo ha terminado —le dijo.

Su amigo miró hacia atrás.

—Por Dios, sí que lo ha hecho —asintió. Reflexionaron.

Durante un tiempo, el joven se vio obligado a reflexionar de manera perpleja e incierta. Su mente estaba experimentando un cambio sutil. Le tomó momentos deshacerse de sus modos belicosos y reanudar su curso de pensamiento acostumbrado. Gradualmente, su cerebro emergió de las nubes congestionadas, y finalmente fue capaz de comprenderse más de cerca a sí mismo y a las circunstancias.

Comprendió entonces que la existencia de disparos y contragolpes estaba en el pasado. Había habitado en una tierra de extrañas y chillonas convulsiones y había salido de ella. Había estado donde había rojo de sangre y negro de pasión, y había escapado. Sus primeros pensamientos fueron de regocijo por este hecho.

Más tarde comenzó a estudiar sus actos, sus fracasos y sus logros. Así, recién salido de escenas donde muchas de sus habituales máquinas de reflexión habían estado ociosas, de donde había procedido como una oveja, luchó por ordenar todos sus actos.

Finalmente, marcharon ante él con claridad. Desde este punto de vista actual, fue capaz de mirarlos como un espectador y criticarlos con cierta corrección, pues su nueva condición ya había derrotado ciertas simpatías.

Contemplando su procesión de recuerdos, se sintió alegre y sin remordimientos, pues en ella sus actos públicos desfilaban con gran y brillante prominencia. Aquellas actuaciones que habían sido presenciadas por sus compañeros marchaban ahora en ancha púrpura y oro, teniendo varias desviaciones. Iban alegremente con música. Era un placer observar estas cosas. Pasó minutos deliciosos viendo las imágenes doradas de la memoria.

Vio que era bueno. Recordó con un escalofrío de alegría los respetuosos comentarios de sus compañeros sobre su conducta.

Sin embargo, el fantasma de su huida del primer combate se le apareció y danzó. Hubo pequeños gritos en su cerebro sobre estos asuntos. Por un momento se sonrojó, y la luz de su alma parpadeó con vergüenza.

Un espectro de reproche vino a él. Se cernió el recuerdo tenaz del soldado andrajoso: aquel que, acribillado a balazos y débil por la sangre, se había preocupado por una herida imaginada en otro; aquel que había prestado lo último de su fuerza e intelecto por el soldado alto; aquel que, ciego de cansancio y dolor, había sido abandonado en el campo.

Por un instante, un miserable sudor frío lo recorrió al pensar que podría ser descubierto en el asunto. Mientras permanecía persistentemente ante su visión, lanzó un grito de aguda irritación y agonía.

Su amigo se volvió.

—¿Qué pasa, Henry? —exigió. La respuesta del joven fue un estallido de juramentos carmesí.

Mientras marchaba por el pequeño camino bordeado de ramas entre sus parlanchines compañeros, esta visión de crueldad se cernía sobre él. Se aferraba a él siempre y oscurecía su visión de aquellos actos en púrpura y oro. Hacia dondequiera que se volvieran sus pensamientos, eran seguidos

por el sombrío fantasma del abandono en los campos. Miraba furtivamente a sus compañeros, seguro de que debían discernir en su rostro las evidencias de esta persecución. Pero ellos caminaban penosamente en desordenada formación, discutiendo con lenguas rápidas los logros de la última batalla.

— Oh, si un hombre viniera y me preguntara, yo diría que nos dieron una buena paliza.

— ¡Paliza, mis narices! No nos han vencido, muchacho. Vamos a bajar por aquí un poco, dar la vuelta y aparecer por detrás de ellos.

— Oh, calla, con tu aparecer por detrás de ellos. Ya he visto todo lo que quiero de eso. No me hables de aparecer por detrás...

— Bill Smithers, dice que preferiría haber estado en mil batallas que en ese hospital infernal. Dice que disparaban por la noche, y que los proyectiles caían justo entre ellos en el hospital. Dice que nunca vio tales gritos.

— ¿Hasbrouck? Es el mejor oficial de este regimiento. Es una fiera.

— ¿No te dije que apareceríamos por detrás de ellos? ¿No te lo dije? Nosotros...

— ¡Oh, cierra la boca!

Durante un tiempo, este recuerdo perseguidor del hombre andrajoso quitó toda euforia de las venas del joven. Vio su vívido error, y temió que se interpusiera ante él toda su vida. No participó en la charla de sus camaradas, ni los miró ni los conoció, salvo cuando sintió la repentina sospecha de que estaban viendo sus pensamientos y escrutando cada detalle de la escena con el soldado andrajoso.

Sin embargo, gradualmente reunió fuerzas para poner el pecado a distancia. Y al fin sus ojos parecieron abrirse a nuevos caminos. Descubrió que podía mirar hacia atrás, a la fanfarronería y la grandilocuencia de sus evangelios anteriores, y verlos con verdad. Se alegró cuando descubrió que ahora los despreciaba.

Con esta convicción vino una reserva de seguridad. Sintió una hombría tranquila, no asertiva, pero de sangre robusta y fuerte. Supo que ya no se acobardaría ante sus guías, dondequiera que señalaran. Había estado en contacto con la gran muerte, y descubrió que, después de todo, no era más que la gran muerte. Era un hombre.

Así sucedió que, mientras se alejaba penosamente del lugar de sangre e ira, su alma cambió. Pasó de las rejas de arado calientes a perspectivas de trébol tranquilamente, y fue como si las rejas de arado calientes no existieran. Las cicatrices se desvanecieron como flores.

Llovió. La procesión de soldados cansados se convirtió en un tren desaliñado, abatido y murmurante, que marchaba con un esfuerzo agitado en un surco de lodo líquido y pardo bajo un cielo bajo y miserable. Sin embargo, el joven sonrió, pues vio que el mundo era un mundo para él, aunque muchos descubrieran que estaba hecho de juramentos y bastones. Se había librado de la enfermedad roja de la batalla. La sofocante pesadilla estaba en el pasado. Había sido un animal ampollado y sudoroso en el calor y el dolor de la guerra. Se volvía ahora con la sed de un amante hacia imágenes de cielos tranquilos, prados frescos, arroyos frescos: una existencia de paz suave y eterna.

Sobre el río, un rayo dorado de sol atravesó las huestes de nubes de lluvia plomizas.

FIN.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**